

REVISTA CHILENA

DIRECTOR:

ENRIQUE MATTA VIAL

TOMO V

SANTIAGO DE CHILE
1918

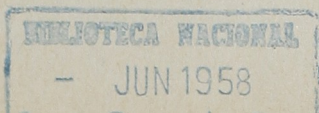
LA REFORMA DEL SISTEMA TRIBUTARIO FISCAL

- I. La política rentística del Estado antes y después de la guerra del Perú.
—II. Peligros de un sistema fiscal que sólo descansa en los impuestos indirectos.—III. Proporción que debe existir entre los impuestos sobre la fortuna y sobre los consumos.—IV. Resistencias que en Chile encuentran los impuestos.

La historia financiera y aun la económica de Chile después de la emancipación de España, puede dividirse en dos períodos separados por la guerra con Perú y Bolivia, que tuvo por consecuencia la anexión de las provincias del norte y la adquisición de la riqueza del salitre.

Mientras antes de esta guerra el Fisco de Chile llevaba una vida pobre y escasa y ponía en práctica, por virtud y por necesidad, la leyenda de la moneda de cobre «economía es riqueza», las crecientes rentas que después de esta guerra le proporcionó el salitre, cambiaron por completo la situación, que de un año a otro se hizo holgada y abundante y permitió al Fisco abandonar el sistema tributario que lo había sustentado en sus tiempos de pobreza.

Los impuestos existentes antes de 1879 formaban, en general, un sistema bastante aceptable de contribuciones diversas, que gravaba las principales manifestaciones de la riqueza del país.



El total de las entradas ordinarias en 1879 ascendió a \$ 15.396,568 de los cuales provenían de impuestos las siguientes cantidades:

Aduanas	\$ 6.894,898
Especies estancadas.....	1.829,287
Impuesto agrícola.....	1.044,579
Alcabala e imposición de censos.....	415,753
Patentes sobre profesiones, industrias y comercio.	279,619
Papel sellado, timbres y estampillas.....	266,599
Contribución de haberes mobiliarios.....	196,911
Contribución sobre herencias.....	16,662

Los dos últimos impuestos fueron creados en el curso del año 79 y sólo alcanzaron a producir rentas durante una parte del mismo.

Muy pronto el salitre vino a aliviar la precaria y angustiada situación del Fisco. En el primer quinquenio de los años 80-84 produjo las siguientes cifras en oro de 18 d.:

1880.....	\$ 7.641,000
1881.....	12.105,000
1882.....	16.541,000
1883.....	19.767,000
1884.....	18.917,000

Se comprende que las antiguas contribuciones empezaran a considerarse demasiado onerosas y que el Fisco procediera a suprimirlas, a reducirlas, a encomendarlas a los municipios, que era lo mismo que abandonarlas a su suerte.

El Presidente Balmaceda en el mensaje con que presentó un proyecto de ley encaminado a suprimir desde el 1.º de Enero de 1890 la contribución de herencias y de haberes mobiliarios, sintetiza sus propósitos en los siguientes términos:

«Desde que se inauguró la presente administración he venido preocupado de mejorar el sistema tributario y de reducir a sus formas más simples la imposición y percepción de los im-

puestos. La igual repartición de las cargas públicas y la supresión de las contribuciones directas y subalternas que no fueran absolutamente indispensables para mantener el equilibrio entre las rentas y los gastos públicos, han constituido la base de la política económica a la cual he venido sirviendo en forma gradual y constante.

«Las exigencias premiosas de la crisis de 1878 y las no menos premiosas de la guerra de 1879, crearon la necesidad de impuestos nuevos, cuyos productos no han llegado a ser cuantiosos y cuya percepción requiere procedimientos que podrían calificarse de inquisitoriales, en muchos casos de molestos, y en algunos de singularmente gravosos para los individuos y las familias.

«A medida que las rentas de aduana y especialmente las que proceden de los derechos sobre los salitres, han venido aumentando, me he formado el convencimiento de que se aproxima el instante en que, sin faltar a la previsión y a la cautela con que los hombres de Estado deben proceder a la modificación o supresión de las leyes tributarias, se podría emprender la realización de un programa económico que mantenga la riqueza fiscal y alivie la existencia de los contribuyentes.

«Ya en 30 de Junio de 1888 se suprimió la contribución de alcabala; en 20 de Julio de 1888, fué cedido a las Municipalidades el impuesto de patentes y en 30 de Agosto de este año se suprimieron sobre la maquinaria agrícola e industrial.»

El mensaje propone, en seguida, la disminución de los derechos aduaneros, y la sustitución del impuesto agrícola por otro de tabacos, *para que las únicas contribuciones del Estado fueran en el futuro las de aduanas y de tabacos.*

La primera víctima de esta política de desahogos tributarios fué, como lo dice el mensaje referido, el estanco del tabaco, introducido en Chile el año de 1773, que, gracias a su productividad, se había conservado hasta que la ley de 2 de Septiembre de 1880 lo suprimió con unánime aplauso del país, que siempre había resistido sus vejatorias requisiciones y que veía en la restricción impuesta al libre cultivo del tabaco un grave daño para la riqueza nacional.

Tocó después su turno a otro impuesto excepcionalmente odioso, el que gravaba los sueldos de los empleados públicos y particulares, establecido en los núms. 7 y 8 del artículo 1.º de la ley de 20 de Mayo de 1879, y que no se incluyó en la ley de 15 de Julio de 1884, que autorizaba el cobro de las contribuciones.

La ley de 9 de Junio de 1888 suprimió el de alcabala, legado también de la Colonia, que una ley de 17 de Marzo de 1835 había reducido a un 4% y limitado a las transacciones de venta de fundos rústicos y urbanos, de las minas y las imposiciones de capital a censo. También cayó con júbilo general, no obstante haber sido uno de los principales fundamentos del antiguo régimen financiero.

La contribución de donación y herencia, creada por ley de 28 de Noviembre de 1878, dejó de cobrarse por no haberse enunciado en la que autorizó el cobro de las contribuciones en 13 de Agosto de 1890.

La ley de 22 de Julio de 1888 cedió a las Municipalidades el impuesto de patentes profesionales, industriales y comerciales que había sido fiscal desde su creación el año de 1824.

Y por último, la ley de Organización y Atribuciones de las Municipalidades del 22 de Diciembre de 1891, le dió el golpe de gracia al antiguo sistema de impuestos, creando a favor de las Municipalidades la contribución de haberes, en la cual vino a refundir el impuesto agrícola, la contribución de serenos y alumbrado y la de haberes mobiliarios.

Desde que entró en vigencia el nuevo sistema de contribuciones municipales, los derechos aduaneros, y sobre todo, los de exportación sobre el salitre, han mantenido los presupuestos de la República.

Las rentas del salitre han creado para las finanzas del Estado y para la riqueza pública una situación especial: han transferido de los hombros del contribuyente nacional a los del extranjero que consume este producto una buena parte de la carga que impone el sostenimiento de los servicios públicos. El caso es único en la historia financiera, porque no habrá otro país en el cual una cuota de los gastos que fluctúa entre el

65 y el 70%, no es costeadada por los habitantes del país, que están en situación de hacer recaer sobre otros parte tan considerable del presupuesto. A esto hay que agregar que de los recursos fiscales provenientes de los derechos de importación, una fracción considerable se deberá sin duda al aumento general de riqueza que procura el salitre, cuyos derechos de exportación, al transformarse en sueldos, aumentan la capacidad de consumo de la población.

No queremos ni siquiera enunciar las variadas consecuencias económicas, sociales y políticas que para Chile ha tenido la riqueza del salitre. Sólo nos interesa estudiar su influencia en el sistema tributario del país.

Desde el año 1880 puede decirse que el Estado ha hecho descansar el servicio de la administración pública en la renta del salitre, que sólo ha servido para costear sus gastos ordinarios, y los \$ 1,101.561,000 oro de 18 d. que, según don Francisco Valdés Vergara, ha obtenido el Estado del salitre entre los años 1880 y 1900, y lo que ha producido en los años posteriores, han pasado por sus arcas como por las de la corona de España pasaron las riquezas producidas por las minas de América.

Es cierto que algunas administraciones han invertido cuantiosas sumas en obras públicas, ferrocarriles, construcciones, que representan valores permanentes, pero ellas han sido realizadas con el producido de empréstitos contratados para ese objeto.

El Estado ha vivido de esta renta confiado en que nunca había de cesar la lluvia de oro, que todos los partidos políticos, sin excepción, se han empeñado en distribuir en sueldos, principalmente, desde que prevalece sin contrapeso el régimen parlamentario. Ningún Gobierno ha pensado en cambiar de rumbo, ni se ha atrevido a gravar la fortuna con nuevos impuestos, que pudieran menoscabar su popularidad.

Fácil se ha hecho para el Fisco la vida con las siempre crecientes entradas de los derechos aduaneros y de las rentas del salitre. Desde que éstas empezaron a afluir con tanta abundancia a las cajas del Estado, los Ministros de Hacienda se han visto libres de los desvelos e inquietudes que a sus antecesores

ocasionaban la penuria fiscal, la preocupación de que el dinero alcanzara para los gastos y la lucha constante con el contribuyente, siempre rehacio a pagar.

Mucho se ha hablado y escrito sobre el agotamiento del salitre, la sustitución del mismo por los abonos artificiales, la necesidad de destinar sus rentas a la amortización de la deuda nacional, a la construcción de obras públicas reproductivas, al fomento de otras fuentes de riqueza permanente que reemplacen el salitre cuando éste se agote o se reduzca su producción.

Por exactas y razonables que fueran todas estas observaciones, ellas no han sido suficientes para sacudir de su inercia a los Poderes Públicos y hacer cambiar de rumbo la política tributaria.

Ha sido necesario que la guerra europea produjera el desequilibrio, el déficit fiscal con todos sus apremios, para que el Gobierno pensara seriamente en una reforma de los impuestos.

Ya el saldo de los ejercicios financieros de los años inmediatamente anteriores a la actual guerra europea había sido desfavorable, debido al desorden y derroche de los fondos fiscales que hacían aumentar los gastos con más rapidez que los derechos aduaneros y las rentas del salitre. Para hacer desaparecer estos déficit, la ley de 12 de Febrero de 1912 acudió al cómodo expediente de aumentar en un 5% los derechos de importación; para lo cual no era necesario discurrir nuevos impuestos ni vencer las resistencias que siempre encuentran los que de un modo directo gravan la fortuna.

II

¿Es prudente continuar así, haciendo descansar la vida del Estado casi exclusivamente en los impuestos indirectos, y sobre todo, en la precaria e inestable riqueza del salitre?

Para contestar esta pregunta y pronunciarse acerca de la política financiera que acabamos de diseñar hay que entrar en consideraciones sobre las ventajas y defectos que ofrecen los impuestos directos e indirectos.

Los derechos aduaneros tienen, como todos los impuestos

indirectos, las ventajas que se derivan de su elasticidad. En la misma medida en que aumenta la riqueza del país, van creciendo las entradas que los derechos de importación, y en general, todos los que gravan los consumos, proporcionan al Erario. Este aumento se produce de un modo automático, sin necesidad de aumentar la tarifa del impuesto, por la sola virtud de la prosperidad general, que siempre trae consigo un aumento de los consumos.

Esta condición de la elasticidad se transforma en un grave inconveniente en los tiempos de crisis, cuando se produce la paralización de la vida económica, la restricción del crédito y la disminución en los consumos, que tienen por consecuencia inevitable una merma en los derechos fiscales.

Bien lo ha palpado Chile con los efectos de la guerra en su primer año de duración.

Los derechos por importaciones han sido en los doce primeros meses de la guerra europea \$ 25.818,179 oro contra \$ 55.536,731, en los doce meses anteriores.

Las aduanas, que en el año anterior a la guerra habían producido por importación y exportación un total de \$ 148.706.012 sólo produjeron \$ 77.406,588, entre el 1.º de Agosto de 1914 y el 1.º de Julio de 1915, esto es, un 52% de su renta normal.

Por suerte la crisis no ha sido de larga duración y ha tenido consecuencia menos graves de lo que en un principio era de temer, debido al auge que tomó más tarde la industria salitrera a consecuencia de la gran demanda de este producto para los consumos bélicos.

Pero ella ha venido a poner de manifiesto los peligros de sistema rentístico fiscal y no sería prudente olvidar las lecciones que de estos hechos se desprenden, que han demostrado la necesidad de colocarlo sobre bases más sólidas y más estables.

¿Qué habría ocurrido si la industria salitrera hubiera continuado paralizada indefinidamente, y qué podrá ocurrir si un sustituto del salitre consiguiera desplazar definitivamente este abono en el mercado del mundo?

Semejante emergencia podría producir la bancarrota del Estado si no nos preparamos para ella. Es doloroso aun imagi-

narse esta situación, cuyos efectos en la vida nacional sólo serían comparables con los que un violento terremoto produciría en una población.

Verdades son éstas tan vulgares y tan sabidas que a fuerza de repetirlas ya no producen efecto. Es útil, sin embargo, insistir en ellas.

Cuando la crisis ha sobrevenido es tarde, de ordinario, para crear impuestos nuevos, cuyo implantamiento requiere tiempo, pues sólo vienen a dar todos sus frutos después de varios años: es muy difícil montar la máquina, por decirlo así, de cualquier impuesto directo, generalizar su conocimiento en el país, aclarar las dudas que ofrece toda nueva ley, salvar las omisiones en que se hubiera incurrido, y más que todo, acostumbrar a la población al pago de cualquier impuesto nuevo.

Tarea es ésta que debe emprenderse en tiempo de bonanza, sin apresuramiento, cuando no se hace sentir la presión de la necesidad.

Tampoco funciona entónces regularmente el crédito; el exterior cesa o encarece extraordinariamente; el interior, en países de escaso capital, como el nuestro, no procura recursos suficientes para salir del paso. Existe el peligro de que a falta de otras salidas se haga funcionar la máquina impresora de billetes.

Así como un país que quiere alcanzar un alto grado de eficiencia militar, prepara en tiempo de paz su población para las eventualidades de una guerra, así también una política financiera previsora, procura en épocas normales organizar sus impuestos, de manera que en tiempos difíciles pueda hacerlos producir más rentas. Cosa semejante se hace con los cuadros del ejército, que en plena paz se crean y organizan y se mantienen con un efectivo reducido para darles en tiempo de guerra su dotación completa.

La previsión más elemental aconseja al Estado conservar los impuestos directos como base de su sistema rentístico, aun cuando se limite a cobrar cuotas moderadas y obtenga de ellas poca renta. En circunstancias extraordinarias podrá exigir de la riqueza nacional la ayuda que necesita mediante un simple aumento de la cuota.

Este es el papel que el income-tax desempeña en el sistema tributario inglés. Constituye un justo título de orgullo para la Gran Bretaña, que ha hecho de él un instrumento fiscal poderosísimo, que con el simple aumento de un penique por libra esterlina de renta proporciona al Estado inglés cuantiosísimos recursos.

III

Queremos examinar ahora otro aspecto de nuestro sistema tributario, al cual no se ha prestado la atención que merece.

Es la proporción en que deben coexistir los impuestos sobre la fortuna y sobre los consumos. Empleamos estos dos términos y no el de directos e indirectos, porque hay entre éstos últimos una categoría que no tomamos en cuenta en esta comparación, a saber, la de los impuestos que gravan los actos y contratos jurídicos. Por lo demás coinciden las características de unos y otros.

Es innegable la preferencia que entre los hombres de Estado y aun en la opinión pública gozan los impuestos sobre los consumos, y en primer lugar los derechos aduaneros, sobre los que gravan la riqueza constituída. Obedece esta preferencia a diversas razones.

Los primeros tienen a su favor, ante todo, el gran argumento de su productividad, y son los que en tiempos normales procuran al Estado la mayor parte de sus recursos. A esto se añade, como acabamos de manifestarlo, que el aumento de su producido se verifica de un modo automático, a la par con el crecimiento de la prosperidad.

El pago de estos derechos es, por otra parte, más fácil y menos resistido que el de los impuestos asentados sobre la fortuna. Se ha dicho que tienen la habilidad de disimular su presencia. La persona que compra una mercadería no sabe qué parte del precio corresponde al costo de producción, qué parte representa la utilidad del comerciante y qué parte toma el Fisco a título de impuesto.

Los impuestos sobre los consumos encarecen la vida sin despertar contra el Fisco la misma hostilidad que encuentra

cuando se acerca al contribuyente con un recibo por una cantidad determinada, que rara vez se le entera de buenas ganas y sin protestas.

Ofrecen estos impuestos menos resistencias, pero adolecen de otros defectos graves. Por la naturaleza de las cosas, ellos tienen que infringir el precepto fundamental en materia de justicia tributaria, esto es, la proporcionalidad con la fortuna. El consumo de los artículos de primera necesidad o de los que son de uso muy generalizado, la cantidad de pan, sal, harina, carne, azúcar, té, pongamos por caso, que una persona consume, no guarda relación con sus medios de fortuna, aun cuando pueda influir en la calidad del artículo, porque las necesidades fisiológicas del hombre señalan el límite de su capacidad para consumir.

La falta de proporcionalidad es un defecto de origen en estos impuestos, que explica la resistencia que le oponen los partidos socialistas y la acción de éstos en favor de los que gravan directamente la fortuna.

Un buen sistema tributario no puede prescindir de ninguno de los dos grupos. No son realizables los propósitos de la Asamblea Nacional de Francia que el año de 1779 quiso proscribir completamente los impuestos indirectos. El Estado no puede dejar de servirse de unos y otros; ellos se completan entre sí y sus inconvenientes se compensan, y es sabido que la justicia, en materia tributaria, no la realiza aisladamente ningún impuesto, sino que se consigue con la prudente combinación de todos ellos.

¿Guardan en Chile la debida proporción los impuestos sobre la fortuna y los que gravan los consumos?

Para dar una respuesta a estas preguntas comparemos los rendimientos que en 1913 ellos dieron al Fisco y a las comunas, pues, para establecer la carga que imponen al público es indiferente la autoridad que los percibe.

Formemos primero un grupo de los que están asentados sobre la riqueza constituida. Pertenecen a él, en primer lugar, la contribución de haberes, que alcanza la propiedad urbana, rural, las cosas muebles y los valores mobiliarios. Agregaremos

las patentes de minas y las patentes sobre las profesiones, el comercio y las industrias que tienen por objeto gravar las utilidades provenientes de estas formas de actividad (1).

Impuestos sobre los consumos

	Moneda corriente
Derechos de internación y almacenaje.....	\$ 58.951,000
Impuesto sobre alcoholes (agrícola y rural).....	3.626,000
» » el tabaco.....	7.686,000
Recargo por derecho de internación.....	42.956,000
Impuesto de mataderos y carnes muertas.....	1.093,000
	\$ 114.313,000

Impuestos sobre la fortuna

Contribución de haberes....	\$ 10.723,000
Patentes profesionales e industriales.....	1.963,000
» por espendio de bebidas alcohólicas...	1.652,000
» de carruajes.....	838,000
» por pertenencias mineras (municipal).	572,000
» » » » (fiscal).	84,000
» a Compañías de Seguros.....	601,000
Impuesto por depósitos en los bancos	895,000
	\$ 17.328,000

O sea, corresponden 87% a los impuestos sobre los consumos y 13% a los impuestos sobre la fortuna.

Al examinar este cuadro podemos afirmar desde luego que no existe entre ambos grupos una proporción equitativa.

Cierto es que es difícil precisar en un tanto por ciento deter-

(1) La contribución de herencia que a veces se clasifica entre los impuestos directos y a veces entre los indirectos, no había sido restablecida aun el año 1913.

minada, la relación que deba haber entre ellos, pero podemos afirmar que en ninguno de los Estados modernos, con instituciones democráticas, encontraremos semejante desproporción.

La obra de Stourm (1) contiene los siguientes cuadros:

PRESUPUESTO DE GRAN BRETAÑA

Año fiscal	Impuesto sobre la propiedad	Proporción por ciento	Impuesto sobre los consumos	Proporción por ciento
1858-59	330.200,000	24,9	993.500,000	76
1885-86	518.000,000	31	1.108.000,000	69
1897-98	1.090.000,000	44,5	1.360.000,000	55,5
1901-2	1.621.000,000	48,5	1.715.000,000	51,5

PRESUPUESTO DE FRANCIA

1858	633.000,000	48	690.000,000	52
1878	1.085.000,000	44	1.344.000,000	56
1901	1.300.000,000	42	1.750.000,000	58
1905	1.410 000,000	46,06	1.665.000,000	53,94

Desde entonces a acá la proporción ha cambiado mucho aumentando los impuestos sobre la propiedad.

De un discurso pronunciado en 1914 por Mr. Haldane, miembro del Gabinete inglés, tomo el siguiente párrafo:

«Una manifestación de lo que ha hecho el Partido Liberal para realizar las aspiraciones democráticas de su programa, ha sido recordado por el señor Ministro del Interior en su discurso de anoche, a saber, que cuando el Partido Liberal subió al Poder encontró establecidos en igual proporción los impuestos directos y los indirectos, mientras que hoy día los impuestos directos están con los indirectos en relación de 3 a 2.»

Las cifras anteriores demuestran la afirmación que hicimos al empeñar este párrafo.

(1) René Stourm. *Systèmes Généraux d'Impôts*. Paris, 1905, pág. 368.

IV

De lo expuesto anteriormente se desprende la necesidad de revisar el régimen tributario existente y de reaccionar contra la política seguida desde la guerra del Perú.

La tarea es difícil e ingrata. El salitre ha acostumbrado mal a la población; se ha perdido la noción de que la fortuna de los habitantes es la base de las finanzas del Estado y que los ciudadanos deben costear los gastos públicos en proporción a sus recursos: ha dejado de ser una verdad corriente en derecho público la que lo es y elemental en el derecho privado, a saber, la de que los partícipes en una comunidad deben concurrir a sus gastos proporcionalmente a la cuota de que son dueños.

Tan arraigada es esta oposición, de que la sola idea de crear nuevos impuestos se resiste indignada como si se tratara de un atentado contra los sagrados derechos de propiedad.

Ha sido necesario que se produjera la presión de la necesidad, que surgiera la amenaza de la bancarrota, para que se pensara en imprimir nuevos rumbos a la política tributaria.

Creo oportuno transcribir un párrafo de un proyecto de ley presentado por el diputado don Enrique Oyarzún, (1) en que constata este fenómeno de nuestra psicología nacional:

«La casi total carencia de impuestos internos en que hemos vivido desde los primeros días de la conquista, ha determinado un curioso caso de psicología nacional, el de la permanente rebeldía al pago de todo servicio, aun el de aquellos de conveniencia más directamente personal, que en alguna forma pueda ser cubierto con los fondos fiscales, fondos en gran parte acumulados por aquella Providencia que, por ahorrarnos sacrificios nos ha deparado en todo momento un socorro pecuniario extraño a nuestros esfuerzos: el Real Situado, deducido del Quinto Real de Potosí, durante todo el período de la Colonia; los derechos de exportación al oro, a la plata, al cobre, extraí-

(1) Proyecto de ley sobre creación de un Consejo de Hacienda Pública presentado a la Cámara de Diputados en 1913.

dos de Atacama y de Coquimbo, en toda la época de la Independencia hasta la anexión de Antofagasta y de Tarapacá; y la venta del salitre y del yodo, desde esta última época hasta nuestros días. ¡Y cuenta que el Real Situado era de 300,000 pesos oro, en una época en que el total de los recursos suministrados por el país muy pocas veces excedió de esa suma, y que los otros Situados Republicanos de Coquimbo y de Tarapacá han costado también la mitad o algo más de los gastos generales de la Nación!»

Algo se ha hecho en el sentido indicado.

Por ley de 5 de Marzo de 1914 se creó un impuesto adicional sobre los haberes, que era del 2 por mil en las ciudades en que ésta ya alcanzaba el 5 por mil, y del 4 por mil en las demás municipalidades.

El 5 de Febrero de 1915 se restableció la contribución de herencias, cuya supresión se consideraba, y con motivo, como un injusto favor a la fortuna.

El 13 de Abril de 1916 se promulgó la ley de contribución de haberes que dió una nueva organización a este impuesto conservando sus rasgos generales.

Por ley de 22 de Diciembre de 1916 se reformaron por completo las patentes profesionales, industriales y comerciales.

Pero la obra de reconstitución del sistema tributario está muy lejos todavía de haber quedado terminada. Debemos llevarla adelante y así nos aconsejan hacerlo los peligros que para el salitre de Chile pueden sobrevenir por la competencia del salitre artificial.

JULIO PHILIPPI.

«CARLOS II Y SU CORTE»

POR DON GABRIEL MAURA Y GAMAZO

Mayor interés despierta el conocimiento de la historia de los tiempos prósperos y de los reinados heroicos que el de la decadencia de una gran nación.

Aun no se ha cumplido cien años del fallecimiento de Napoleón y ya existe una biblioteca histórica que se refiere a la vida pública y a la vida íntima del genial guerrero corso que ha despertado un interés no igualado por otro héroe antiguo o moderno.

En la más remota antigüedad, ningún hombre despertó entre los de su pueblo mayor admiración que Moisés, filósofo, historiador, creador de una nación y gran jefe militar.

César destruyó las libertades seculares de Roma; las alabanzas que se le han prodigado como guerrero, sobrepasan a las críticas que mereció como ciudadano.

La literatura, que ha tenido por objeto describir los hechos y ensalzar a los grandes conquistadores, ha gozado en toda época del favor de las multitudes; sin embargo, ninguna es más útil para la educación de la juventud que la que pinta con todos los colores de la realidad los períodos de la decadencia, examinando sus verdaderas causas y coordinándolas con sus desastrosos defectos.

Guillermo Ferrero, nos ha dado una explicación muy natural

y humana de la decadencia de Roma, que nos parece más práctica y más comprensible que las lecciones clásicas inspiradas en el más elevado idealismo del severo Montesquieu.

La historia de la caída del Directorio y de la corrupción de los miembros del Consejo de los Quinientos del conde Alberto Vandal, nos revela, con mayor exactitud que la fría narración de Adolfo Thiers, las causas del advenimiento de Bonaparte.

Don Gabriel Maura y Gamazo ha seguido esas tendencias de la ciencia moderna al escribir la «Historia de Carlos II y su Corte», que comprende la menor edad del último rey de la Casa de Austria en España, reinado que ha sido considerado como el más desgraciado de los que la tierra ibérica ha conocido, porque, ni el de doña Urraca de Castilla, ni el de Carlos IV, ni el de Fernando VII, llevan aparejada la responsabilidad, que pesa sobre el de Carlos II, en cuyas manos la gran herencia de Carlos V y de Felipe II, inició su marcha irresistible por la pendiente de la decadencia.

El preclaro talento del hijo del insigne don Antonio Maura, nos ha dado el placer de saborear una época hasta hoy poco conocida, con sus anécdotas, con sus más minuciosos detalles, con los epigramas y pasquines que producía el ingenio picaresco y zumbón de los madrileños de la generación siguiente a la de don Francisco de Quevedo.

Carlos II comenzó a reinar en 1665, a la edad de cuatro años y su fallecimiento ocurrió en Noviembre de 1700; en ese período de 35 años, la corona de Castilla perdió definitivamente el Portugal, única ocasión que se ha presentado en larga serie de siglos para hacer de la península una sola nación. Luis XIV fué, en diversas campañas, tomando, una a una, las plazas de Flandes y del Franco Condado, que eran patrimonio de la Casa de Austria. Antes de su muerte ya las cortes de Europa celebraban convenios para la repartición de sus estados y, cuando sobrevino su fallecimiento, se desencadenó sobre la Europa la guerra conocida con el nombre de la Sucesión de España, de la cual salió la herencia de Carlos V disminuída, sus pendones entregados a una dinastía extranjera y su antiguo crédito eclipsado.

La nobleza española que participó de los triunfos de Carlos V y alimentó con su rica savia la lista de los servidores de Felipe II; de donde salieron los generales de Flandes y de Milán, los virreyes de Nápoles, de Méjico y del Perú, los guerreros de Arauco, los dignatarios eclesiásticos que formaban los Consejos de Castilla, de Indias, de Aragón y de Sicilia; aquella nobleza que se había forjado en el yunque de hierro al lado de los Alfonsos, de San Fernando, de Sancho el Bravo, y de Jaime el Conquistador, que había llegado al pináculo de la gloria y del honor sirviendo a los Reyes Católicos, no era la misma que, enriquecida y soberbia, ocupara los grandes cargos de la monarquía en los últimos años de Felipe IV y durante la minoría y el reinado de Carlos II.

Maura describe el esqueleto de lo que era en esos días la administración española, con todas sus miserias, con las debilidades de los ministros, la bajeza del pueblo y las intrigas de los que todavía se denominaban Grandes de España.

El rey Felipe IV, nacido en 1601, había subido al trono en 1621. Demasiado joven, necesitó de un mentor e hizo mal su elección al depositar su confianza y ceder el ejercicio de la autoridad real al Conde de Olivares. Hizo el ministro, de los halagos a su pupilo, la base de su valimiento, le discernió el título de Felipe el Grande, que la historia no le ha confirmado; lo mantuvo sistemáticamente alejado de la actividad de los negocios y de ese modo se perdieron para España las buenas cualidades naturales del Rey, que era de suyo, afable, generoso, sagaz y hábil; pero su educación lo acostumbró al alejamiento del estudio y del trabajo.

Cuando los desaciertos del ministro y las contrariedades de las campañas de Flandes y de Portugal, lo obligaron a tomar las riendas del gobierno, el desencanto se había apoderado de su espíritu, las enfermedades de su cuerpo y la vejez había hecho su obra. Nada de grande representa para España su reinado. Sus súbditos, al recordar el dictado que le había discer-

nido el conde-duque de Olivares, decían: es como un pozo: más se le cava, más grande es el vacío!

Si Felipe fué desgraciado como gobernante, lo fué más aun en su familia. Su primera esposa, Isabel de Francia, hija de Enrique IV, le dió muchos hijos, que todos perecieron en la menor edad, menos la Infanta María Teresa, que estaba destinada a ser la esposa de Luis XIV, de donde se originaron los derechos de ese rey a la corona de España, pocos años más tarde.

Contrajo Felipe, segundas nupcias con su sobrina, la Archiduquesa Mariana de Austria, que también fué madre de numerosos hijos, de los cuales sobrevivieron la Infanta Margarita, que casó, andando los años, con su tío el Emperador Leopoldo, y el Infante Carlos José, el futuro rey, conocido en la historia con el apodo de «el Hechizado».

Tales son los personajes del drama que conmovió toda la Europa en los últimos años del siglo XVII y principios del siglo XVIII, por no haber tenido sucesor el heredero de Felipe IV.

Al llegar Felipe a los últimos días de su vida, debió comprender cuán variado quedaba el reino que él legaba a su hijo, del que había heredado de sus abuelos. La posteridad habría sido injusta si, como lo han creído algunos autores, se hiciera pesar sobre su memoria toda la responsabilidad de esos infortunios. Todo había decaído en España, a la par que habían acrecentado las riquezas que transportaban los bajeles de las dos Américas. Obligado a elegir sus ministros, sus generales y sus virreyes en una nobleza que desconocía los códigos del antiguo honor castellano, puso su confianza en mediocridades. No tenía a su lado un consejero, que no fuera un adulator; un servidor, que no diera preferencia a su acrecentamiento personal sobre los intereses del Estado; en su aislamiento, buscó, al fin de su vida, un confidente y lo encontró en una monja, la madre María de Agreda, que residía fuera de Madrid y con la cual correspondía por medio de cartas; en ellas le pedía consejos sobre las necesidades de la monarquía, de su familia y de su atribulado espíritu.

La correspondencia de Felipe con la monja de Agreda ha sido publicada, acompañada de valiosos comentarios, por don Francisco Silvela y, con ese motivo, se ha devuelto a su memoria la consideración a que es acreedor un rey que comprendió los males de su época, que quiso remediarlos y que no tuvo los medios para conseguirlo.

Su reinado había comenzado bajo los mejores auspicios; todo le sonreía: «joven, de gallardo aspecto, dice Maura, de mediana estatura, majestuosos ademanes, mesuradas palabras, elegantes vestidos y aderezo, óptimo jinete, capaz de gozar la cultura artística y literaria de su pueblo y aun de acrecentarla» fué la víctima de la evolución a que está sometida toda nación, cuando, como dice Le Play, el exceso de las riquezas y el olvido de las virtudes, hacen simultáneamente su obra.

«Presidió la mentalidad del español cortesano hasta muy entrado el siglo XVII, según Maura, no el parecer falible, inseguro de su propia consistencia, sino el sentimiento congénito, heredado de sus mayores, tenaz y ciego como el instinto, según el cual España, genuina defensora de la fe católica y nación predilecta de Dios, prevalecería, al cabo, contra todos los enemigos.»

«Las empresas más descabelladas teníanse por inspiradas; adversidades políticas, apremios económicos, desastres militares, eran el crisol de los elegidos, pues para templarles, castigando sus pecados, valíase la Providencia de las naciones protestantes, condenadas a indefectible y total ruina. Francia era todavía rival poco temible. El Imperio, baluarte de la Cristianidad contra el Turco, y del Catolicismo contra la secta luterana, reputábase aliado natural, el deudo más próximo, el segundón de la casa de Austria, cuyos Estados, reducidos y pobres, imponían al mayorazgo español la obligación de socorrerle con ayudas de costas moderadas. Los súbditos castellanos de los tres Felipes, el Prudente, el Piadoso y el Grande, ignoraban, sistemáticamente, las lenguas y costumbres extranjeras, extremaban su desdén por Francia, acaso porque no estaban ciertos de la sinceridad de su indiferencia y miraban a los naturales de los restantes reinos y provincias de la monarquía

con esa indulgencia de la superioridad protectora que, mal correspondida, al contacto de lo que juzga vil ingratitud, se trueca presto en irritado encono.»

Conjuntamente con la inconsciencia había crecido la prodigalidad. Los hábitos de sobriedad de la Corte castellana que dejó establecidos Isabel la Católica, y que habían conservado los Emperadores Carlos V y su esposa Isabel, habían caído en desuso. Se aumentó inconsideradamente el número de damas de Palacio, y cada una, al casarse, recibía una pensión de cuatro y cinco mil ducados «que se concedía por tres vidas»; es decir, que la dama adquiría derecho a cobrarla, ella, una de sus hijas, y una de sus nietas. Ese servicio representaba un capital de muchos millones. No contentas con esa protección, las damas pedían constantemente encomiendas, empleos y exenciones para sus maridos, parientes y criados, las que eran concedidas con gran escándalo de los vasallos, abrumados de tributos.

La manutención de tan crecida servidumbre era una carga muy pesada para el presupuesto de la Casa Real. El ramo de abastos de 1667 comprendía: 500 arrobas de aceite; 800 de azúcar; 33,000 de carbón; 21,000 de vino; 50,000 de cera; 100,000 de carne de vaca; 34,300 de pescado fresco y 130,000 de pescado seco; 17,391 libras de sebo; 90,000 de tocino; 1,900 de tocino de algarrobillas; ocho docenas de ranas y 16,000 carneros completos. En este presupuesto no quedaba comprendido el donativo semanal, que debía enviar para los gastos de boca cada uno de los sitios reales: pavos, gallinas, manteca, cestos de fruta, melones, tórtolas cebadas; «60 gazapos» de Abril a Julio y «60 conejos» de Julio a Octubre. La crónica de la época ha conservado la lista de platos que se preparaban para la comida del rey Carlos II, cuyo estómago enfermo y delicado no podía soportar alimentación tan abundante.

El día 17 de Septiembre de 1665 murió Felipe IV, dejando el gobierno de inmensos y ricos territorios a un niño de cuatro

años, que, débil y raquítico, estaba aún en lactancia y no podía mantenerse en pie. En su testamento, abierto y leído sobre su propio lecho de muerte, en cumplimiento de una orden verbal dada a su secretario, nombró Gobernadora del reino a su esposa Doña Mariana «para que con sólo ese nombramiento, sin otro acto, ni diligencia, ni juramento, ni discernimiento de dicha tutela, pueda desde el día que yo fallezca entrar a gobernar en la misma forma y con la misma autoridad que yo lo hago, porque mi voluntad es comunicarla y darla la que yo tengo y toda la que fuese necesaria, sin reserva alguna hasta que el Rey cumpla catorce años».

Sin embargo, en las cláusulas siguientes comenzaban las reservas. Doña Mariana debía mantener los Consejos en la forma que los tuvieron los últimos reyes; cuidaría de elegir ministros creyentes, honrados y aptos; los negocios principales entre los cuales estaban los que concernían a las relaciones con las demás naciones, debían someterse a una Junta de Gobierno—que antes no había existido—compuesta por el Presidente del Consejo de Castilla, el Vicecanciller de Aragón, el Arzobispo de Toledo, el Inquisidor General, más un Grande de España y un Consejero de Estado, que nominalmente designaba el testador y cuyos nombres se encontraban en un papel adjunto.

No parecieron muy acertados esos nombramientos y los sucesos posteriores vinieron a confirmar lo errado que, en esa ocasión, anduvo el rey Felipe.

«No era culpa de Felipe, dice Maura, en fuerza de elegir, la medianía de los designados, ya que no fueron mejores los preteridos. No era culpa de Felipe el desmedro intelectual de los oligarcas. Mientras fué la nobleza de sangre garantía de honor, prenda de lealtad, segura promesa de desvelo por el bien público, acertaron los Reyes eligiendo sus Ministros de paz y guerra entre quienes, guardados de la necesidad por la hacienda que les transmitieron sus mayores, consagraban generosos a los demás el tiempo y la energía que en propia defensa han de consumir los desvalidos. Pero, cuando la sonoridad del nombre fué patente de necedad, y el lustre y riqueza de los antepasados pretexto de ocio y aun motivo de vicio para los descendientes,

el implacable cerner de la política separó de los más linajudos a los mejores; no habiendo sido culpa en los Reyes preferir éstos a aquellos, como no lo es en el cedazo o en la brisa blanda la monda de la parva».

Un soneto de la época caracteriza a los miembros de la Junta y a los principales ministros dejados en herencia a Doña Mariana:

«Medina, muy pintado, vano y loco;
Castrillo, mal letrado, viejo y seco;
Góngora, sabio, sí, pero bermejo;
Aytona, aunque buen santo, no lo invoco;
Velada, come mucho, espera poco;
Peñaranda, el Reino es su manejo;
A Liche, con sus diablos, bien le dejo;
Don Juan de Austria es de vidrio, no le toco;
Fuansaldaña es político a su idea
Alba se pierde en su naturaleza;
Terranova su temple se malea;
A unos les falta la destreza,
A otros les sobra; y siento que se vea
Que al mejor Rey le falta la cabeza.»

Y si fué desgraciado Felipe en la elección de la célebre Junta de Gobierno, lo fué mucho mayor en la invención de semejante manera de hacer gobierno. Doña Mariana quedaba bajo el peso de la responsabilidad de la suerte de la monarquía, pero sin tener la dirección de los negocios ni el derecho de mandar. Sobre ella subsistía la Junta, que tenía autonomía propia, que era omnipotente, que no podía ser disuelta ni modificada sin el consentimiento de los miembros restantes.

Como los aragoneses, los de la Junta podían decir a la Reina: cada uno vale tanto como Vos; todos juntos, podemos más que Vos.

El nacimiento del que había de ser Rey de España, con el nombre de Carlos II, había conmovido cuatro años antes, no sólo a la Corte y a las dependencias de la monarquía, sino también a las otras cortes europeas.

El autor del hermoso libro sobre ese reinado dice, y no es nuestro ánimo dejar en esa ocasión que se pierda el rico lenguaje de sus narraciones:

«El domingo 7 de Noviembre, día de San Leonardo, Felipe, concluidas sus devociones, recogióse a su escritorio para contestar la última carta de la monja de Agreda, recibida casi un mes antes, excusar su retraso, alegando otras ocupaciones y aliviar sus amarguras, comunicándolas con el noble espíritu de Sor María, como pocos inteligente y, como ninguno, desinteresado. La Reina sentóse a comer, como de costumbre, poco después de mediodía; pero dolores que hasta entonces no sintiera, la obligaron a levantarse de la mesa y encaminarse a su cuarto.

«Era ésta la amplia y bien orientada pieza de la torre próxima al oratorio, con ventanas al mediodía y al poniente; alhajábanla algunos cuadros y miniaturas de personajes de la casa de Habsburgo y otros asuntos religiosos, varios relojes de diversas formas y sistemas; un cofre y un escritorio de ébano y marfil; un bufete tocador de plata labrada sobredorada, y, en considerable profusión, urnas, escaparates, y reclinatorios llenos de imágenes de santos, rosarios reliquias, pilas de agua bendita, salvillas y otros objetos sagrados y profanos de esmalte, plata, oro y filigrana. Veíanse allí, además, traídas en previsión del acontecimiento, algunas reliquias famosas, entre ellas el báculo de Santo Domingo de Silos y la cinta de San Juan de Ortega.»

Días antes se había traído en procesión solemne al Palacio Real el cuerpo de San Diego de Alcalá y el de San Isidro Labrador.

Precipitadamente fueron llegando a Palacio la comadre Inés Ayala, encanecida en aquellas lides, y el protomédico don Andrés Ordóñez, asistido por los cuatro médicos de cámara. «La severa etiqueta de la Casa de Austria reputaba indecente la semi-publicidad que, a los nacimientos de personas reales, dió el uso en la Corte de Francia y que importó luego a España la dinastía borbónica».

«Así pues, ante tal concurso y en tal escenario, nació un

príncipe hermosísimo de facciones, cabeza grande, pelo negro, abultado de carnes, siendo el parto tan feliz que, a la una de la tarde, reposaba ya la Reina en la suntuosa cama de ébano y plata, protegida contra el viento y el frío por dosel y colgaduras de pesadas y ricas telas.»

Cantado el Te Deum, comenzaron esa misma noche los festejos que duraron treinta días. Fué necesario devolver a Alcalá, en procesión solemnísimas, el cuerpo de San Diego, y a su convento el de San Isidro. En igual forma se hizo la devolución del báculo de Santo Domingo y las otras reliquias. En la tarde de cada día, había una fiesta religiosa y en la noche mogigangas para el pueblo.

El almirante de Castilla, duque de Medina de Río Seco, celebró el gran acontecimiento con un banquete famoso en los anales de Madrid. Don Cesario Fernández Duro lo relata en sus Crónicas y asegura que se sirvieron 300 platos de carne y 300 de principios y postres. El hijo del Mariscal de Grammont, Embajador de Francia, que asistió dejó una narración de la fiesta en sus Memorias: «*Festin superbe et magnifique a la manière espagnole, c'est-a-dire, pernicieux et duquel personne ne put manger*».

El bautizo se hizo sobrepasando las ceremonias a las que acostumbraba la faustosísima Corte; el Rey Felipe no se dejó ver del público en esa ocasión; detrás de una cortina fué testigo mudo del gran acontecimiento.

España tenía asegurada su sucesión; la tierra de Castilla y la de Aragón, las inmensas colonias de América, los virreinos de Italia y las provincias de Flandes tenían un futuro soberano de la sangre de Carlos V.

El niño que acababa de nacer fué presentado, en brazos de su menina, a los embajadores que enviaron con ese motivo a Madrid los monarcas amigos. Todos ellos, al dar los parabienes a su aya, Marquesa de los Vélez, que presidía la ceremonia, lo calificaron de «lindo y robusto».

Los documentos de la época, que traidoramente han visto la luz pública, dos siglos después, han revelado que el Embajador ordinario del Rey de Francia decía a Luis XIV que *Il pa-*

roit fort faible, ayant de dartres aux deux joues, qui viennes de ces inflammations que l'on apelle icy «empeines»; la teste toute pleine de croustes; mais ce que ne paroissoit pas et que je scavois d'ailleurs, c'est que depuis quinze jours ou trois semaines il sort de la matière au dessous de son oreille droite on il'y a une ouverture qui purge un peu; et son bonnet tourné couvroit adroitement ce costé là».

Más extraordinaria es la revelación que han hecho los Archivos de Viena, cuya Corte mantenía conjuntamente con la de Francia, aspiraciones a la herencia española, si no había sucesor. Al Conde Poetting, su Embajador, decía el Emperador Leopoldo que: «hallánse aquí ahora muchos franceses y siempre se oyen muchas cosas de ellos, Dicen claramente que no creen que España tenga príncipe varón, sino hembra y se fundan en que el Embajador D'Embrun ha pedido permiso para visitarle en lugar prohibido (*che insolenza francese*) y se le ha negado siempre. En cambio, el Rey mostró el Delfín al Embajador La Fuente. Si yo fuera Rey de España, les había de mostrar al Príncipe de bonita manera, *ad obstruenda ora malignorum*».

En realidad, el recién nacido era enfermizo y linfático, fruto de repetidos matrimonios dentro de una misma familia, después de seis generaciones. El matrimonio de Felipe con su sobrina, hija de su hermana, la Emperatriz María, era un gravísimo error «porque los frutos del tal enlace debían descender de la Reina, Doña Juana la Loca, por su padre y por su madre, por sus cuatro abuelos y sus ocho bisabuelos».

La malicia cortesana decía que los bastardos del Rey eran, en cambio, robustos, «en lo que el Rey tenía muy buena mano y en los legítimos una dicha muy corta».

Sin embargo, Felipe, que en sus últimos años había olvidado esos devaneos, escribía a la Madre de Agreda, en esos mismos días, «que su hijo iba criándose lindo, lucido y sano».

Quince nodrizas tuvo el real infante en los cuatro años de su lactancia, fuera de muchas otras «de respeto» que vivían en palacio para estar prevenidas en todo momento para satisfacer las necesidades del niño. Las nodrizas vivían en la más

estricta vigilancia; su elección, sus alimentos, su vida íntima eran objeto del cuidado de los médicos, del aya y de la muchedumbre de servidores a las órdenes de la marquesa de los Vélez.

Había en esa época un cronista de todo lo que ocurría en Madrid, llamado Barrionuevo, que ha legado a la posteridad un sinnúmero de datos que permiten conocer los secretos e intimidades de esas costumbres. Cuenta Barrionuevo que: «Entró el Rey a ver al príncipe, que estaba en el mayor aprieto de una repentina calentura. Preguntó al ama cómo había pasado la noche y ésta como se viera sin testigos, dijo al Rey: Señor, yo tengo tres hijos, los más lindos que hay en Madrid, criados a mis pechos, luciéndoles mi leche y cuidado; cuando lloraban, los mecía, y, con saliva, les curaba los granos cuando los tenían; dormían a mis pechos, dándoles, como dicen, carona; yo comía a mis horas sazonado. Aquí todo me lo dan sin especias, sazón, ni sal; paso las noches desvelada, y si he de reposar, es fuerza retirarme a un camaranchón; la que se le antoja, me levanta las faldas registrándome si me ha venido el achaque; la baraúnda y el bullicio es grande; la leche con tanta zozobra no es posible que sea la que es menester». La elocuencia del ama hizo suspirar al atribulado padre, que no podía poner remedio en males que se derivaban de la etiqueta establecida.

Los cuidados y la vigilancia de Doña Mariana y del aya no alcanzaron ciertamente a corregir los vicios orgánicos de la salud del príncipe; pero lograron robustecerlo hasta tal punto que el Embajador D'Embrun pudo notar en los besamanos del cumpleaños de 1666 que «pudo S. M. vestir calzas, ropilla, golilla y capa y ordenar en persona a los Embajadores que se cubriesen; pero contrastaba la seriedad del indumento y el aparato de la ceremonia con los cordoncillos que, empuñados por la menina más próxima, perdíanse bajo la capa del Soberano».

Un año más tarde, ya de edad de seis años, pudo presidir una ceremonia en pie y sin cordones, quitándose él y no su aya, el sombrero para las cortesías. Y—cosa curiosa—la con-

valecencia del Rey trajo graves complicaciones en el ceremonial de la Corte. El 30 de Julio de 1667 la Camarera Mayor de la Reina, Doña Elvira Ponce de León, marquesa de Valvueza, pidió preferencia en las ceremonias sobre la marquesa de los Vélez, Aya del Rey, «por andar ya solo S. M. y sin necesitar de apoyo». El grave asunto, por decreto real, fué pasado en consulta al Consejo de Estado. Allí se dividieron las opiniones, unos por la de los Vélez y otros por la Valvueza. Algunos consejeros propusieron que, en lo sucesivo, hubiera dos besamanos; uno para el Rey y otro en honor de la Reina. El Duque de Alba, declarando que era pariente de las dos en igual grado de consanguinidad, aunque amigo sólo de la verdad, opinó «que, siendo el Aya toda la Casa del Rey, miéntras no la tuviera propia, debía preceder en público a la Camarera Mayor». La Reina al margen de la consulta, decretó como sigue: «No es dudable la preferencia de la Camarera Mayor por razones de su oficio; ni el Aya se la disputa, ni mi ánimo la perjudicará en nada; pero, al asistir el Aya en las funciones que el Rey, mi hijo, tuviere, inmediata a su real persona, es inexcusable para lo que se pudiere ofrecer del ejercicio de su oficio, y así correrá lo que tengo resuelto».

Ese decreto no puso fin a la dificultad que se convirtió en una grave cuestión de Estado, dividiéndose las opiniones y sobreviniendo polémicas, riñas y enemistades en el seno de la Grandeza.

Estas incidencias, y muchas otras, pueden servir para aquilatar lo que era la Corte de Madrid a fines del siglo XVII y para formarse un juicio cabal sobre sus principales personajes, su cultura intelectual y sus dotes para cargar con el peso de la monarquía formada por los primeros reyes de la casa de Austria.

Durante diez años estuvieron los destinos de España entregados a la Reina Gobernadora y a la Junta nombrada en el testamento de Felipe, que fué renovándose por muerte de sus miembros primitivos, sin mejorar su personal.

No reunía Doña Mariana el conjunto de cualidades que adornaron en el siglo XIII a la célebre Reina Doña María de Molina, curadora del Rei Don Fernando IV, su hijo y, más tarde, de don Alfonso XI, su nieto. La habilidad, la prudencia y el patriotismo, o sea el apego al terruño en que ella no nació, cualidades que tanto han distinguido, en la edad presente, a la madre de Alfonso XIII, no adornaban a la de Carlos II.

Destinada a casarse con el Infante Baltazar Carlos, hijo de Felipe, a su prematuro fallecimiento, aceptó la mano de éste, que era su tío carnal y la aventajaba en gran número de años. «Los lazos que la unieron a Felipe, según Maura, los trabó la razón de Estado, añudóles el respeto, quizás los estrechó el cariño, pero no la pasión. De la maternidad conoció las dolorosas cargas, los peligros, las inquietudes y lloró la pérdida de todos sus hijos, menos uno, y la ingratitud del que le quedaba. Ignoró la ambición, el poder la inspiró miedo, y, si por ventura, llegó hacérsele amable el hábito de dispensar mercedes, afligíala entonces la certidumbre de tener que resignarlo pronto».

Viuda y Gobernadora, comprendió muy luego los peligros que la rodeaban, los inconvenientes de su aislamiento y la delicada situación que diariamente le creaban las pasiones que bullían a su alrededor. Doña Mariana no había nacido española; su alma jamás se naturalizó con su patria de adopción y no tuvo flexibilidad, ni atractivos suficientes para hacer olvidar su condición de extranjera, ni éxitos venturosos que le permitieran adquirir la simpatía pública que desde antiguo se niega a los regentes y se concede fácilmente a los reyes propietarios.

«Rodeábanla los esplendores del imperio y caras sonrientes, doblados espinazos, obsequiosa e innúmero muchedumbre, oropeles que, a la hija del Emperador, consorte y madre de reyes, ni deslumbraron, ni atrajeron; no veía en torno suyo ni un solo rostro que, apartada la máscara de la etiqueta, reflejase cariño o simpatía; ni unos ojos leales que sostuviesen la mirada escudriñadora del recelo; ni un pecho amigo donde, desceñida la corona, reposar la cabeza. Conocía su propia ignorancia y temía las celadas del engaño; advertía su debilidad de mujer y de Gobernadora, y temblaba el ataque a traición; había expe-

rimentado la falsedad cortesana, y ningún homenaje le parecía sincero.»

Esa pintura del carácter y de la mentalidad de doña Mariana la completan, con rara uniformidad, los autores contemporáneos asegurando que su inteligencia era mediana y que, para desgracia suya y del reino, la rigidez de su voluntad no se doblegaba cuando tomaba una resolución.

Dos enemigos persiguieron la tranquilidad de la Reina durante los diez años de su gobierno: las rivalidades de los miembros de la Junta y la ambición loca, desmedida, del hijo bastardo de Felipe IV, a quien, para parodiar un nombre ilustre, se le llamó don Juan de Austria.

Al comenzar las disenciones internas en el seno de la Junta, siendo fuerza que doña Mariana dirimiera esas contiendas, necesitó de un consejero. Su elección recayó en su confesor, el Padre Juan Everardo Nithard, jesuita alemán, que había sido el confesor de su madre y la había acompañado de Viena a Madrid.

«Cuando falleció Felipe IV, amigos y enemigos señalaban al confesor como natural consejero de la Reina viuda; otorgábale este omnímodo crédito; veíala acechada por ambiciones y codicias; las amenazas a su persona eran acicate para su celo y el abandono de su puesto, a la hora del peligro, habríanlo reputado el mundo y su propia conciencia, cobarde desertión.

«Un director espiritual, más avisado y menos cándido que Nithard, más ducho en distinguir la teología de la política, añade Maura, habría, desde luego, señalado el equívoco a su penitente, negándose respetuoso y firme a traspasar los límites de su ministerio, excusando preguntar y sugerencias, olvidando noticias y detalles impertinentes. Pero el jesuita alemán contó en el número de los hombres que llegan a la edad madura con la inexperiencia mundana y la ingenuidad candorosa de la infancia, especie que tanto abunda entre sabios y religiosos, protegidos contra los choques inclementes de la existencia por la

coraza de los libros o los muros de la celda. Eminentes, a veces, en el saber o en la virtud, fracasan siempre en la política, porque sobre la incapacidad común a todos los soñadores, suelen padecer el grave defecto de la vanidad pueril, aliada a la timidez, y todavía más flaca que la vanagloria que es mezcla de vanidad y de ambición.»

Se trabó necesariamente una lucha violenta entre el Confesor y el Bastardo; éste, por atropellar los fueros de doña Mariana y, aquel, para defenderlos. La narración de esas incidencias hace necesario un estudio separado para explicar con exactitud lo que era la Corte de España en las postrimerías del siglo XVII.

Las crónicas de la época y los pasquines y epigramas que eran su complemento fueron muy duros y, a veces injustos, con el Bastardo y, más aun, con el Confesor.

Del primero se dijo:

«Sólo tiene una señal
De nuestro Rey soberano
que en nada pone la mano
que no le suceda mal.
Acá perdió a Portugal;
en las Dunas su arrogancia;
dió tantos triunfos a Francia
que es causa de admiración
el dar tanta perdición
en un hijo de ganancia.»

En contra del segundo fué abundantísima la producción de los poetas madrileños.

«Para la Reina hay Descalzas,
y para el Rey hay tutor,
si no se muda el gobierno
desterrando al Confesor.»

Había llegado a Madrid la noticia del nacimiento de la Archiduquesa María Antonia, que, desde la cuna, destinábase para esposa de Carlos II y, al terminar una serie de coplas es

critas en celebración del fausto acontecimiento, se encuentra la siguiente:

«Pues que permitís, Señor,
que nazca una Reina bella,
hija del Emperador,
no permitáis que, con ella,
nos nazca otro Confesor.»

Nombrado Inquisidor General, tuvo el Padre Nithard acceso a la Junta, y uno de sus primeros dictámenes, sobre el restablecimiento de las comedias suprimidas durante el luto de Don Felipe, le quitó las simpatías de los madrileños tan aficionados como eran a esos espectáculos. Malquistado ya como extranjero, acusado de entrometido y advenedizo, tuvo la desgraciada idea de defender, ante la Junta de Hacienda, el establecimiento de una contribución única, por capitación, excusando de ese modo el empleo de 30,000 funcionarios que se ocupaban de las recaudaciones de rentas, casi todas basadas en los consumos.

Luis XIV brindaba en esos días a España su amistad, bastante interesada para el porvenir. Ella era indispensable para recuperar el Portugal. El Confesor, como alemán, fué de opinión contrario a la aceptación de tal alianza.

Cuando fué nombrado Consejero de Estado, desfiló todo Madrid por el Convento de los Jesuitas, y el Confesor alemán, «alto, desgarbado, enjuto, recibió a todos con la amabilidad forzada y sin gracia del asceta metido a cortesano, y la timidez robusta del estudiante que, a los cincuenta y ocho años, deja los libros por la política. Contrastaba la humildad y pobreza de aquella celda con la calidad y gala de los concurrentes, como la sencillez del hábito talar del teatino, con el pomposo título de Excelencia, raro privilegio reservado entonces a las más excelsas categorías sociales».

Agradecía el Confesor las felicitaciones que, ribeteadas de interés y de malicia, se le hacían y contestaba a todos que, humilde criado de S. M., aceptaba la carga que Dios echaba sobre sus débiles hombros, sin haberla deseado, ni solicitado.

No era fingida la humildad del Padre Everardo, pero sí lo

era su modestia. Pronto conoció su inexperiencia en los negocios. «Habitado a discurrir con acierto y profundidad, que muy pocos igualaban, sobre abstrusas materias científicas, imaginó de mucho más fácil dominio el arte de gobernar, ignorando que requiere sagacidad siempre en acecho, incompatible con el sistemático arrobamiento de los sabios, y agilidad mental, que se pierde bajo la pesada armadura de la lógica».

«Castiga la realidad política a los ambiciosos vulgares y a las medianías con la tibieza de sus amigos o el desdén de los adversarios; reservando, en esferas más elevadas, a los verdaderos hombres de Estado, el oxígeno reconfortante de la admiración y del odio. Rápidamente encumbrado, pudo alcanzar muy pronto el Confesor, tan envidiable altura, y en verdad que obtuvo en breve tiempo tres ascensos de la gloriosa y áspera carrera: la injuria, la calumnia y el atentado personal.»

La caída del Padre Nithard y su salida de Madrid en 1669, cuando faltaban aún siete años para la declaración de mayor de edad del Rey niño, pusieron a Doña Mariana en la mayor confusión. Su enemigo jurado, Don Juan de Austria, debió, según los cálculos de la Corte, recoger la herencia; pero todavía quedaban energías a Doña Mariana para conjurar ese peligro, que, para ella, era la humillación. Contando con mayoría en el Consejo, nombró al Bastardo, Virrey de Aragón, cargo más honorífico que de influencias, haciéndole salir de la Corte, donde podía organizar un partido de oposición.

Quedó sola y sin amparo la Reina Gobernadora, y se cometería una injusticia si se le atribuye a ella el desorden que siguió cuando salió de Madrid su único amigo verdadero y desinteresado.

Si muy triste era el estado interno de la monarquía, lo era mucho mayor, si se considera el manejo de sus intereses externos, con relación al aumento de poderío de los países que la rodeaban, en sus numerosos Estados.

Don Gabriel Maura examina esa situación con justiciera imparcialidad, y culpa de todo al decaimiento de la Grandeza. «La Historia de la decadencia de España, dice, es en su aspecto psicológico todavía más desconsoladora y lamentable que

en el político. Transcurrió la primera mitad del siglo XVII sin que ni la prosperidad, cada día más sólida de Francia, ni su creciente poderío, ni la anemia aniquiladora del Imperio Español, bastaran a desazonar a los descendientes de aquellos que habían sido durante el siglo XVI, señores del mundo. Fiaban nuestros antepasados en su destino más que en sus cualidades; no eran un pueblo consciente de su misión, capaz de acometerla, y ganoso de realizarla; juzgábanse instrumento providencial, nuevo Israel tan predilecto del Altísimo, en la victoria como en la cautividad, y en el desierto como en la tierra de promisión. De ese modo, la pasividad imprevisora, la incoherencia petulante y holgazana, se honestaban a fuer de docilidades de creaturas para con su Creador.

«Cuando la garra brutal del desastre arrebató al Rey Católico el atributo de brazo derecho del Omnipotente, para todos sus vasallos, aun para los mejores, fué la mudanza castigo del cielo, contra el cual pareció impío rebelarse, y la positiva carencia de hombres útiles en la degenerada clase directora, se agravó con el desmonoramiento espiritual de la nación entera.»

El personal de los Generales y de los Ministros y Embajadores se reclutaba necesariamente en ese medio, porque no había otro. Esos empleos se obtenían mediante la más baja adulación y se solicitaban, no para servir al país, sino para gozar de sueldos. No eran los nombrados los más dignos, ni los más valientes, ni los más competentes, sino los que se hacían temer de la Corte o quienes contaban con el valimiento de parientes poderosos. Muchos de ellos se dedicaban desde sus elevados cargos al comercio y hubo General que traficó con la adulteración del número de sus soldados y con la provisión de los víveres.

No disponía Doña Mariana de medio alguno para recibir informaciones directas y ciertas sobre la administración pública, ni sobre lo que ocurría y se decía en Madrid. Para la defensa de las personas reales se vió obligada a crear un regimiento especial, que fué conocido con el nombre de La Chamberga, al cual se dió una situación privilegiada y que dió muchas páginas a la crónica madrileña de la época.

Un día sus ministros y consejeros se apercibieron de que

Doña Mariana comenzaba a tener cabal noticia de muchas cosas que cuidadosamente se le ocultaban y se susurró «que había duendes en Palacio».

Pronto fué descubierto el misterio y divulgada en Madrid la verdad; el Duende de Palacio era el Caballerizo Don Fernando Valenzuela, casado con una de las damas de rango inferior; un curioso ejemplar de esos descendientes mestizos y degenerados de la raza admirable de los grandes aventureros españoles del siglo anterior.

El episodio del valimiento de Valenzuela también necesita un estudio especial. En una época en que los cargos públicos se concedían únicamente a la aristocracia era una osadía pretender el cargo de Valido y de Primer Ministro por un descendiente de pecheros, sin antepasados que hubieren figurado en la conquista de Granada y sin protectores dentro del enjambre de nobles degenerados que componían la Corte de España.

La oligarquía se alarmó y el Cardenal de Toledo, el linajudo Don Pascual de Aragón, pidió, a Doña Mariana en nombre de todos, una explicación del enigma. La regia señora dió su contestación por escrito y la acompañó de un viejo papel de la letra de su marido, el Rey Don Felipe. En ellos recibió el Cardenal lecciones que le obligaron a regresar a Toledo sin pretender mezclarse en lo sucesivo en lo que no le correspondía.

Ambos documentos sirven para el conocimiento de los extraños hábitos de una época que ha sido reemplazada por una cultura bastante diversa de la que regía en las cortes hace dos siglos.

«Ya que mi tolerancia, decía la Reina, os ha permitido repetir proposiciones tan disonantes a mi oído, habiendoot dicho que son mentiras de envidiosos, paso a satisfacer y a advertiros de vuestra inadvertencia, pues, por ser la materia que es, quiero hacerlo. Y así veréis que este papel que el Rey, mi Señor, me ordenó a boca buscarse en un escritorio de su Cámara, cuyas llaves tengo en mi poder, y el haberlo dilatado hasta ahora ha sido no persuadirme a que tan bajas voces, tan contra mi res-

peto pudiesen haber hecho impresión en vuestras obligaciones, y por él veréis cuán falsamente os engañan y os persuadís a proponerme más y más, que es forzoso causen escrúpulo a vuestra conciencia, pues a estar yo tan enterada en la verdad, eran bástantes no sólo a haber mandado quitar una vida, pero la de todos los que se atreven a tales presunciones. Y advier-toos que, pues me he resuelto a manifestaros cosa que el Rey mi Señor me mandó tener en secreto, se quede en vos, y coope-réis a que se cumpla lo que me ordenaba este papel, volviéndome luego. Yo la Reina. Jueves, a 7 de Abril de 1672.»

El papel decía: «Conforme lo que a boca repetidas veces la he comunicado, hago por escrito este recuerdo, para que ya que yo, por atender a la seguridad de la persona de Valenzuela, no he querido premiarla como merece el particular servicio que nos ha hecho, si acaso faltare antes de hacerlo y durante su Gobierno muriese el sujeto a quien este mozo es necesario asegurarle, le encargo le premie en correspondencia de su mérito porque estoi con particular cuidado de no haberlo hecho aunque ha sido por tan legítima causa. Yo el Rey».

A muchas conjeturas podía prestarse el papel firmado por don Felipe, siendo la más próxima a la verdad que, ya Valenzuela, antes de su fallecimiento, ejercía en la Corte el oficio de espionaje.

El programa de gobierno de Valenzuela fué: Pan, Toros y Trabajo. Siguiéndolo fielmente se ocupó preferentemente del ramo de los abastecimientos de Madrid para que no encareciera el costo de la vida como había ocurrido en años anteriores; dispuso que constantemente hubiera corrida de toros y comedias e inició grandes trabajos edilicios para proporcionar jornales a los desocupados que eran, en ocasiones, en mayor número que los que ganaban su vida honrádamente. Durante su ministerio se hicieron transformaciones importantes en Madrid, se terminó la plaza de oriente y el Alcázar Real y se construyó el puente de Toledo sobre el Manzanares.

A pesar de la previsora política de El Duende, estaban tan arraigadas en las costumbres los privilegios de exclusividad de la nobleza, que ésta no cesó de conspirar. Se acercaba, con el

año 1675, el de la mayor edad del Rey y, tanto Valenzuela, como sus enemigos, urdían sigilosamente la trama para asegurarse el dominio del ánimo del nuevo monarca. Para buscarse apoyos decretó el Primer Ministro la formación de la Casa del nuevo Rey, colocando en los cargos más elevados a tres miembros de la nobleza: los Duques de Medinaceli, de Albuquerque y el Almirante de Castilla.

Los pasquines de la calle dijeron: «que el uno era malo; el otro, ni bueno ni malo, y el tercero Sardanapalo». Cuando los tres fueron a Palacio para presentar los agradecimientos el bufón titulado de la Corte los saludó diciéndoles: «Mucho se habla de Vucencias en Madrid».

—«Qué se dice», le preguntó el Almirante.

—«Pues dicen: La Cueva en la casa; La Cerda en la camisa; el garañón en la caballeriza y Valenzuela que todo lo guisa».

La Cueva era el nombre patronímico de los Albuquerque; La Cerda de los Medinaceli; mal parado quedaba Valenzuela y peor el Almirante.

Al fin, llegó el día tan deseado por la nobleza, 6 de Noviembre de 1675: designado por el testamento de Felipe para la declaración de mayor edad de Carlos. Con el mayor sigilo, y con la complicidad del profesor del príncipe, Ramos del Manzano y del Confesor, Fray Pedro Montenegro, se obtuvo del futuro soberano dos cartas; una para don Juan de Austria, y otra para el Cardenal don Pascual de Aragón, llamándolos a su lado; según los proyectos de los Grandes de España conjurados por medio de un documento firmado por los principales de ellos, el primero debía reemplazar al Duende, como Primer Ministro, y el segundo, a doña Mariana, como Consejero.

«En la cátedra y en el Confesonario oyó el Rey encarecer la triste situación de la Monarquía y la mísera de los súbditos, culpar de todos los males a la Junta de Gobierno, abominar de la escandalosa privanza de Valenzuela y censurar la debilidad de la Reina, quizás su ineptitud. Le sugirieron que pues habían fracasado los Ministros de la Regencia, era deber suyo aseso-

rarse de personas conspicuas por su cuna, dignidad y experiencia, que la estulticia o la perversidad tenían relegadas en el destierro o en puestos subalternos.»

El lunes 4 de Noviembre sometió la Reina Madre con la aprobación de los miembros de la Junta, a la firma del Rey un documento en el que, declarándose incapaz de ejercer todavía por si solo el gobierno, prorrogaba por dos años más los poderes conferidos por la última voluntad del Rey difunto. Con sorpresa de los Ministros y estupefacción de la Soberana, negóse Carlos a firmar. Al mismo tiempo, supieron doña Mariana y sus Ministros que don Juan de Austria estaba a una jornada de la capital y que el Cardenal de Toledo, emprendía viaje hacia Madrid.

Al llegar el primero a la capital solicitó audiencia de ambos Reyes; concediéndola inmediatamente don Carlos y negósela doña Mariana. Confirmó en esa entrevista el futuro Rey sus propósitos de gobernar en compañía de don Juan y del Cardenal.

La mañana del día 7 se inició con la celebración de un solemne servicio religioso; al terminar la ceremonia, pidió la Reina a su hijo que pasara a su habitación. Largas horas estuvieron encerrados; al salir, pudo notarse en el semblante del Rey los signos de prolongado llanto. Llamó al Duque de Medinaceli y confióle la misión de ordenar en su nombre a don Juan de Austria que, sin demora, siguiera viaje a Italia!

Los partidarios del Bastardo recibían orden de retirarse de la Corte; Ramos de Manzano, reemplazado; el Confesor Montenegro, destituido.

El Cardenal Arzobispo, defraudado, pidió audiencia, que le fué concedida. La entrevista se redujo al siguiente diálogo:

—¿Para qué me llamó V. M.?

—Para que me asistieseis.

—Soy incompatible con otros.

—En fin, ¿os vais de nuevo a Toledo?

—Sí, señor.

—Pues, encomendadme a Dios.»

Así terminó la jornada del primer día del reinado de Carlos

II y lo sucedido puede ser considerado como el vivo espejo de los 35 años de su duración.

No pueden ser entregados los negocios del Estado a las resoluciones de monarcas que sufren cambios tan violentos y repentinos. Sus grandes intereses no pueden, como las hojas de otoño, quedar a merced del rumbo de las brisas que cambian sin cesar. La decadencia de España entraba en su período álgido; la monarquía sufría de enfermedad incurable por la falta de caracteres sólidos en las clases encargadas de la dirección de sus destinos.

La generación que había acompañado a Felipe II había desaparecido cien años antes. Sus descendientes no eran capaces de tomar la defensa del Imperio donde no se ponía el Sol. Frente a frente de Carlos II, se erguía el Gobierno de Luis XIV, rodeado de sus grandes ministros, Colbert y Louvois, que seguían sin tropiezos la senda trazada por el cardenal Richelieu.

No comprendieron los gobernantes de España que, para el mantenimiento del imperio colonial, era necesario convertir al reino en gran potencia marítima. Todavía no había conquistado Inglaterra el dominio de los mares.

Dueña del Mediterráneo, podía conservar tranquilamente la posesión del Milanesado, de Nápoles, Sicilia, Cerdeña y las Baleares.

Dueña del Atlántico, le habría sido fácil impulsar sin temores ni recelos, el progreso de las dos Américas.

En lugar de seguir esos rumbos, se encastilló la España en la defensa de los Estados patrimoniales de Flandes y del Franco Condado, que nada le producían y que eran constante cebo para la codicia de dos poderosos vecinos: la Francia y Alemania.

En esas guerras agotó España la sangre nobilísima de sus mejores hijos y las riquezas que la América le producía.

No era Valenzuela de la talla de los grandes conductores de pueblos para comprender el error y enmendar el rumbo. Como los gobernantes de su especie, descansó en la rutina y en la cómoda política de no innovar. Como los parlamentarios de la

edad moderna, debió concentrar sus esfuerzos a la defensa dentro de la propia casa en ese dédalo de intrigas que componía la vida ordinaria de la Corte madrileña.

Doña Mariana y su hijo vivieron, al día, sin preocuparse del porvenir; los ideales y los rumbos definidos quedaron desconocidos; su diplomacia exterior se limitó al nombramiento de sus representantes ante las Cortes europeas, los que salían de Madrid, sin llevar instrucciones, ni normas que, tan necesarias eran para cruzar los planes que, en contra de España, forjaba la sin igual cancillería de la Corte de Versalles.

Desconocidos fueron en Madrid esos peligros; no se supo conjurarlos a fuerza de descuidar la defensa; perdióse la tradicional supremacía ante las Cortes de Europa; la antigua grandeza pasó, en el continente, a Francia; en los mares, a Inglaterra.

La muy interesante obra de don Gabriel Maura y Gamazo no está aún terminada; los dos gruesos volúmenes que han visto la luz pública abarcan dos períodos: el de la Regencia de doña Mariana y el de los primeros años de Carlos II. Los volúmenes restantes se ocuparán de los sucesos de años de no menor decaimiento; comprenderán aquella famosa investigación sobre los hechizos del Rey y la condena sufrida con tal motivo por fray Froilán Díaz, su confesor. Innumerables fueron las intrigas anudadas por las Cortes de Francia y de Viena para inclinar la balanza en favor de sus pretensiones a la real sucesión. Apareció en esos días en Madrid la baronesa de Berlips, agente secreta de Alemania, conocida por el apodo madrileño de *La Perdiz*.

El testamento final y el triunfo de los partidarios de Francia promete revelaciones de la mayor novedad.

Pero alcanza el señor Maura a relatar la caída del Duende de Palacio, envuelto en un complot formado por cuarenta Grandes de España que firmaron el compromiso de apoyarse mutuamente y no aceptar cargos en la Corte hasta el retiro del Privado.

La conducta de Carlos II, con su valido, cuando los Grandes lo aprisionaron en el Monasterio del Escorial, que el mismo

Rey le había proporcionado como seguro retiro, no guardó conformidad con el más elemental respeto a las leyes de la lealtad y del honor. Olvidó el Rey el resguardo de su palabra de Soberano y de caballero, bajeza que no se puede cubrir con los bruscos cambios en la opinión pública que, en los tiempos modernos, temperan las debilidades de los Jefes de los Estados en casos semejantes.

J. M. ECHENIQUE GANDARILLAS.

OBSERVACIONES SOBRE UN CAPÍTULO DE GUSTAVO LE BON

REFERENTE A LAS CIVILIZACIONES AMERICANAS

Gustavo Le Bon en su obra titulada «Lois Psychologiques de L'Evolution des Peuples» (Paris. 1913. 11.^a edición), dedica un capítulo a las civilizaciones americanas del norte y del sur. En él llama la atención hacia la enorme diferencia que existe entre los pueblos americanos de raza inglesa y los de raza española, a pesar de vivir todos ellos bajo «una constitución republicana semejante» y en condiciones territoriales análogas, como que cada una de estas razas ocupa un continente más o menos de igual superficie.

Admira el autor, y no sin razón, las sobresalientes cualidades de la raza inglesa, cuyas características principales serían: «una voluntad como bien pocos pueblos, salvo tal vez los romanos, han poseído, una energía indomable, una gran iniciativa, un imperio absoluto sobre sí mismo, un sentimiento de independencia llevado hasta la isociabilidad, una actividad poderosa, sentimientos religiosos muy vivos, una moral muy fija y una idea del deber muy neta».

Llama también la atención el señor Le Bon, hacia otras características de la raza anglo-sajona en el orden intelectual: como ser «un gusto muy vivo por los hechos y muy escaso por las ideas generales», éstas, agrego yo, que tanto apasionan

a los pueblos latinos, como a menudo lo estamos viendo nosotros con el doctrinarismo de nuestros partidos políticos, según el cual se atribuye más importancia a unos cuantos ideales o principios de cierto carácter ideológico que a las cuestiones más trascendentales de la vida económica, social, administrativa o internacional.

«A cualquier punto del globo que emigre un pueblo como el inglés, llegará pronto a dominar y fundará imperios poderosos. Si la raza subyugada es de débil densidad de población y poco utilizable para fines prácticos, será metódicamente exterminada, como ha sucedido con los pieles rojas de América. Si, por el contrario, es esta raza muy numerosa para poder ser destruida con facilidad y puede, por otra parte, desarrollar un esfuerzo productivo, como ha sucedido en la India Asiática, se la reducirá a un duro vasallaje y se la obligará a trabajar exclusivamente en provecho de sus amos.»

Continúa, en seguida, el autor manifestando la grandeza de la obra que los anglo-sajones han desarrollado en los Estados Unidos de Norteamérica, merced a estas cualidades tan especiales de su raza.

Volviendo después los ojos a la América Latina, agrega el señor Le Bon: «Hemos visto lo que ha producido en una parte de América una raza dotada de perseverancia, de energía y de voluntad. Réstanos ahora manifestar lo que ha llegado a ser un territorio muy semejante, en las manos de otra raza, bastante inteligente, si se quiere, pero que no posee ninguna de las cualidades de carácter cuyos efectos he constatado».

«América del Sur es, bajo el punto de vista de sus condiciones naturales para la producción, una de las más ricas naciones del Globo. Dos veces tan extensa como la Europa y diez veces menos poblada, no falta en ella por consiguiente la tierra... Todos sus pueblos han adoptado la constitución republicana de los Estados Unidos y viven, por lo tanto, bajo leyes idénticas. Pues bien, por el hecho de tener una raza diferente que carece de las cualidades fundamentales que posee la de los Estados Unidos, todas estas repúblicas, sin una sola excepción, están perpetuamente a merced de la más sangrienta anarquía,

y a pesar de las riquezas admirables de su suelo se confunden las unas con las otras en las dilapidaciones de diversas clases, en la bancarrota y en el despotismo.»

Agrega en seguida el autor diversas consideraciones para manifestar la profundidad de la decadencia de las repúblicas hispanoamericanas, atribuyendo toda la causa de esta decadencia a «la constitución mental de una raza desprovista de energía, de voluntad y de moralidad».

O estas frases y otras más duras que vienen después han sido escritas hace ya muchos años o el autor ignoraba completamente el estado de cultura intelectual y de progreso económico que han alcanzado muchas de las repúblicas sudamericanas, como el Brasil, Uruguay, Argentina, Chile, etc. Sólo así tienen estas opiniones una explicación satisfactoria. Si el señor Le Bon visitara estas repúblicas, estoy seguro que se haría un deber en modificar sus apreciaciones sobre ellas.

Pero hay que reconocer, a fuer de espíritus imparciales, que por muy grandes que hayan sido los progresos de éstas repúblicas en los últimos tiempos, quedan ellos siempre a un nivel muy inferior de los realizados por la hermana anglo-sajona del continente septentrional. ¿Quién podría, en efecto, equiparar la importancia política y económica de la Gran República del Norte con la de las repúblicas de Sudamérica?

Constatado este hecho, nos preguntamos: ¿Cuales son las causales que explican la inferioridad de nuestra América en comparación con la del Norte?

El señor Le Bon no ha vacilado en atribuir este hecho única y exclusivamente al factor raza. Yo quiero aquí manifestar que este análisis ha sido incompleto y por lo tanto inexacto, pues, además del factor raza es necesario considerar al factor territorio, con las condiciones de su naturaleza y muy en especial con las climáticas.

El señor Le Bon insiste en considerar al territorio de la América del Sur como más o menos análogo al de los Estados Unidos. En cuanto a la superficie, lo es en realidad. América del Norte tiene 19.810,000 kilómetros cuadrados, y descontando México y la América Central, le quedan alrededor de

17.624,000 kilómetros cuadrados. América del Sur tiene en conjunto alrededor de 17.732,000 kilómetros cuadrados, o sea, una superficie sensiblemente igual. Pero el ilustre sabio francés, al tomar en cuanto sólo el factor *cantidad*, ha olvidado el factor *calidad*, que proviene de la gran diferencia climática de ambos continentes. En efecto, los Estados Unidos tienen la casi totalidad de su territorio en la zona templada del norte. Su condición climática, al respecto, es más o menos análoga a la de la Europa, del Japón y de la China. En cambio, la América del Sur tiene la mayor y más rica parte de su territorio en plena zona tropical: más del 70% del territorio sudamericano está situado en ella.

Esta diferencia climática que ha olvidado mencionar el señor Le Bon, olvido por lo demás explicable en un francés, para quienes llega a parecer a veces que no se hubiera escrito la Geografía, tiene, sin embargo, una importancia inmensa para explicar la inferioridad económica y aun política de nuestra América comparada con la del Norte. En efecto, es un hecho perfectamente constatado que en las regiones de la zona tórrida, donde la temperatura se mantiene muy alta casi todo el año, no es posible que el hombre desarrolle una grande y continuada energía en sus esfuerzos. La raza anglo-sajona con toda su energía y su pujanza no habría podido establecerse y colonizar la hoya del Amazonas, ni las demás regiones del corazón tropical de nuestra América, como se ha establecido y ha colonizado la del Mississippi o la del San Lorenzo en Norte América.

Sólo el extremo meridional de nuestra América, o sea el centro y sur de Chile y de la República Argentina, corresponden a las zonas templadas y frías donde la raza blanca europea encuentra su mejor medio de expansión, pero estas regiones, por muy apropiadas que sean para la vida de una raza vigorosa, son, por desgracia, de pequeña extensión.

Si las inmensas y fértiles regiones de la América tropical hubieran estado situadas en la zona templada, los resultados de la colonización española habrían sido bien diferentes, a pesar de la inferioridad de la raza que constata el señor Le Bon.

La China, que el distinguido sabio francés clasifica como raza muy inferior a la europea, podrá, como va sucediendo con el Japón, evolucionar en el futuro hasta constituir una civilización enérgica, laboriosa y progresista. No sucederá igual cosa con la India Asiática, que, a pesar de sus riquezas naturales y de sus 200 millones de habitantes, ha sido dominada por un puñado de ingleses. Si hubieran los ingleses conquistado a la China, no habrían podido conseguir con igual facilidad los mismos resultados que han conseguido con los hindúes, porque, merced a la zona en que vive la raza china, ha podido tener una naturaleza más enérgica y, por lo tanto, más difícil de dominar. Como ejemplo histórico bien palpable también de la energía de las razas de la zona fría, allí tenemos la indomable resistencia de nuestros araucanos, que resistieron por tanto tiempo a los conquistadores españoles y a los chilenos.

Por otra parte, si la colonización española y portuguesa se hubiera hecho como la inglesa, aniquilando a las razas indígenas que poblaban a estas tierras, su tarea civilizadora habría resultado sin duda más fácil y brillante. Muy por el contrario, el conquistador español mezcló su raza con la indígena, cuyas condiciones de cultura eran, por cierto, muy inferiores, y formando con ella una amalgama, constituyó las nuevas nacionalidades de la América Latina.

Fué sin duda un error de estos países el haber adoptado una Constitución enteramente análoga a la de los Estados Unidos, pues estas instituciones que han podido funcionar tan bien en un pueblo de la vieja cultura europea, como lo fueron las colonias anglo-sajonas de los Estados Unidos, no cuadraban, sin duda, a pueblos como los de la América Latina, en que la inmensa mayoría de los habitantes de raza indígena se encontraban en condiciones de no comprender siquiera los deberes cívicos que imponía la vida democrática de una República. Por este motivo, aunque según las Constituciones escritas, la organización de las Repúblicas latino-americanas ha sido análoga a la de los Estados Unidos, en la realidad de los hechos más que una democracia como la anglo-sajona, muchas Repúblicas de América Latina han revestido más bien la forma de una auto-

cracia. La República chilena ha sido la primera en constituir una verdadera democracia en el hecho; y, sin embargo, en presencia del repugnante hábito, del cohecho llega uno a dudar de si será digno del derecho de elegir sus mandatarios un pueblo que rebaja su nivel moral hasta vender el voto al mejor postor.

A pesar de todo esto, es decir, a pesar de la inferioridad que resulta para nuestra América de tener tan escasa superficie territorial en la zona templada, a pesar de que la raza latina no posee en tan alto grado, como la anglo-sajona, ciertas cualidades como las que recuerda el señor Le Bon, y a pesar también de la mezcla con razas indígenas de una cultura inferior, el hecho es que en Sud-América, después de un período de revueltas que en ciertos países llegaron a revestir cierto carácter anárquico, han llegado a consolidarse algunos Estados de una importancia tal, que cualquier sabio europeo que los visite, incluso el señor Le Bon, no dejará de admirar el grado de progreso que han alcanzado.

GUILLERMO SUBERCASEAUX.

Santiago, Julio 4 1918.

CLAUDE DEBUSSY

No se concebía que debiera envejecer: una muerte a la vez lenta y prematura viene a librarlo de ello. Es esta su juventud, largo tiempo prolongada por el incesante renovamiento de su arte, la que fijará para él de repente la inmortalidad. Pero esa elegancia de su destino es un duelo para la Patria. Se siente, como un calambre del corazón, en el vacío milagroso que hace, en el bullicio universal, el silencio inesperado de esta voz exquisita. El cañón retumba y nosotros sentimos que el ruiseñor no canta más...

*
* *
*

Nacido en 1862, Claude Debussy frecuentó el Conservatorio de 1873, en una clase de solfeo, hasta el año 1884 en que salió con el primer gran premio de Roma, habiendo alcanzado en el intervalo un segundo premio de piano, algunas recompensas en acompañamiento y ninguna en armonía. Es que precisamente, los primeros síntomas de su originalidad se manifestaron por su indocilidad para las enseñanzas escolásticas de Emilio Durand, el cual profesaba entonces esa rama de la doctrina. Ernesto Guiraud fué más sagaz cuando, en el curso de composición, discerniendo las promesas de esa independencia, aconsejó solamente al joven alumno que postergase las peligrosas fantasías hasta después de la prueba definitiva, del premio de

Roma que Debussy obtuvo en efecto, gracias, dícese, a una intervención en su favor del noble y dulce Gounod. La cantata del *Enfant Prodigue*, exhumado por los editores y los directores de concierto, después del triunfo de *Pelleas*, muestra en este joven de veintidós años, con el dón musical más manifiesto, una rara habilidad, llevada hasta el de la mistificación, en la dosis de las fórmulas, según Massenet, destinadas a arrebatarse el éxito, con atrevimientos que, por poco acentuadas que fuesen, habrían comprometido este éxito.

Libertado en adelante de toda disciplina escolar, Claude Debussy, una vez huésped de Villa Médicis, dió libre curso a su inspiración—y a su malicia (1)—en dos envíos de Roma: la *Demoiselle Elue* y le *Printemps*. La *Demoiselle Elue*, poema cantado, según Rossetti, comienza por una impertinente serie de quintos paralelos, subversivos de toda sana doctrina académica. Y el *Printemps*, escrito en el tono un poco subido de color de *fa* sostenido, mezcla en la orquesta las voces tratadas en la manera instrumental, de una manera igualmente revolucionaria. El digno Instituto hizo un fruncimiento de cejas que no intimidó al joven laureado y lo designó a la atención de los cenáculos avanzados. Por el resto, había ya en el preraphaelismo musical de la *Demoiselle Elue* casi tanta flexibilidad como en *Pelleas* y en el *Printemps*, esta vibración a todas las irradiaciones de la naturaleza, que se encontrará más tarde en los *Nocturnes*, en la *Mer...* y, para dejar la música, en ciertos poemas de la Sra. condesa de Noailles.

Desde 1884, y durante quince años más o menos, Claude Debussy, habiendo terminado su educación, propiamente musical, concluye su educación artística, es decir, que alimenta y bebe su arte en las fuentes de las artes vecinas, poesía y pintura. Es

(1) Esta malicia, que era un rasgo característico si no esencial de su naturaleza, se ha expresado fácilmente en artículos (*Revue Blanche* et *Gil Blas*) con una forma viva y de primer impulso, en los cuales algunos de los más grandes nombres de la música son bastante maltratados y en que el prurito de «épater le bourgeois» (producir sorpresa a toda costa) que no estuvo acaso siempre ausente de su música misma,—influye menos de lo que parece en la libertad de juicio.

esta la época por excelencia del diletantismo: las gentes de gusto se dicen estetas, los innovadores decadentes, los poetas simbolistas; términos un poco vagos, que convienen sólo para designar tendencias de ordinario indecisas, en las que nada se afirma, en las que todo trata de mezclarse, en las que la negligencia concilia los contrarios. Esta es la época en la cual los impresionistas abordan la gloria, pero en la que se ve también colgados en los muros, tapizados con telas Liberty, esas Beatrices y esas Lauras en *tea-gown* con que Burne-Jones o D. G. Rossetti han acariciado el papel y la tela con el lápiz lánguido o un pincel blando. Se cree que Pierre Louys resucita a Teócrito y Luciano porque los acomoda a la salsa del día y hay quien se pasma ante Maeterlinck, ese Shakespeare de vejiga inflada. Dos poetas parecen, para Claude Debussy, emerger de esta pléyade: Paul Verlaine que, en el humo de su pipa o los vapores de su ajenjo emanando de un bigote harto sucio, ve por milagro los parques de Watteau; Stéphane Mallarmé, el indomado juglar de palabras. Puede ser necesario recordar también, no como artista, sino como teórico del «verbo» musical o «musicalizado», Arthur Rimbaud. El verso -divisa de Verlaine:

De la musique avant toute chose.

el soneto famoso de Rimbaud sobre las vocales (1), en fin y

(1)

VOYELLES

A noir, *E* blanc, *I* rouge, *U* vert, *O* bleu, voyelles,
 Je dirai quelque jour vos naissances latentes.
A, noir corset velu des mouches éclatantes
 Qui bombillent autour des puanteurs cruelles,
 Golfes d'ombre; *E*, candeur des vapeurs et des tentes,
 Lance des glaciers fiers, rois blancs, frisson d'ombelles:
I, pourpres, sang craché, rire des lèvres belles
 Dans la colère ou les ivresses pénitentes;
U, eyeles, vibrement divins des mers virides,
 Paix des pâtes semés d'animaux, paix des rides
 Que la alchimie imprime aux grands fronts studieuse;
O, suprême Clairon plein de strideurs étranges,
 Silences traversés des Mondes et des Anges:
O l'Oméga, rayon violet de Ses Yeux!

sobre todo la obra de Stéphane Mallarmé tienden a despojar el lenguaje de su carácter demasiado dialéctico para buscar en las palabras, en favor de la poesía, su valor musical, sus afinidades rítmicas o sonoras y para matizarlas, subordinando a estas atracciones sutiles las reglas admitidas de la sintaxis o de la prosodia, aun más, las simples exigencias del uso y de la significación. ¿Este esfuerzo, paradójal con palabras que son esclavas del sentido y de la razón, no tiene mayores expectativas de triunfar con las notas, que están libres de todo lazo con el mundo material y la dialéctica? Los primeros recuerdos de la música, la combinación de las harmónicas sobre una nota fundamental, incitan a creerlo. Si por otra parte las palabras del discurso son función de un sentido previamente formado que se trata de traducir, las notas musicales gozan, por el contrario, de una libertad original: las leyes de uso y de escuela que las rigen, les son posteriores en el orden de las cosas

La estética de 1880 a 1895, sobre todo con Mallarmé, plantea, pues, el problema que Debussy va a resolver en música—si se puede hablar de problemas con un artista tan extraño a toda preocupación didáctica. La enseñanza del Conservatorio, la tradición de la música clásica, suministran las indicaciones y ejemplos, los más opuestos que existan a semejante tentativa. Wagner mismo, que está a la orden del día y asedia tantos espíritus, no invita a ello mayormente. Pero si por lo demás Claude Debussy ha recibido al principio de Wagner una fuerte impresión, esta impresión ha permanecido pasajera, sin eco, como sin influencia notable. Los maestros que le trazan su camino, o más bien, que lo animan en él y le aportan algunos elementos de la solución musical que su capricho busca al problema estético del «simbolismo», son Chopin, Massenet, los tziganos rusos, Moussorgsky, Emmanuel Chabrier y Gabriel Fauré. Chopin—sobre todo, tal vez el Chopin de las mazurkas—le ofrece el ejemplo de los ritmos quebrados y de las armonías irisadas; Massenet, el de la caricia musical y de la flexibilidad melódica; los tziganos rusos, en el curso de un viaje de juventud al país moscovita, lo han cautivado por la libertad de su improvisación y el sabor de su invento; el *Boris Godunow*

de Moussorgsky, le muestra un drama lírico libre de toda fórmula y estampado sobre la vida misma; Chabrier excita su gusto por el verbo de una ironía, nueva en música y por el cosquillear de la armonía; encuentra, en fin, en el sinuoso y delicado Fauré los ecos más flexibles que el lirismo contemporáneo extraiga del arte de los sonidos. Si no toma nada de ninguno de estos maestros, se puede decir que él debe algo a cada uno de ellos: no hay planta que crezca y subsista sin raíces para hallar nutrición en los jugos de la vecindad.

Las obras escritas o publicadas por Debussy durante este período de formación artística traicionan aún, en su mayor parte, alguna indecisión. Las hay de entre ellas, como la *Petite Suite*, para piano a cuatro manos, que no sobrepasan en mucho a Guiraud o Delibes. En revancha, desde 1892, la interpretación orquestal que Debussy da a Mallarmé en el *Prélude a l'après-midi d'un faune* es una obra maestra decisiva, por el capricho de la invención melódica, la sutileza de los ritmos y de los timbres y la vibración tan viva de la atmósfera sonora. El año siguiente, una obra maestra más el *Quatuor* (cuarteto) de cuerdas, da prueba de la misma sensibilidad, con una destreza que pone en relieve el cuadro más riguroso de la música pura. En 1899, los tres *Nocturnes* para orquesta, ondeadas de *Nuages*, ecos de *Fêtes*, llamadas de *Sirenes*, hechizan a los auditores por la palpitación vibrante de sus sugerencias. Entre tanto algunos ensayos de melodías, ágiles e incisivos para traducir al fantástico Verlaine, lánguidas para adaptarse al lirismo voluptuoso de Pierre Louys en las *Chansons de Bilitis*, menos felices en su expresión cuando ellas abordan el áspero Baudelaire, unen así como la viña al olmo una declamación libre como el verso libre y como la palabra misma a la decoración de una trama musical que la envuelve más que lo que ella la sostiene.



Conocidas y admiradas de un pequeño círculo, atacadas o denigradas por un gran número de personas de las cuales muchas las ignoraban, esas obras no aseguraban todavía a Claude

Debussy sino una notoriedad restringida, una celebridad de cenáculo. Recuérdase el estallido que fué al contrario, en el gran público y en la prensa, la primera representación en la Opéra-Comique, el 30 de Abril de 1902, de *Pelleas y Mélisande*, el choque de los sarcasmos contra las aclamaciones, la victoria primero disputada, ganada día a día y luego definitiva. La obra está hoy día demasiado presente en todas las memorias para que se tenga necesidad de caracterizarla. La composición de ella remonta, por su estreno, al año 1892 y, toda en conjunto, *Pelleas* no marca en la manera de Debussy un progreso muy grande sobre la *Damoiselle Elue*, si se hace abstracción del prestigio que la representación escénica añade a la obra. El encanto de *Pelleas* tiene alguna cosa de mágico; se puede reprobalo y casi detestarlo en el momento mismo en que uno se deja dominar por él: no se puede escaparle. El primero y no el menor efecto de esta magia es el de acordar la vida y la emoción a un drama y a personajes que, sin el socorro de esta música y probablemente de ella tan sólo, nos afligiría por su vacía y pretenciosa simpleza. Pero, por un encuentro feliz, la incoherencia del drama, la inexistencia de esos héroes, la indecisión de su verbosidad, ofrecían al músico una materia amorfa, por eso mismo más complaciente que otra alguna para la impregnación de la música. En esta gelatina incolora, Debussy lanza un rayo luminoso que hace de ella el más rico y el más delicado de los prismas. *Pelleas y Mélisande*, desde el día en que él les ha prestado su voz, no existen ya sino por él. Se reconocen elementos diversos en la concepción que parece hacerse de ellos. Me imagino que él los ve, esos seres de ensueño, como figuras de *vitrail*, es decir, inmóviles, planos, pero diáfanos y penetrados de una luz que irradiando de su transparencia así como de un foco, alumbra su círculo: perfiles arcaicos en los que Burne-Jones deja todavía un poco de su palidez y de su amaneramiento. ¿Es acaso por eso por lo que su canto se asemeja a los cantos de iglesia, a una salmodia en la que se encuentra el acento más o menos deformado de las liturgias medievales y que alcanza un tan sobrio efecto de emoción, en la impresionante letra del segundo cuadro? Por lo demás, esta

declamación poco variada, modelada por ondulaciones, se hace preciosa, alarmada, y Mélissande habla como «esteta», como se piensa que hablaría la Inglesa del *Lys Rouge*. Algunas llamadas de motivos, sin sombra de técnica wagneriana, hicieron aquí y allá el contorno de los personajes, que arriesgaría perderse. Al rededor de ellos, la orquesta no imita, pero expresa el mar, la selva, la sombra, la luz, el aire confinado de una gruta, el soplo venido de alta mar, la luz, la tristeza. Pocas búsquedas pintorescas, apenas un toque de cuerno para la cacería de Golaud, apenas un boceto imitativo para los corderos balaando que mira pasar el pequeñuelo Yniold. Los personajes se bañan en la música como las imágenes de *vitraux* se bañan en esa luz múltiple y cambiante que ellos dan tanto como la reciben. Y como esta luz musical, por decirlo así, es de un extremo al otro de la más exquisita calidad, el encanto de *Pelleas*, siempre que uno se abandone a él sin reserva de crítica y sin esfuerzo de concepción o de análisis, es delicioso y sin par en la historia del teatro lírico.

* * *

El triunfo de *Pelleas* daba a Claude Debussy no solamente la gloria, sino la fama de que sus detractores, vencidos, pero no desarmados, se hacían ahora a pesar de ellos los impulsores. Podía emprenderlo todo, osarlo todo: que rodeado como Carriere, como Rodin, de una banda azas turbulenta de turiferarios, alguna vez haya sufrido la influencia de su adulación y que su arte haya por ello sufrido ligeras influencias, la cosa es posible; es este el lado pequeño de esa gloria y de esa fama que abrían con toda amplitud a su autoridad las más vastas perspectivas. Él no usó de tal autoridad para renovar la experiencia de *Pelleas*. ¿Dos dramas líricos después compuestos por él, están terminados? ¿Los oiremos jamás? ¿Los oiremos tales como él los haya dejado o «arreglados» por algún ingenioso discípulo? Yo lo ignoro. Después de *Pelleas*, no ha dado al teatro sino dos obras secundarias: el *Martyre de Saint-Sébastien*, música de escena para el drama de M. Gabriele d'Annunzio, y

Feux, ballet para Nijinsky. En *Saint-Sébastien*, una especie de aplanamiento y de ensanchamiento del estilo evoca a veces la polifonía religiosa del siglo XVI, como la polifonía profana es evocada por las espirituales *Chansons de Charles d'Orléans*. En la recreación de *Feux*, la anglomanía de Debussy se ensaya menos en ilustrar la coreografía que el deporte, y la obra tiene poca importancia.

Luego, después de *Pelleas et Mélisande*, deserta de la escena que él tiene conquistada tras elevada lucha. Y vuelve a obras en que su poética, absolutamente independiente, exclusivamente individual, puede a la vez afirmarse y afinarse. ¿Cuáles son esas obras? Casi todas, sea para la orquesta, sea para el piano, estensos bosquejos sinfónicos como el *Mer* u hojas de álbum como los *Jardins sous la pluie*, llevarán, empero, títulos pintorescos y tomarán además de las artes plásticas designaciones colectivas *Estampes, Images*. Ellas no son, sin embargo, en manera alguna obras imitativas o descriptivas (1). Debussy es, en efecto, un artista a la vez demasiado sensible y demasiado listo para forzar la música a pintar un espectáculo, a dibujar un objeto. El «viejo sordo» mismo (este es Beethoven al que Debussy calificaba de esa manera cuando se divertía en hacer el niño terrible), Beethoven se resistía a ejecutar tal apuesta en la *Symphonie pastorale* y pretendía no traducir sino «impresiones»; es decir, la resultante de un cierto número de sensaciones, recogidas por los diversos sentidos, asimiladas, interpretadas y retraídas a un tenor general por una especie de *sensorium commune* expresándose en lenguaje de sonidos. Debussy no va hasta allí; él se retiene casi en la sensación pura, en la sensación súbita, aislada, fugitiva, en la sensación gustada por ella misma y que no busca cómo resolver en percepción el enigma que ella presenta acerca del objeto del mundo sensible que la ha provocado.

(1) Excepto muy raros detalles o algunas reminiscencias de cantos populares (*Jardins sous la pluie, Hommage à Pikwicks*), las piezas para piano de esta última época se emparentan, a menos distancia de lo que se estaría inclinado a creerlo en el primer momento, con las de Couperin, estando la analogía tan sólo en la intención y no en la manera.

Compréndese que, para expresar esas sensaciones, la música descuidará todo lo que en ella es orden, regla, construcción, extensión, como diría M. Bergson, todo lo que sería susceptible de una representación *espacial*, y de entrar, bajo forma de *schéma*, en un curso de composición. Ella no puede ni quiere obrar sino que por efectos inmediatos, instantáneos, que sobresalgan cuanto sea posible, como diría todavía M. Bergson, en la «calidad pura»: lo repentino de un ritmo, desvanecido tan presto como lanzado, el capricho de una armonía, la sorpresa de un timbre. A esos ritmos, esas armonías, esos timbres, sedles dóciles, sin otra exigencia que la de serles sensibles y la obra que ellos componen llegará a seros el sustituto de ese mundo exterior cuyas apariencias han suscitado en el artista la sensación que ellos reproducen. El ideal de este arte, y Debussy se ha aproximado a él, sería de dar a los ciegos, por los sonidos, la sensación de la luz. Como por lo demás el artista consume en la invención de los ritmos, en la búsqueda de las armonías, en la combinación de los timbres, un dón maravilloso, una fertilidad inagotable, una delicadeza infinita, se ve cuál es el precio de su arte. La amplitud del mar—del verdadero—sobrepasa tal vez los límites de un tal arte, en el bosquejo sinfónico que lleva este nombre; pero los *Nocturnos*, *Après-midi d'un Faune*, algunas *Images*, como *Iberia*, algunas *Estampes* como la *Soirée dans Grenade*, aportan en favor de esta poética el testimonio más decisivo.

Se ve con todo, al mismo tiempo, los peligros que ella comporta y dónde puede llevar este exceso de refinamiento. Las formas de la música pura no son una vana silogística y el «viejo sordo», seguido por más de un discípulo, ha mostrado el partido que se puede de ella sacar en provecho de la emoción musical. La música puede, sin alterar el carácter de esta emoción, interesar en nosotros otra cosa que los sentidos y esta epidermis cuya periferie nos pone al unísono del mundo exterior. Con mucho purificarse al contrario, ella arriesga empobrecerse. En insistir así sobre la teoría del arte por el arte, ella arriesga a veces convertir lo musical en sonoro y dejar deslizarse la estética (en el sentido neutro del término griego) en la acústica. Sin reprocharle por darnos entonces goces estériles, veremos ese

culto y esta cultura de la materia musical exasperarse hasta la preciosidad (1). La riqueza amenaza entonces con confundirse con la rareza, la rareza con la diversión. Que Debussy, diletante o indolente, mimado por el triunfo, no se haya siempre atenido a bordear el peligro, ello es posible. Yo creo aún que ello es cierto. Pero, ¿qué artista, entre los más grandes, no ha escrito más que obras maestras? ¿Cuál no ha sido jamás el esclavo de una fórmula por él inventada, renovada o perfeccionada?

Las últimas obras publicadas por Claude Debussy—fuera de un pequeño *Noël des enfants qui n'ont plus de maison*, en el que reduce los horrores de la guerra a un gentil chachareo de cuarto de niños—retornan a la música de cámara. Las circunstancias, que me han traído a París por los diez días reglamentarios de un permiso en la hora en que él moría, no me han permitido conocer entre esas obras más que su *Sonata pour piano et violon*, tan sensible y delicada, de que yo he tenido ya la ocasión de hablaros aquí mismo (2). En este retorno a un género que es el del recogimiento, de la reflexión, de la meditación ¿hay que ver un efecto de la guerra, monstruo demasiado inmenso para inspirar al curioso observador de los *Poissons rouges*, del *Children's Corner* y de las noches españolas, o bien el efecto de la enfermedad que repliega un hombre sobre sí mismo y no le deja ya atento más que a su vida interior? Yo no sé y poco importa.

*
* *

Y ahora que él está muerto ¿podemos desde luego verle

Tel qu'en lui même enfin l'éternité le change

como escribía «sobre la tumba de Edgard Poë» su amigo—yo iba a decir: su maestro—Stéphane Mallarmé? El pedantismo más vano es aquel que pretendería decretar el porvenir e impo-

(1) Afectación.

(2) *La Revue Hebdomadaire*, año 26, tomo XI, núm. 45.

nerle sus juicios, a fin de poder adivinarlos más seguramente: yo no emprenderé una tarea tan ingrata. Pero Debussy nos ha abandonado demasiado pronto y es para darnos la ilusión de su presencia continuada para lo que podemos tratar de saber cómo se manifestará ella, largo tiempo después de él, largo tiempo después de nosotros.

Ante todo—certidumbre primordial que dispone todas las otras previsiones—nosotros sabemos que él no será olvidado. ¿Cómo olvidar una voz que fué tan nueva y que queda siendo hasta el presente tan diferente de todas las otras?

Esto podría ser solamente en el caso extremo, en el caso límite, para emplear la terminología de los matemáticos, en que su arte particular diera al arte de mañana una fórmula tan generalmente seguida, convertida prontamente en tan universal, tan natural, tan instintiva, que no se le concibiese ya ni inventor ni iniciador. Ahora es manifiesto que no se puede esperar de Debussy una parecida revolución en la música.

Nosotros vemos que su influencia nada ha destruído y casi nada demolido: esta obra encantadora no es una obra agresiva y polémica. El capricho hartó atrevido de su sensibilidad muy flúida, bien ha podido pasar como una agua viva a través de las barras de compás y las gradas de las escalas tonales: él no ha demolido para otro la palizada de esas barras, ni roto los palotes de las escalas. Ha podido desdeñar—no por cierto a falta de conocerlos y de saber someterse a ellos—los términos de la dialéctica musical: él no ha desanimado a los otros artistas a respetar esas fórmulas, renovándolas poco o mucho. Con tales insignias el éxito de Claude Debussy, en Francia, ha marchado a la par con el de M. Vincent d'Indy, cuyo arte, toda rigor y lógica, es la opuesta de la suya.

Si no ha condenado ni entregado al desuso las [fórmulas de arte practicadas antes de él o practicadas en su tiempo por otros que él, Claude Debussy habrá por lo menos sido el primero, entre nosotros, en romper el encanto wagneriano. Yo no pienso aquí en los dardos pequeños que su niñería ha lanzado a Wagner en ciertos artículos de diario o de revista. Pero *Peleas* nos ha mostrado por la primera vez desde Wagner, en la

escena francesa, que el drama musical podía libertarse totalmente de los métodos y fórmulas vagnerianas. Esto era reabrir la vía a todas las iniciativas, a todas las innovaciones.

Pero sería desconocer el sentido de esa liberación esto de buscar en ella el pretexto de una nueva esclavitud, e imitar *Pelleas* para no imitar *Tristán*. Algunos músicos, seducidos por la fama de Debussy más aun que ganados por su gracia, no han dejado de caer en este error y las obras mediocres abundan, desde hace quince años, que se esmeran en reproducir tal inflexión melódica, tal giro harmónico, luego tal detalle familiar a Debussy. Los buenos jovencitos que remedan sus quintos y novenos, son cien veces más ridículos que los doctos magisteres que se los reprochan. Ese surco de la moda, que ha seguido a Debussy como siguió a Massenet, se extinguirá después del uno como se ha extinguido después del otro.

En revancha Debussy, enriqueciendo con sonoridades nuevas la lengua musical, habrá por otro tanto dado flexibilidad a nuestro oído y lo habrá prevenido en favor de otras novedades. Los músicos tomarán autoridad en este enriquecimiento y en esta flexibilidad para escribir una lengua más dócil, menos estrictamente sometida a las categorías del compás, del modo y del tono. Lo mismo la historia literaria nos enseña—*mutatis mutandi*—que no se ha escrito después de Chateaubriand como se hacía antes de él. Esta suerte de influencia se observa ya en M. Maurice Ravel, en quien el discípulo se desprende poco a poco del imitador, y aun en M. Igor Strawinsky en obras como el *Sacre du Printemps* y el *Rossignol*, que sin asemejarse lo menos del mundo a Debussy deben mucho a Debussy.

Debussy quedará, pues, no acaso entre los más grandes, pero entre los más raros, es decir, entre los más preciosos genios del arte musical. La obra que él deja se asemeja menos a un monumento que a un tesoro, cuyas gemas, si ellas no ocultan sin duda, para los músicos del porvenir, la piedra filosofal, no se gastarán tan presto en hacer jugar en el mundo los mil reflejos encantadores del sol francés.

DON ANTONIO VARAS

«... si el comercio con los hombres del día, con los cuales estoy obligado a departir, me hace contraer cualquiera disposición viciosa o indigna de un hombre de honor, trabajo por rechazarla y suavizo y depuro mi pensamiento llevándolo a esos modelos antiguos de tan perfecta prudencia y virtud...»—(PLUTARCO).

Pocos casos se presentan en la política chilena de mayor integridad y continuidad de carácter como el de don Antonio Varas. Nacido el año de Chacabuco, muerto después de la guerra del Pacífico, directa o indirectamente mezclado en todo momento a la cosa pública, siguió siempre una línea recta, mientras el país, su progreso económico, su educación política, los partidos y las instituciones evolucionaban sin cesar. La gran curva, la *ese* para ser más gráfico, que los negocios públicos trazan sobre la continuada y recta acción del estadista, ha producido ilusión óptica en algunos de sus biógrafos más notables, y écholes tomar por modificaciones de criterio la aplicación de los mismos principios, a diversos aspectos de las cosas.

La juventud de Varas, fué sencilla y austera, como toda su vida. Las generaciones que nacen al estampido del cañón, sa-

len casi siempre místicas o románticas: estallidos de juventud después de la pesadumbre y la duda. Pero el adolescente de Cauquenes, heredero de la serenidad estoica del montañés minero de Atacama, hijo de un realista copiapino, muerto en el ostracismo, hermano del filósofo y humanista don José Miguel Varas, estaba por inclinación mental más cerca de las matemáticas que de la mística si con estos dos conceptos prestigiosos marcamos los extremos del cuadrante en que puede oscilar el pensamiento humano.

Estas inteligencias preciosas y naturalmente disciplinadas son poderosos receptáculos de ideas y propósitos en la primera juventud. El niño Varas, no vacila, como errante barca, entre las tendencias atávicas encontradas, de diversas sangres, no es turbulento o agitado, no tiene crisis de angustias ni dudas, ni vocaciones opuestas, ni desalientos. Toma los clásicos como única y suficiente revelación imaginativa; encuentra también en ellos la belleza fría, pero armoniosa de la República helena, la bullente y belicosa expansión de la de Roma, las encarnaciones de una autoridad imperturbable y fuerte, los ejemplos de la virtud civil. La pobreza, esa gran disciplinadora de caracteres, lo amarra al banco del Instituto como inspector. Allí permanece estudiando y pensando. Cuando los claustros y corredores se despueblan, el inspector se queda, la frente prematuramente ceñuda entre las manos, leyendo siempre, preparando ahora la vida como antes preparaba la lección. Allá muy lejos, tras de otra puerta, le muestra el camino del ascenso, un hombre que también silencioso y modesto, fué antes inspector y que lo llevará de la mano tras de sus destinos.

Curiosa oligarquía es el estado social del primer medio siglo de la República: sin las conquistas liberales y democráticas de más tarde, los hombres sin fortuna como Montt, Varas, Lastarria y tantos otros, eran levantados por los que tenían el mando, la fortuna o el prestigio social. Les bastaba la virtud y el talento para dominar; el sufragio universal tiende a cerrar hoy la entrada al Senado al hombre que junto con la virtud, el talento y el nombre no tenga la fortuna, y en cambio, puede eximir de todo mérito al que haya dominado a la esquivia cor-

tesana. La aparición de Varas en el escenario político fué la voluntad de Montt, como la entrada de Montt fué la voluntad de Portales. Nombrado Ministro de Justicia el 45, Varas era un joven de veintiocho años. Los pelucones le conocían poco; pero se descubrieron ante el recién llegado.

El estrecho marco de un artículo impide trazar historia detenida y entrar con minuciosidad en ese largo conflicto eclesiástico que marca con sello peculiar un período de veinte o más años en nuestra organización. Sin embargo, más adelante intentaremos hacerlo en líneas generales.

El país se había transformado, primero económicamente: el valor de la propiedad era casi cuatro veces mayor que en los últimos años de la colonia, los productos agrícolas y mineros salían oportunamente a los puertos con precio remunerativo; después, intelectualmente: entraban a la administración y comenzaban a llegar a los más altos puestos, jóvenes, formados en colegios republicanos, para la vida republicana; en seguida, socialmente: los extranjeros eran acogidos en los hogares, muchos hombres de las familias acaudaladas volvían de Europa, la mujer comenzaba a ilustrarse y a perder algo de la indolencia musulmana del coloniaje; el clero, libre de su sospecha de españolismo y realismo, se atrevía a batallar de nuevo, comprendiendo que no tenía más adversario que el nuevo poder civil; y, por último, administrativamente: la obra de Rengifo dejaba las aduanas organizadas, la navegación naciente, se dictaban leyes para caminos y canales, se creaba la estadística y el cuerpo de ingenieros civiles, se proyectaba la colonización en el sur, se echaban las bases de la codificación, del fomento de la enseñanza y de la edificación carcelaria. Al mismo tiempo, la prensa, manejada por hombres de talento, literatos y filósofos, emigrados argentinos y hasta dandíes recién llegados de París, libraba fiera pelea en torno de la conservación y de la reforma.

La presidencia de Bulnes, después de haber quedado sepultado el pipiolismo en Lircay, aparecía como término medio entre la dictadura de Portales y el sentimiento liberal latente en numerosas e influyentes familias de Santiago, Valparaíso, y de-

más provincias. Y como Montt era apreciado en el peluconismo puro y en los matices que lo circundaban, como espíritu ilustrado y genio de administración, pasaba a ocupar en vez de Irarrázaval el Ministerio del Interior dejando a su amigo y consejero Varas el de Justicia. A pesar de ciertas reservas, estos hombres recibieron la adhesión sincera de los pueblos. A propósito de ciertos excesos de prensa, la opinión dirigente formaba la Sociedad del Orden, suscrita por todos los grandes nombres que después iban a figurar en los más adversos grupos.

Pero si don Antonio Varas estaba preparado, por sus estudios, para ejercitar una misión administrativa y reformista desde la altura hacia abajo, su formación y sus recuerdos, dormidos en la calma, iban a despertar su tendencia autoritaria al primer desafío. Vino entonces el proyecto de ley de imprenta que era duro y represivo. El señor Tocornal, devoto y pelucón él mismo; pero tolerante y generoso, tomó al lado del orador y escritor García Reyes, el puesto de combate. La ley pasó no obstante por gran mayoría, fué causa de impopularidad para Varas y no puso diques al mar. De allí proviene que más tarde sus mismos autores guardaran silencio cuando caía bajo la censura general y que en seguida viniera como reacción la idea de que debe dejarse a la prensa sin límite alguno. Pasados esos tiempos de flujos y reflujos, debemos buscar ahora la unanimidad para dejarla siempre libre en la acción general; pero someterla al régimen común en la calumnia y la injuria.

Con la reelección de Bulnes vino el Gabinete Vial. Varas y Montt quedaban fuera del Ministerio y uno y otro iban a mostrar la integridad de sus doctrinas en la arena libre del parlamento; reservado y sagaz el último, violento, impulsivo, elocuente y airado el primero. La lucha lo había formado de los pies a la cabeza, revelando todos sus recursos intelectuales, exaltando todas sus fibras, dándole a pesar de la exuberancia de su temperamento los secretos del oficio, las armas de la profesión, el conocimiento de la vida pública por dentro y por fuera. Con prestigio ante los dirigentes e impopularidad en la opinión, que aparecía ya como factor importante, Varas iba a revelar, junto con sus facultades oratorias, otras condiciones de carácter que

pocos le atribuían: táctica en el ataque, falta absoluta de animosidades personales. El Ministerio tenía resistencias en las clases altas y no podía, sin embargo, buscar ayuda en los elementos pipiolos. Varas comprime su impetuosidad para no ejecutar en la oposición, actos y procedimientos que había condenado desde el Gobierno. Fué ejemplo de dignidad, de mesura, de hombría de bien y de ese respeto a la persona del presidente de la República, cuya tradición se perdió más tarde. Las disidencias comenzaron en el campo teológico; tan fecundo en conflictos, para los porfiados luchadores de ambos campos. Varas fué prudente también: menos religioso que Montt y Tocornal, tenía profundo respeto por la iglesia; pero quería verla dentro de su órbita en el juego regular de los intereses espirituales, con entrega al César de su parte, y a Dios de la suya. Digamos ahora, una vez más, que los conservadores de entonces, aun los que formaron con liberales el partido ultramontano, no habrían entrado a las filas del partido que actualmente tiene la exclusividad de ese palabra evocadora de «Conservación», sin hacer fundamentales reservas.

A Vial sucedieron Pérez, don Manuel Antonio Tocornal y García Reyes. Las ideas de reforma contaminaron en esa fecha al mismo centro pelucón y la moción para derogar la ley repressiva de imprenta, propuesta por Lastarria, venció por fuerte mayoría. Varas estaba ausente. Pero tan afianzada vivía en la mente de esos hombres la enseñanza de Portales, tan profunda era su resolución de defender y conservar el orden establecido, que el moderado y caballeroso señor Tocornal, sintió también, como antes Varas, hervir su sangre pelucona al primer desafío. El Ministerio que parecía destinado a entenderse con los liberales, tomó posiciones definidas del lado de la tradición. La candidatura de Montt quedaba lógicamente impuesta.

Comienza la época de los motines, pronunciamientos y violencias.

El Presidente Bulnes, después de vacilar entre Pérez y Varas, optó por éste. A los generales gloriosos, brillantes, cortes, aristocráticos o populares, como O'Higgins, Freire, Prieto y Bulnes, sucedían por primera vez, podía decirse, después de

Portales, que era un gran señor, las figuras de republicanos austeros, levantados por sus méritos propios, que no tenían espada, ni escudo de familia, ni fortuna. Don Manuel Montt no forzaba la mano de los dirigentes para que renunciando a su candidato natural, don Ramón Luis Irrarrázaval, hermano del mayorazgo, lo colocaran al frente de una época que se anunciaba de porfiada batalla. La fortísima voluntad de Varas iba a resguardarlo desde el Ministerio del Interior. Soltar por un instante el timón, cuando desde la diminuta bola de nieve del Club de la Reforma, se venía formando la avalancha de la Sociedad de la Igualdad de los Bilbao, Guerrero, Arcos y Lillo y hacía su primera aparición un nuevo elemento de acción con la clase obrera de la capital; habría sido dividir el país entre tres o cuatro caudillos, sembrarlo entero de partidas armadas, desencadenar una guerra civil mejicana, de un cuarto de siglo, con los saqueos, profanaciones de templos, decapitaciones de imágenes, proscripciones y confiscamientos, es decir, el cuadro de la América entera.

Con razón quería Varas, años más tarde, que la Santa Sede al tratar con Chile se diera cuenta de que era un país de organización tan sólida como los de Europa y que aquí: «no se cambiaba de Constitución como de camisas».

Desde la declaración del estado de sitio del 7 de Noviembre del 50 hasta el final de la revolución, y en seguida hasta la completa pacificación del país, vemos a Varas aplicar sus principios sin violencia; pero con deducción lógica e inflexible de sus doctrinas. Al pedir el estado de sitio para Santiago y Aconcagua, por 60 días, se dirige al Presidente de la República en un documento elocuente, de lenguaje colorido, rápido, pero severo y honrado. «La prensa, dice, con actividad incansable ha aumentado de día en día la virulencia de sus ataques no sólo contra las bases de nuestra organización política, sino también contra aquellas en que reposan todas las sociedades humanas. El código fundamental, sus leyes complementarias y todas las instituciones son señaladas al odio del pueblo como la causa de males de que el hombre jamás quizás se verá exento... La calumnia derramada sobre los funcionarios, sobre los magistrados

judiciales, el clero y las personas honradas y juiciosas venía a aumentar los motivos de odio y descontento que se tenía ánimo de introducir en el corazón de los incautos».

El Presidente declaró el estado de sitio. Esa temida facultad aterrorizaba como el rayo por la rapidez de la acción; pero salvó al país de las revoluciones. Un estadista había dicho que el día en que esta facultad de la dictadura legal desapareciera, tendríamos la dictadura de hecho, la dictadura ilegal. La profecía se realizó más tarde, y el Congreso se levantó en armas.

Un historiador, Sotomayor Valdés, dijo después, andando el tiempo, como justificación inapelable de esta medida, que por escapar de Prieto y de Bulnes, habríamos caído en Guzmán Blanco y Melgarejo.

Varas había demostrado gran energía y al mismo tiempo la reflexión que no debe faltar jamás a la autoridad que reprime. Extrañará a la posteridad saber que este vehemente y poderoso brazo armado de facultades extraordinarias tuvo ocultos en su propia casa, a dos revolucionarios santiaguinos, y que después de su muerte se encontraron numerosas cartas secuestradas y *no abiertas*, que en uso de esas facultades habían sido interceptadas por los correos y que el Ministro no se había atrevido a poner ante los ojos de un agente.

Porque la alta calidad moral de esos hombres, que eran tanto más incapaces de abusar de un mandato, cuanto menos control tenían sobre sí, no los tentó jamás a abusar de la autoridad enorme que les daban las facultades extraordinarias, para tiranizar, oprimir o cambiar en su favor los negocios materiales. Querían sanear el país del virus maligno de la revolución, querían inyectar en sus venas el principio de la legalidad; pero no pretendían crecer ni ellos ni los suyos ni hacer crecer a sus clientes y allegados. Aun muchos años más tarde, estas situaciones extraordinarias habrían alentado en Chile golpes de audacia y de fortuna. Pero los conductores de hombres del temple de Varas, no eran mandatarios de sus amigos para conseguirles solamente honores, influencias o sueldos, para asegurarles la reelección o incrementarles el propio peculio. Dedicado en cuerpo y alma a la vida pública, le dedicaba su

reposo y la propia fortuna, y, capaz de todos los sacrificios, no quería partidos colecticios, como después se han visto, en que el jefe es solamente el totalizador de las abdicaciones, de las inconsecuencias, de los fracasos.

Comenzó entonces la obra pacificadora, con esa humanidad que ha sido común en Chile, después de las revoluciones. Cualquiera que fuese el valor legal del tratado firmado con un su general rebelde, Varas declaró que el Gobierno hacía honor a las firmas de los grandes hombres Bulnes y Tocornal que en su defensa lo ajustaron. Como ejemplo, más tarde seguido, los hombres comprometidos en la revolución pudieron en diversas ocasiones ser aprovechados para el servicio público en atención a sus méritos.

La permanencia de Varas, durante el primer período de Montt lo reveló en el aspecto del liberal reformista, del reconstructor iluminado. Una actividad aun no bien conocida, superioridad de talento, probidad y virtudes, y hasta bondad de corazón, encerrado en el vaso mal tallado y aspero de su rudeza personal, lo levantaron a gran altura como representante de un Ejecutivo laborioso, ante un Congreso ilustrado y patriota. El programa de trabajos de esa fecha fué nutrido y abarcó todas las necesidades nacionales urgentes: enseñanza, justicia, ferrocarriles, puertos, ocupaciones territoriales, defensa nacional, colonización y bancos. Valparaíso quedó unido a la capital, se inició la línea central a Talca, se extendió la navegación a Europa por el estrecho donde ya flotaba muy oportunamente el pabellón nacional. El aislamiento de Chile en el mundo, cesaba. Los correos fueron organizados sobre base internacional y Pérez Rosales comenzó la obra de poblar el sur con una raza extranjera fuerte y virtuosa. El pan de la instrucción elemental fué repartido con indecibles esfuerzos, a muchos millares de niños analfabetos, y surgieron escuelas como la de Artes y Oficios, de Sordomudos, de Obstetricia; establecimientos de progreso como el Museo Nacional, el Observatorio Astronómico; monumentos de carácter intelectual tan enormes como esa gran cúpula del Código Civil que los coronaba a todos y fué saludada

desde lejos, por los pueblos hermanos, con admiración y respeto.

El dinero solicitado por muchas empresas diversas, subía en ese momento la tasa del interés y el Senador Benavente había propuesto el proyecto de la fundación de un Banco que facilitara dinero al agricultor, utilizando los depósitos fiscales. De aquí nació la más fecunda empresa de la época; la creación de la Caja de Crédito Hipotecario. Don Antonio Varas presentaba el año siguiente el proyecto de ley que daba vida permanente al intermediario bien garantido entre el agricultor deseoso de dinero y el capitalista necesitado de inversiones seguras. Un año después, la Caja había realizado ya operaciones por un millón de pesos. Obra predilecta del gran estadista, aparece su nombre en sus cartas privadas a los amigos del extranjero, en todas sus preocupaciones de la época.

La prosperidad material de esa etapa hizo caer la pluma ensangrentada de las polémicas revolucionarias y tomar otra más amable a los ingenios que la raza iba ofreciendo al sol de las libertades nacientes. Los libros de los hermanos Amunátegui, de Barros Arana, de Lastarria, y de Monseñor Eyzaguirre, los cantos de Guillermo Matta y Guillermo Blest, las novelas de Alberto Blest Gana y los ensayos de don Ambrosio Montt, Santa María y otros, manifestaban una adivinación completa de los destinos de Chile. Solamente la cuestión religiosa enardecía los ánimos y entraba en acción en este agitado anfiteatro, un hombre superior del mismo temple de la generación del año 17, el Arzobispo Valdivieso. El mismo clero estaba dividido y contribuía a la discordia general. Raíces de la colonia y nuevos retoños de la república se enmadejaban confusamente.

Es sensible no detenerse a considerar en este capítulo momento a momento la personalidad de hombre de estado de Varas, pues su criterio firme lo levanta a grande altura. Prosiguió sin desfallecimiento, sin perder un instante el rumbo, la defensa de los derechos del Estado que estimaba fundamentales y la solución inmediata de los conflictos. Se separó por completo de la línea de los hombres públicos que se ocupan en inventar las cuestiones, para darse el placer de resolverlas. No

tuvo por un momento ideas de persecución o de atropello a la Iglesia; pero no quería entregarle la organización civil maniatada, para evitar los estallidos del cisma que son la consecuencia de no contemplar el derecho de la nación y la libertad de las conciencias.

En ese momento histórico habría sido igualmente popular ser clerical o anticlerical; Varas fué simplemente liberal; es decir para este efecto de las simpatías sectarias, impopular. El hombre de estado tenía ante todo horror al equívoco, veía planteado el dilema con claridad: respetar las influencias religiosas en las almas y rechazarlas en los cuerpos, o mejor dicho, cuidar el tesoro sano y espiritual de la religión, impidiendo que fuera instrumento de pasiones y ambiciones temporales. Y, además, reglamentar la cuestión religiosa, reconociendo a la Santa Sede como soberanía espiritual y tratando con ella con absoluta sinceridad. Las intrusiones del clero secular y regular y aun las invasiones del Pontificado, los abusos de la costumbre que era en esta materia la ley no escrita, obligaban al organizador del país a trazar un nuevo programa de relaciones entre el Estado y la Iglesia. Digámoslo en honra de don Antonio Varas, a cuyos restos mortales se cerraron las puertas de la iglesia metropolitana: a su acción clara y terminante se debe la paz posterior de las conciencias y las reformas civiles que han salvado a las creencias católicas de una persecución, dando legalmente las reformas civiles que hoy nos rigen y que necesitan siempre para mejorarse de ecuanimidad y prudencia mutuas.

La dureza de los primeros tiempos había sellado la fisonomía de Varas con fuertes rasgos, en que parecían modelar los diversos planos de su rostro, la preocupación y el malhumor unidos. Pero, a medida que pasaban los años y la obra de organización nacional avanzaba, a pesar de los nuevos golpes y decepciones recibidas, iban saliendo a la ingrata superficie del físico las bellezas morales que sólo sus amigos conocían, el corazón ardiente y el alma buena de ese hombre que apenas pasaba los cuarenta años, como el resplandor crepuscular enciende la frente del peregrino que marcha hacia el ocaso. Sin em-

bargo no era ocaso, a esa edad, la jornada gloriosa en que el joven pobre de antaño, el Ministro omnipotente de más tarde, el parlamentario escuchado, el jefe seguido de imponente cortejo de amigos e idólatras, iba a hacer el más grande holocausto de una santa ambición en aras de la patria.

Su estilo pedagógico, cierta altanería de carácter, la popularidad que las obras públicas y la fama le iban creando en las provincias, excitaban ahora terribles celos en el peluconismo aristocrático y encontraban eco en el aula arzobispal, donde el clero lo creía su enemigo encarnizado. El Presidente debía optar entre la mayoría tradicional del Senado, hostil a su Ministro y la de la Cámara joven, partidaria; Varas aconsejó él mismo la medida de un ministerio conciliador, que se peleó y sucumbió dentro de poco. Vino el año 59 y las montoneras de los hacendados levantaron una nueva revolución.

El Gobierno tenía esta vez de su lado al Ejército. No eran ya los románticos tiempos en que el general Bulnes partía con cincuenta granaderos de su escolta y llegaba al sur con cinco mil hombres del pueblo a derrotar a los militares; ni siquiera eran los tiempos en que esa milagrosa visión del porvenir hizo crear a Portales la guardia nacional en que el oficial era el joven rico y el soldado el inquilino de los campos y el obrero de la ciudad, es decir, la nación armada contra el militarismo. Los antiguos enemigos del Gobierno se batían ahora por Montt y sofocada la revolución, ganada una inmensa mayoría nacional en las elecciones, la candidatura de Varas estaba impuesta a conservadores, pelucones nacionales y liberales. Ese fué el momento en que el Ministro del Interior movió la cabeza negativamente y todos los esfuerzos y las instancias fueron inútiles.

Aparecía grande y soberbio ese hombre de estado combatido por intrigas santiaguinas, que renunciaba lo que no cabía en la logrera tradición de los politiqueros, porque creía que no era su nombre una bandera de pacificación y había llegado la hora de la paz en todas las fronteras. En la penumbra de la tarde le vieron salir de la Moneda, algo inclinado, las manos cruzadas a la espalda, sus labios juntos con gesto de irrevocable resolu-

ción, hermoso en su dignidad envuelta en sacrificio. No hubo melancolía en esa hora solemne para el gran Ministro; como siempre entró a la pobre tranquilidad de su hogar, resuelto a servir a su país cada vez que lo llamaran a las fatigas del poder, resuelto a retirarse cuando se tratara de la ambicionada coronación de esas fatigas.

Varas continuó en la dirección de la Caja, en el Senado, dedicado a su profesión, a los negocios públicos y a la tarea regularizada del parlamentario. Debía una vez más ser llamado en nombre de su prestigio al puesto de Ministro del Interior, al iniciarse la guerra con el Perú. El país tenía una gran confianza en su rectitud, y el nombre de Varas prometía la victoria. Queremos suplir nuestras palabras con una pequeña página inédita de don Julio Zegers, modelo de estilo como todas las suyas, que hemos tenido la suerte de obtener:

«Varas parecía el hombre más apto para dirigir el país en la magna empresa.

«Un largo magisterio en la instrucción pública y diez años de gobierno recto, laborioso y firme al lado de don Manuel Montt habían dado dureza a su ceño, brusquedad a sus procedimientos y reputación de rectitud, energía e inteligencia a su persona.

«La renuncia oportuna de la candidatura presidencial en 1861 había probado la elevación de su alma y de su patriotismo. Pero faltaban en 1879 condiciones favorables al éxito de este eminente ciudadano; no había en el Congreso una mayoría disciplinada y deferente; no tenía él mismo en la guerra la fe con que había lidiado por el principio de autoridad; y los resortes de su alma habían perdido en resistencia y actividad, la pujanza de la juventud. Tenía 62 años, pero llevaba en su frente el esplendor de la presidencia que había renunciado.»

Uno de los últimos actos públicos fué un rápido resumen de su propia vida, una manifestación del rápido rodar de generaciones que le tocaba presenciar, siempre en la brecha. Presidente del Senado en la administración de Santa María, murió poco después de haber admirado y aprobado el acto de autoridad del presidente de la Cámara de Diputados, don Pedro Montt,

hijo del protector, del confidente, del amigo y del asociado de sus campañas por la organización del país y de sus instituciones.

Varas permaneció inmóvil en el terreno político, tan inmóvil como puede permanecer un hombre en el mismo puesto. Las cosas habían girado una vuelta entera en torno suyo. Miró de frente la anarquía de los primeros años de Bulnes que consistía en un derecho, al parecer sagrado, de levantar pueblos y sobornar soldados. Había que curar la llaga del organismo y pudo ver cómo el 51 se levantaba casi el ejército entero, mientras el 59 los soldados permanecían en atención firme al lado del Gobierno. Esta evolución abría las válvulas largo tiempo comprimidas del liberalismo esclarecido del estadista; había llegado entonces y sólo entonces la hora de las libertades religiosas y civiles. Era una misma acción aplicada a diversos problemas en su hora oportuna, porque Varas no se pagaba de frases, no encontraba honrada la palabrería sin aplicación inmediata, no creía natural que un hombre que se estaba ahogando pensara en el traje que iba a vestir al día siguiente. Lo primero era refrenar el militarismo y el afán de pronunciamientos; en seguida refrenar la libre propaganda de la revuelta, el clericalismo exaltado y el afán de conflictos espirituales. De mente católica, Varas quería que la Santa Sede reconociera un orden de cosas tradicional y fundado en la Constitución, que se diera forma a hechos incorporados en la vida nacional, que se tratara a Chile como se trataba a otros países católicos más poderosos, que se saliera al encuentro de los conflictos futuros. Por esta razón, por su ardiente deseo de tolerancia y de paz social, recibía como una mala nueva las cartas del almirante Blanco en que le hablaba del concordato con Austria, en que la Santa Sede había tirado la cuerda y el imperio de los Hapsburgos cedido demasiado. En respuesta manifestaba al diplomático confidente su deseo de que el nuncio comprendiera que podía ser representante del Vaticano; pero no jefe de la iglesia nacional.

Puede decirse, con cabal conocimiento de la historia, que el fundador del liberalismo chileno, tal como lo conocemos, fué don Antonio Varas. La tendencia natural de los liberales ha sido fortalecer la autoridad, mientras que la de los conservado-

res, después de los jóvenes reformistas del 49 y 50, ha sido relajarla por defensa propia, por instinto de conservación. Mientras Lastarria había hablado teóricamente de «la paradoja de la libertad en el orden», Isidoro Errázuriz decía el 86 que había llegado la hora de que el partido liberal adoptara como lema la verdad de «la libertad en el orden». Las revoluciones chilenas fueron el contragolpe de la del 48 en Francia, contagio que recorrió todo el mundo; las ideas quedaron un tanto flotantes, por consiguiente, después del recio sacudimiento. Mientras muchos buscaban las suyas, y a falta de ellas tomaban las de moda, Varas no perdió jamás las que habían llenado su alma desde sus estudios clásicos hasta su conocimiento profundo de la historia. Nunca perdió de vista que la autoridad era el único medio de mantener la libertad, de evitar la anarquía, madre y fuente del despotismo y del caudillaje militar.

Cuando se operó la fusión liberal-conservadora,—no alianza, sino completa confusión de las filas,—sus agentes, pelucón el uno y neo-liberal el otro, los señores Tocornal y Santa María, no arrastraron con ellos a los reformistas avanzados, fundadores del radicalismo chileno. Los antiguos pelucos, mejor dicho, los entonces llamados Montt-varistas, quedaban en la oposición. Habían trazado los principios inmutables del liberalismo chileno, que podrían ser ahora los de una fecunda unión de todas sus ramas la autoridad, el orden, la libertad, la tolerancia, el progreso en todos los ramos.

La inmovilidad de Varas, su integridad moral, quedan bien a la vista en esta nueva posición de combate y fiscalización. Los opositores se unieron en la suerte común; nacionales y radicales, nombres que en las incoherencias posteriores han vuelto a estar unidos, fraternizaron entonces y sus juventudes puestas en contacto por el ardor de la lucha se contaminaron. Era esta la prueba del fuego para la resistencia, el temple de los fundadores del partido nacional. La hoguera de las pasiones no hizo cambiar siquiera de matiz el color de los principios sustentados. Varas y Montt resistieron no sólo a una fusión que habría sido una abdicación, sino a modificar las líneas generales de un programa que la conveniencia habría impul-

sado lejos. La juventud se marchó unida del brazo a formar un partido reformista; *y los viejos se quedaron solos*, tan firmes como están ahora sobre el pedestal de Biondi entre los Tribunales de Justicia y el Congreso, cerca de *El Mercurio*, de la prensa amiga y tolerante que los acompañó, pero que miraron con recelo. El liberal íntegro buscaba entonces todas las reformas liberales en todos los terrenos; pero no cedía una pulgada al jacobinismo incipiente. Varas concebía al partido como un edificio estable, no como uno de esos barcos que han hecho el cabotaje de las contemporizaciones de puerto en puerto, desde el trópico conservador del año 33 hasta los fríos polares del radicalismo y de la democracia. Cámbiese, como se quiera, el nombre de la temperatura; Varas ha estado siempre en un mismo sitio, templado, pero no de contemporización, lo que es diverso; por esto merece como nadie el nombre de estadista. No sabía amoldar las instituciones por imitaciones sucesivas que traía la importación, sino aplicando el solo molde nacional que les convenía.

Hé aquí al hombre de una pieza, cuyo primer centenario, conmemoramos el año pasado. Sus biógrafos del próximo siglo lo exaltarán aún más. Su vida es ejemplo para esa juventud de Santiago y de las provincias que carece de fortuna, tiene el orgullo de su independencia y de su integridad moral, y se prepara en el estudio. La modestia, la constancia, la lealtad y la voluntad de don Antonio Varas eran el secreto de su superioridad. Por eso pudo servir a su país tomando las ingratitudes del Gobierno en la hora de la siembra y renunciando sus esplendores en la alborada de la cosecha. Las efímeras elevaciones que nos muestran, como crónica menuda, los anales políticos, son saltos de acrobacia y no ascensiones morales. De ellas no queda recuerdo en pocos años. Es necesario leer nuestra historia y reconocer que es una gran maestra para hoy día y para siempre.

JOAQUÍN DÍAZ GARCÉS.

OSCAR WILDE

(Conclusión)

La moraleja del cuento anticipa la frase de Wilde en *Dorian Gray*. «El mejor modo para librarse de una tentación, es... caer en ella».

Oscar Wilde reveló otra faceta de su mentalidad privilegiada al publicar después sus fantasías *El Príncipe feliz y Otras narraciones*, ilustradas en color y editadas lujosamente. Hoy el público español conoce estos lindos cuentos infantiles adornados por el humorismo de un filósofo poeta que hubiese podido rivalizar con Andersen. Wilde los escribió cediendo a un ruego de su esposa, y, en vista del éxito alcanzado, dejóse nuevamente inspirar por su musa escribiendo esas cuatro joyas literarias reunidas bajo el título de *La casa de las Granadas*, o sea esas lindas fantasías que se llaman «El Rey adolescente», «El cumpleaños de la Infanta», «El pescador y su alma» y «El niño estrella». Es un libro de belleza incomparable, escrito no para niños sino para los paladares refinados que aman las exquisiteces literarias. El poeta ha tocado en él los mejores acordes de su lira y ha ahondado también los misterios de la filosofía. Idealismo, ironía, color, fantasía poética: de todo hay en estos lienzos decorativos en que Wilde parece haber intentado, como dice Lord Henry Wotton en *El retrato de Dorian Gray*, una

obra de arte «tan maravillosa como un rico tapiz oriental y tan inverosímil».

No he de detenerme en la consabida acusación de «influencias» y hasta de «imitaciones» con que ciertos críticos han pretendido atenuar la originalidad de esta obra. Encierran sus páginas lo más puro y bello del arte exquisito de Oscar Wilde, y en ellas, como en las páginas de sus *Intenciones*, de *Dorian Gray*, de *Salomé* y del *De Profundis* se halla condensada la esencia de su filosofía de la belleza. Podrán mentarse en casi todas ellas reminiscencias de la Biblia, de *Las mil y una noches* de Flaubert, de Gautier, de Emerson, de Maeterlinck, pero es lo cierto que Oscar Wilde supo filtrar todas estas lecturas al través de su temperamento artístico, marcando cuantos géneros literarios abordó con el sello inconfundible de su personalidad.

Y así deja en la crítica literaria, memoria imborrable al publicar *Intenciones* y rehace los moldes de la novela en *El retrato de Dorian Gray*, escrito al siguiente año. Oscar Wilde no dejó una sola esfera artística tal y como la había hallado antes. Su libro *Intenciones*, por ejemplo, desafía toda comparación y se halla libre del grave dogmatismo de un Ruskin, de un Pater o de un Arnold. Sólo Renan pudiera haber soñado esos diálogos maravillosos que se llaman «La decadencia de la mentira» y «El crítico como artista», que forman con los otros dos ensayos, «Pluma, lápiz y veneno» y «La verdad de las caretas» ese libro único de estética moderna. Pero sólo Wilde era capaz de escribir esas paradójicas teorías de arte adornándolas con tal ingenio, tal plasticidad, tantos pensamientos audaces y profundos que revelan un gusto estético excepcional. Bastaría creo, yo, haber escrito «La decadencia de la mentira», para que Oscar Wilde ocupara lugar envidiable entre los modernos críticos de arte. La vitalidad de sus páginas consiste en que el diálogo es la forma característica de Wilde, que era ante todo conversador, y por boca de sus personajes nos habla cómo él sólo sabía hacerlo, sobre la vida y el arte, la estética y la moral. Con su fina ironía y su mentalidad peculiar, el autor satiriza dogmas y teorías. Condena la vulgaridad del realismo en la novela, anteponiendo la belleza a la verdad. Afirma que el arte

no imita la vida, sino que la vida imita muy imperfectamente el arte y que la naturaleza, lejos de ser sabia, está llena de absurdas deficiencias y limitaciones. Sería imposible dar aquí una idea aproximada de lo mucho original y bello que hay en este libro, acaso el más personal de Wilde. No hay una página que nos deje indiferentes. El autor ha elegido el marco más adecuado a su talento: la conversación. En «La decadencia de la mentira», esa intencionada sátira contra la pobreza de inventiva en los modernos novelistas, Wilde nos habla por boca de dos personajes, Cyril y Vivian que se hallan en la biblioteca de una casa de campo. El bello diálogo de «El crítico como artista» tiene lugar en pleno Londres, en una biblioteca de Picadilly, con vistas al parque. Wilde nos describe el ambiente que envuelve el diálogo en una frívola nota: «El crítico como artista: con algunos comentarios sobre la importancia de discutirlo todo». Ernest y Gilbert disertan apaciblemente, interrumpiendo el diálogo en dos partes para cenar. Al amanecer, estos dos cultos *dilettantes* se levantan para ir a ver en Covent Garden las rosas recién llegadas del campo. Creeríase oír un eco del *Banquete* de Platón en que Sócrates, al rayar el alba, deja dormidos a los otros comensales y se marcha a recorrer las calles y plazas de Atenas, bajo la luz plateada de la aurora.

En esos dos diálogos, como en los otros dos ensayos que vieron la luz en revistas literarias antes de formar un libro, resalta esta plasticidad decorativa con que Wilde gusta de adornar su prosa. «La verdad de las caretas» bello estudio sobre el lujo y la indumentaria escénica, lo titula «Una nota sobre la ilusión». Y su célebre ensayo «Pluma, lápiz y veneno» en que analiza la extraña personalidad de Thomas Grefflths Wainwright, pintor, literato y asesino que hizo del crimen un arte, lo califica de «estudio en verde», deduciendo ingeniosas consecuencias de la afición a este color y su influencia en el alma de algunos artistas refinados.

Si, como dijo Oscar Wilde, «toda crítica es una forma de autobiografía»; es imposible leer este ensayo sin advertir que Wilde debió mirarse en la enigmática personalidad de Wainwright como en un espejo. Cuando nos describe las aficiones de

anticuario del asesino artista, sus modas de *dandy*, sus porcelanas, sus diversas aptitudes críticas y literarias, su vida de lujo, su versatilidad, vemos al propio Wilde describiéndose a sí mismo. Cuando va levantando el velo misterioso que oculta los varios crímenes de este moderno Borgia, Wilde parece presentir el epílogo de su vida peligrosa que le llevará a la cárcel, como llevó al terrible Wainewright. La analogía entre el modelo y el artista produce honda impresión en el lector.

Pero Oscar Wilde quiso, además, demostrar que sus ironías y sus paradojas no eran puramente negativas y podía con ellas escribir una obra de arte. Y escribió la única novela que debemos a su pluma: *El retrato de Dorian Gray*, obra recargada de un ambiente exótico, sugestiva en alto grado, tanto por lo que dice como por lo que el lector adivina entre líneas; de inverosímil argumento, de inquietante belleza decorativa, de brulantez en el diálogo, de humorismo en el epigrama, de amoralidad intelectual. Es como un mosaico bizantino que hubiera reconstituido un sabio artífice moderno. Escrito para el *Lippincot's Magazine*, Oscar Wilde le añadió unos capítulos y el cortísimo prefacio, hecho de sentencias, antes de publicarlo en forma de libro. Su aparición fué anunciada por clamores de protesta y por hostiles artículos periodísticos. Wilde rechazó desdeñosamente el fallo, diciendo a esto: «No hay libros morales o inmorales, sino libros bien o mal escritos y nada más». Semejante declaración estética provocó nuevo escándalo y no faltó artículo en que se calificara de mórbido al autor. A lo cual respondió Oscar Wilde: «... decir que un artista es mórbido porque trate de cosas mórbidas, es como llamar loco a Shakespeare porque escribió *El Rey Lear*».

Algunos críticos se han empeñado en ver la influencia de Balzac en esta novela de Wilde, atribuyendo su origen a *La peau de chagrin*. Parece haber, en efecto, cierta semejanza entre el famoso retrato del bello adolescente Dorian, cuyo lienzo envejece dejando a su modelo en perpetua juventud, y la novela del gran creador francés. Recordamos también a Vautrin el corruptor y Rastignac el corrompido, cuando el autor analiza a Lord Henry Wotton y al joven Dorian Gray. Pero las di-

ferencias entre Balzac y Oscar Wilde son abismos literarios. Balzac, con todo su genio, jamás hubiera podido escribir nada semejante al *Retrato de Dorian Gray*, porque le faltaban en grado sumo esas dos características de Wilde: la magia del estilo y la audacia del ingenio. La sátira de Oscar Wilde es tan elegante, tan fina, tan personal, en el fondo y en la forma, que parece algo nuevo en la patria de los grandes humoristas: de Addison, de Swift, de Dickens y de Thackeray. Lo que le faltó a Oscar Wilde para ser un gran novelista fué la cualidad maestra de Balzac, el dón de *humanizar* sus personajes, de encarnar sus sentimientos, de hacerlos *vivir* y *sentir*. En su novela no hay más que una sola figura humana, y es la de Lord Henry Wotton, bajo cuya efigie se retrató, sin duda, el propio autor. Los demás son muñecos o siluetas. Obsérvase también el contraste que existe entre la prosa pulida y laboriosa de las descripciones y la vivacidad asombrosa del diálogo que anuncia al futuro autor dramático.

Quizá se percató de ello Oscar Wilde al decir desdeñosamente que «el ser un novelista popular era demasiado fácil». Su novela llamada «Un ensayo sobre arte decorativo» había alcanzado, casi, la popularidad a costa del escándalo. Pero Wilde era indolente. Faltábale voluntad para el esfuerzo continuo, persistente que requiere el libro. Quería un éxito definitivo, ruidoso, a costa de pocas vigiliass y menos páginas. Vió el teatro como el más adecuado marco a su talento de conservador y en el diálogo escénico un medio para revelar al público las variadas facetas de su irresistible ingenio.

Los *Poemas en prosa*, *El retrato de Mr. W. H.*, y *El alma del hombre bajo el socialismo*, cierran la obra literaria de Oscar Wilde, antes de abordar la escena. En esa tesis imaginaria de erudición y de fantasía llamada «El retrato de Mr. W. H.», Wilde, muy versado en Shakespeare, pretende darnos la clave del misterio de los *Sonetos* inmortales, y, en verdad que su teoría no puede ser más nueva ni atrevida. Según Wilde, están dedicados a Willy Hughes, un niño actor para quien Shakespeare escribió muchos de sus papeles de mujer y a quien tuvo por modelo al concebir sus más bellas creaciones femeninas. Esta

hipótesis verosímil, si no probable, de los *Sonetos* va reforzada por no escasos argumentos que el autor saca de aquellas enigmáticas estrofas. La idea recuerda, también, el boceto de comedia de Benavente *La sonrisa de Gioconda* en que el pajecillo substituye en calidad de modelo a Monna Lisa. Oscar Wilde, fascinado por su tesis literaria, dió mayor amplitud a su cuento crítico y volvió a escribirlo con mayor amplitud, pero el manuscrito fué robado, con otros muchos, en su casa de Tite Street cuando el proceso.

Su ensayo *El alma del hombre*, escrito para una revista, ha sido traducido a varios idiomas, sirviendo no pocas de sus frases a la literatura revolucionaria, mas no acrecienta, a mi juicio, la celebridad de Wilde. En cambio, sus *Pequeños poemas en prosa*, cortas fantasías en forma de parábolas, son muy características de su talento. Wilde, antes de escribirlas, prefirió contarlas y declamarlas varias veces, como él sólo sabía hacerlo. Pertenecen a la época triunfal, antes de la catástrofe, en que Oscar Wilde pasaba por el mejor «causeur» de Londres, en que durante las comidas y en los salones fascinaba unas veces con sus cuentos o divertía al auditorio con sus ingeniosas frases; en que una dama decía que, al hablar Wilde, «creía ver alrededor de su cabeza una aureola luminosa» y en que la princesa de Mónaco, al dedicarle su retrato, escribía sobre él:

Au vrai art, a Oscar Wilde!

* * *

La noche del estreno de *El abanico de Lady Windemere*, en el teatro St. James, fué no solo el éxito triunfal, decisivo, que consagra a un autor, indiscutiblemente, sino una fecha memorable en los anales del moderno teatro inglés. Aclamado por un público delirante, que exigía su presencia, al terminar los cuatro actos, Oscar Wilde salió a escena. Era un privilegio rara vez otorgado allí a los dramaturgos; era, de un golpe, la apoteosis y la celebridad ruidosa. Centenares de espectadores, puestos de pie, aplaudían frenéticamente la revelación de un nuevo y genial autor dramático. Hízose de pronto un gran si-

lencio para oír lo que el autor agradecido, iba a decirle al público.

Wilde, con su «pose» y su impertinencia de niño mal criado, dijo, únicamente, sin quitarse el cigarrillo de la boca: «Señoras y señores: celebro que les haya gustado tanto mi pieza. A mí también me gusta».

Esta ingenua declaración provocó siseos, risas y duros comentarios en la prensa, pero en nada disminuyó el triunfo teatral. Oscar Wilde, desde esa noche, ya no era un notable literato, era «El autor de *El abanico de Lady Windemere*», un nombre popular, un hombre afortunado cuyo talento no se discutía. Había sido el éxito tan decisivo que los envidiosos y los enemigos veíanse obligados a callar. La misma crítica, siempre hostil a Oscar Wilde, reconocía, a pesar de sus reparos sobre ciertos artificios en el desarrollo de la acción dramática, que el ingenio de Mr. Wilde cubría todas sus culpas. La sátira y el epigrama brillaban en el diálogo, con un esplendor nunca visto, desde los tiempos de Sheridan. Y es lo que sugestionaba a los espectadores refinados y hacía brotar la risa desde los palcos y las butacas, mientras el vulgo fascinado por el interés dramático y casi folletinesco del argumento, llenaba las alturas noche tras noche. Todo Londres acudía a ver la nueva obra que iba a representarse centenares de veces.

Acaso esta comedia pueda tacharse de inverosímil, pero su técnica teatral salva, con su asombrosa habilidad, todos los escollos, y su inimitable diálogo, esmaltado de audaces epigramas, bellos pensamientos y finísima ironía, es lo que hace del teatro de Oscar Wilde algo excepcional entre los modernos autores de comedias. Antes que él no se había manejado el diálogo en la escena inglesa, con tal maestría. Después, nadie le ha superado. Aunque la caricatura le presentara entonces, maliciosamente, sobre un pedestal formado por las obras de Sheridan, de Dumas hijo, y de Sardou, como dando a entender el origen de sus creaciones, poco o nada debe Wilde a esos autores. Para confundir a los críticos que ridiculizaban el «efectismo» de su intensa comedia, Oscar Wilde hizo el primer acto de *Una mujer sin importancia*, desprovisto de acción y adornado, sólo,

por su deliciosa Musa cómica, tan sagaz al observar el medio ambiente del mundo político y aristocrático.

Unicamente en su hermosa tragedia *Salomé* es donde pueden señalarse ajenas influencias literarias. La idea y hasta algunas frases reflejan el famoso cuento de Flaubert, *Herodías*, que impresionó hondamente a Oscar Wilde. El mismo estilo tan laborioso, tan recargado de imágenes y de color, recuerda al autor de *Salammbó*, y quita no poca intensidad y realismo al diálogo dramático. En *Salomé* hay, sin duda alguna, bastante de Flaubert en la plasticidad decorativa del lenguaje y algo de Maeterlinck en el ambiente inquietante de misterio y de muerte que envuelve ese bello poema en prosa. Pero hay no poco del alma compleja de Oscar Wilde, eco espiritual de civilizaciones sibaríticas, en que el ensueño, la perversidad y la belleza parecen fundirse para producir esa genial obra de arte.

Oscar Wilde escribió en francés el original para dárselo a Sarah Bernhard que le había pedido una obra teatral. Wilde no desistía de intentar una nueva forma de teatro poético y tenía ya escrito el fragmento de la *Tragedia Florentina*, publicada hoy con sus demás obras. El manuscrito francés de *Salomé* fué revisado y corregido por Pierre Louys, el autor de *Aprhodate*, durante una estancia de Wilde en París. Al entregarlo a Sarah Bernhard, que empezó a ensayarlo en la escena del Palacio de Londres, Oscar Wilde anhelaba una genial creación dramática por parte de la actriz más eminente del mundo, y un éxito triunfal que le consagrara a él poeta dramático, digno de figurar en la estirpe de Shakespeare. Mas la severa censura se opuso al asunto bíblico y *Salomé* fué retirada del teatro, con gran desencanto del autor que no llegó a verla representada, ni pudo alcanzar su soñada apoteosis. Publicóse en forma de libro ilustrado por los refinados y decadentes dibujos del genial Aubrey Beardsley, tan mofado entonces e imitado luego por los artistas como lo fué Oscar Wilde. Su retrasado estreno sólo tuvo lugar en París, años después, por la Compañía de Lugné-Poë del Théâtre de l'Oeuvre, estando ya su infortunado autor en la cárcel de Reading. Fué el melancólico preludio de los éxitos de ultratumba. Representada luego innumerables veces

en Alemania, traducida a todos los idiomas, la *Salomé* de Oscar Wilde ha recorrido triunfalmente los principales escenarios del mundo y esa la vez la más famosa y la más universal de todas sus obras.

Volvió, pues, Oscar Wilde a escribir comedias, tanto por complacer a los empresarios que se lo pedían como por deleitar al público que le aplaudía. El diálogo, intencionado en el fondo y frívolo en la forma, era el género más adecuado a su talento de conversador. Vivía el ambiente de ese gran mundo que retrataba con sus pinceladas satíricas y estas comedias, tan fáciles al parecer, le daban fama y dinero. Así fué dando a la escena *Una mujer sin importancia*, y al año siguiente *Un marido ideal*, pretendiendo que las había escrito por compromiso o por apuesta. Esta facilidad un tanto desdeñosa hacia el arte y los burlescos comentarios de Wilde sobre los críticos, provocaron contra él un ambiente de hostilidad periodística a cada estreno afortunado. Llegóse hasta dar una receta con la fórmula escénica para escribir comedias a lo Wilde, poniendo en la dosis tanto de artificio, tanto de paradoja y tanto de epigrama. Pero Bernard Shaw, que entonces hacía la crítica dramática en el *Saturday Review*, tuvo al juzgar estas producciones más perspicacia que sus pedantes colegas y confesó ser «el único hombre en Londres incapaz de escribir una comedia a lo Oscar Wilde».

Y en verdad que la fórmula, con ser tan fácil, no ha podido imitarse hasta el mismo grado de ligereza, de humorismo, de risa optimista y de gracia que ilumina la última comedia de Oscar Wilde: *La importancia de ser formal: comedia trivial para gente seria*, estrenada en el teatro St. James, pocos meses antes de la catástrofe. Es en este género la obra más feliz de Wilde. Ni una sombra dramática viene a turbar esta vez su festiva musa que logra aquí desarrugar ceños, vencer reparos y provocar sonoras carcajadas. Oscar Wilde es, en realidad, el heredero del inmortal Sheridan, autor de *Los rivales* y de *La escuela del escándalo*. Nótese que la moderna dramaturgia inglesa está encarnada en tres grandes ingenios irlandeses: Sheridan el satírico, gran orador parlamentario en el siglo XVIII; Oscar Wilde, poeta y dramaturgo en el siglo XIX. Bernard Shaw

pertenece al siglo XX, y ha traído también a la escena la ironía mordaz, la audacia del sociólogo y del revolucionario, pero su dramaturgia intelectual carece del arte refinado de Oscar Wilde.

No deja de ser extraño que la obra más cómica e ingeniosa de Oscar Wilde viniese ya envuelta entre los trágicos nubarrones que amenazaban el horizonte de su vida. Hasta aquí, desde su primer estreno, Oscar Wilde había vivido en una continua apoteosis social y literaria. La fama y el dinero doraban su existencia. Había noche en que se representaban obras suyas en tres distintos teatros de Londres. Era el hombre a la moda. Sus frases y sus epigramas corrían de boca en boca. En salones y comidas elegantes su mágica palabra fascinaba a la concurrencia con bellas improvisaciones o ingeniosas respuestas. Cuando iba a París, los más eminentes artistas y literatos se reunían para festejarle.

En ese ambiente de admiración y de lujo, Wilde perdió todo freno y sentido de la realidad, creyéndose invulnerable por su talento privilegiado. Con el dinero surgió de nuevo el fauno, que había en el fondo de su alma, reclamando su parte de placer. La existencia de Oscar Wilde fué entonces pródiga, fastuosa. Se le veía en París, en Florencia, en Montecarlo y en el Cairo, llevando consigo a compañeros dignos de figurar en los correccionales y en las prisiones. Esta compañía alternaba con ciertas amistades aristocráticas que no estaban en olor de santidad y provocaban murmullos de escándalo. Wilde, «el rey de la vida», como él mismo se llamaba, estaba jugando peligrosamente con su propia vida. Su artificial orquídea verde que lucía por calles y restaurants y que imitaban varios discípulos, vino a ser el símbolo de un neopaganismo que resucitaba, entre bastidores, las orgías de Tiberio en Capri. Los mismos retratos de Oscar Wilde, durante esta época, le asemejan a un César decadente, materializado por el placer. Sus labios sensuales, su cara gorda y fofa, recuerdan la de Nerón. La gula y la afición a la bebida habían aumentado su peso y su volumen considerablemente. «No ando nunca», decía con señorial des-

dén a un amigo. Y su coche de alquiler aguardaba a la puerta día y noche.

Pronto iba a llegar la hora trágica en que su natural indolencia gemiría bajo el peso de los trabajos forzados, y en que la sociedad ofendida por el desdén creciente de Oscar Wilde respecto a la moral, dejaría caer sobre su cabeza el fallo implacable de la infamia.

Y Londres se estremeció ante las revelaciones del proceso Queensberry.

Aquellos escándalos formidables expuestos ante la luz pública de los tribunales y de la prensa fueron la ruina, a la par que la muerte civil de Oscar Wilde, pero justo es decir que él mismo atrajo el rayo sobre su cabeza. Hacía ya tiempo que la vida privada de Wilde era notoriamente pública y le había cerrado algunas puertas del gran mundo, mas, no obstante, muchas gentes se resistían a condenar a un hombre cuyas culpas o pecados eran harto redimidas en el concepto social, por su admirable obra artística. Wilde hubiera podido seguir esa existencia o residir en el extranjero, durante cierto tiempo, evitando la catástrofe, de no haber tenido la fatal ocurrencia de llevar a los tribunales a su enemigo el marqués de Queensberry. Bien es verdad que la idea no fué suya, sino la de una persona que influyó desastrosamente en su destino. En vano se le advirtió el gravísimo peligro que corría; en vano se le aconsejó que se expatriara lo antes posible; todo fué inútil. Wilde, en su inconsciencia, creyó dar un *coup d'audace* litigando contra el marqués por «libelo» y «calumnia». Fué su suicidio moral. Desde ese instante la opinión pública falló en favor de Queensberry. No era éste aristócrata, ni muy querido, ni muy respetado, más ahora se veía en él, no a la persona, sino al padre. Contra Wilde se alzaron los austeros, los virtuosos, los moralistas, pero también el enorme coro de rivales, de envidiosos, de las víctimas de sus epigramas, de los periodistas que no le perdonaban su desdén y que supieron vengarse cruelmente, en la prensa, durante el proceso.

Perdido el primer proceso y hundida su situación social, quedábale a Wilde otro recurso: el emigrar. Desde otras tierras

hubiera podido ser siempre el ídolo literario, leído y admirado, como lo fueron en su tiempo Lord Byron y Shelley, expatriados de Inglaterra. La misma policía alargó el plazo de 24 horas para arrestarle, antes de dar el paso decisivo contra tan notoria personalidad. Fueron inspeccionados los trenes de Londres a Dover, con la esperanza de ver en uno de ellos al fugitivo... ¡inútil precaución! La inconsciencia de Wilde llegó hasta el extremo de desafiar a la justicia y a la ley, esperando tranquilamente el trágico desenlace en una tertulia de amigos congregados alrededor de la mesa de un *bar*.

Y el desenlace ya sabemos cuál fué: el arresto, la sensación, los carteles enormes de los periódicos, la muchedumbre invadiendo el palacio de justicia, las revelaciones irrefutables... y la sentencia. Wilde había caído de cabeza en lo que Queensberry llamó la «trampa del bobo», y sólo cuando ya no fué tiempo de salvarse, pudo ver la detallada vigilancia que había seguido, paso a paso, su vida licenciosa. El estupor fué enorme, y las pruebas aplastantes. Oscar Wilde empeoró su situación tomando un aire de impasibilidad y de ironía. El ingenio de sus respuestas, logró, a veces, provocar la risa en las tribunas, pero hizo fruncir el ceño a los del tribunal y agravó la defensa de su abogado, fundada ya en base tan endeble.

Sólo cabe decir, en defensa de Wilde, que a pesar, de pagar culpas ajenas y propias y de hallarse ausente el mayor culpable, no tuvo una palabra de censura para nadie, ni quiso compartir responsabilidades. Con su temible talento dialéctico pudo confundir muchas veces a los testigos y a sus pretendidas víctimas y no lo hizo. Hasta el final supo conservar su aparente indiferencia y frialdad. Mas cuando se leyó la sentencia condenándole a dos años de cárcel y trabajos forzados, la careta cayó y el público, impresionado, vió la faz lívida de un hombre que había recibido el golpe de muerte. Tambaleó el reo sobre sus pies y la policía tuvo que llevárselo precipitadamente hacia las cárceles antes que se desmayara.

¡Qué despertar más doloroso! Oscar Wilde no era ya el artista envidiado, el dramaturgo aplaudido, el ídolo de los salones, sino el número 33 de la cárcel de Reading. El «rey de la

vida» había muerto para la sociedad, y el pobre prisionero, en la penumbra angustiosa de su celda, iba a verter lágrimas de dolor y de desesperación; iba a vivir esa pesadilla monótona, abrumadora, en que los días parecerían los eslabones de su interminable cadena de preso...



Ese calvario espiritual, ese dolor hondo, palpitante, quedará eternamente reflejado en las intensas páginas del *De Profundis*. Oscar Wilde lo escribió en la última etapa de su condena, cuando al fin las autoridades le concedieron el privilegio de usar papel y pluma. Tal como fué publicado en 1905, es decir, cinco años después de su muerte, no constituye más que un bellísimo fragmento literario de carácter autobiográfico. Pero fué en realidad una larga epístola escrita por Wilde a un amigo suyo, cuya parte íntima, ha habido que suprimir porque dió lugar, poco antes de la guerra, a otro proceso entre un biógrafo de Wilde, Mr. Arthur Ransome y Lord Alfred Douglas, hijo del difunto marqués de Queensberry.

Al salir de la cárcel, Oscar Wilde lo entregó a su amigo y representante literario, Mr. Robert Ross, diciéndole:

«No excuso mi conducta: la explico.»

En realidad estas páginas impregnadas de melancolía unas veces parecen confesión y otras apología. Sólo que en Wilde ha muerto ya el «poseur» y se ha desvanecido el artificio. Su prosa es artística, pero sobria, sincera. Conocíamos el talento de Wilde; ahora Wilde nos revela su corazón herido y su alma transfigurada. Ha bebido hasta la hez el cáliz de la amargura, se ha asomado al abismo de la desesperación, ha deseado la muerte varias veces. Luego, poco a poco, se resigna a su destino, acepta el dolor humano, como una realidad inevitable que egoístamente había rechazado en su vida dichosa. Y al comparar el esplendor de ayer con el castigo de hoy, nos dice:

«Los dioses me habían otorgado casi todo: el genio, un nombre distinguido, una alta posición social, el lustre y la audacia de pensamiento. Yo hice del arte una filosofía y de la filosofía

un arte. Yo cambié el espíritu de los hombres y el color de las cosas, nada de lo que hacía o decía pasaba inadvertido. Cogi el drama, la más objetiva de las formas de arte, e hice de él un género tan personal de expresión como la poesía lírica, como el soneto, ensanchando así sus dominios y enriqueciendo su carácter. Drama, novela, poesía, poema en prosa, diálogo imaginario, todo lo que tocaba lo embellecía con una nueva manera de belleza. A la misma verdad, supe dar lo verdadero igual que lo falso como legítimo imperio y mostré que lo falso y lo verdadero son simples formas de existencia intelectual. Traté el arte como la suprema realidad y la vida como una rama de ficción. Desperté de tal modo la fantasía de mi siglo, que pronto, en torno mío, se crearon leyendas y mitos. Resumí todos los sistemas en una frase y toda la existencia en un epigrama. Otras muchas cosas me habían sido concedidas también; pero me dejé arrastrar a largos períodos de ocio insensato y sensual. Me entretuve en hacer el *flâneur*, el *dandy*, el hombre a la moda. Me rodeé de caracteres pequeños y de espíritus mezquinos. Fuí el pródigo de mi propio genio, y experimenté un goce singular en malgastar así una juventud eterna.»

Esa prodigalidad para con la vida, ese tiempo perdido para el arte pesa como una losa sobre su conciencia. El mismo nos explica su caída, cuando dice: «Lo que la paradoja era para mí en la esfera del pensamiento, llegó a ser para mí la perversión en la esfera pasional».

Oscar Wilde, en efecto, «se explica», pero no entona el *mea culpa* ante la sociedad por sus pecados. Interpreta su desastre como una nueva experiencia que faltaba a su vida para ser completa y armoniosa. Ha conocido el placer y la alegría; ahora conoce el dolor y el llanto, que hacen la vida más intensa y el arte más humano y más profundo. Un aroma místico envuelve su prosa, que busca la sencillez religiosa de los Evangelios. El prisionero, en su triste aislamiento a que le condenan la sociedad y la ley, vuelve los ojos hacia Cristo, que abre los brazos a los humildes, a los pobres, a los enfermos y que perdona a los ladrones y a las pecadoras.

Las páginas que Wilde dedica a la figura de Cristo y a la be-

lleza de sus parábolas son dignas de figurar entre la prosa de los más grandes místicos. Un rayo de luz celestial se ha filtrado por entre las barras de la ventana estrecha de su celda trayendo calma y resignación a su alma sedienta de consuelo. Oscar Wilde, antes de morir, se abrazará a la cruz.

Físicamente salió Wilde muy mejorado de la cárcel, y esto alentó a los pocos fieles que le consolaron en su desgracia, pero intelectualmente sus proyectos de arte no llegaron nunca a tomar forma, y el único poema que escribió después, *La balada de la cárcel de Reading*, fué su canto del cisne.

Para ocultarse de la curiosidad pública o de la indiscreción periodística, Wilde tomó el seudónimo de *Sebastián Melmoth*, que conservó ya hasta su muerte, y pasando a Francia residió una temporada en Dieppe. El hombre parecía otro después de la desgracia. Pensaba no sólo reformar su vida, sino redimirse ante el mundo escribiendo bellas obras de arte. Y a esta etapa de convalecencia espiritual y de legítima esperanza pertenecen la *Balada de la cárcel de Reading*, que empezó a escribir en Dieppe, y las dos cartas al *Daily Chronicle* sobre el deficiente reglamento de las cárceles. La prosa y el verso de Oscar Wilde aparecen aquí despojados de todo artificio decorativo, después de su calvario; y un realismo intenso, vigoroso, corre por las terribles estrofas de su macabra balada, digna de figurar en las antologías. Oscar Wilde, antes de la catástrofe, no hubiese escrito nada tan humano y tan sentido. Nunca, anteriormente, había producido en el lector, hasta ese grado, el escalofrío de la emoción. Y el cisne calló para siempre, tras de ese canto fúnebre (1).

En cuanto al hombre, renacido otra vez a la alegría del sol y de la libertad, tuvo el infortunio de caer de nuevo bajo la influencia personal que le había precipitado en el abismo y se dejó llevar a Nápoles, donde bajo el cielo azul y en una linda

(1) Oscar Wilde había escrito una obra en un acto, *La Santa Cortesana* parecida, por su forma y su estilo, a *Salomé*, pero perdió el manuscrito en un coche y sólo se conserva hoy un fragmento de dicha obra. Hizo otros proyectos dramáticos, pero no llegó a escribir ninguno.

villa, se hizo la ilusión de volver a reanudar su pasada existencia. La ilusión no duró mucho tiempo y vino a su término por falta de dinero, pero fué lo suficiente para que de nuevo brotara un clamor de hostilidad desde los *clubs* y salones de Londres y para que la sociedad, tras de haber decretado su destierro, le juzgara incorregible e indigno de compasión.

Oscar Wilde volvió a París, mas no a su París glorioso de antaño, sino a un barrio apartado donde nadie o casi nadie venía a turbar sus horas de soledad y de melancolía. Algún empresario teatral le brindó una colaboración anónima para arreglar o traducir piezas, pero hizo únicamente la revisión de dos comedias suyas, *Un marido ideal* y *La importancia de ser formal*, y publicó su *Balada de Reading Gaol*, en forma de libro, por no haber sido ésta aceptada por ningún gran período inglés.

De allí en adelante, la labor de Wilde fué exclusivamente editorial y consistió en traducciones a tanto la página, para los libreros. Por un extraño contraste al apagarse su genio creador brilló como nunca su ingenio de conversador ameno, según atestiguan varias personas que le visitaron en sus últimos tiempos. Tampoco le faltaron recursos pecuniarios, gracias a la liberalidad de algunas amistades fieles, pero Wilde se sentía ya inútil para toda eficaz labor artística. En sus días de prosperidad había dicho: «Vivir en sociedad es un aburrimiento, pero vivir fuera de ella es una tragedia». Y esa tragedia fué, a mi juicio, lo que inutilizó a Wilde. Desterrado del ambiente de aplauso y de adulación, sin auditorio para su conversación, sin escenario para sus comedias, faltóle todo interés y todo estímulo capaz de vencer su indolencia y sus desilusiones.

Sólo en las contadas ocasiones en que algún amigo fiel o admirador literario le llevaba a comer a uno de los grandes restaurants, era cuando Oscar Wilde recobraba su ingenio y su buen humor de antaño. Entonces los comensales se maravillaban del talento de este asombroso improvisador que les tenía suspensos de sus labios con alguna teoría inverosímil o les hacía reírse a carcajadas con su intencionada sátira. Fueron los últimos triunfos de Oscar Wilde y bien pequeños comparados a los anteriores.

Fuera de esto arrastraba por calles y cafés la mísera existencia del fracasado. Conoció la soledad, el malestar y muchas veces la escasez. El dinero ganado se iba rápidamente en bebidas alcohólicas donde ahogaba sus penas. Eran ya pocos los que se le acercaban tendiéndole una mano compasiva, y los jóvenes bohemios y estudiantes con quienes conversaba le trataban sin ningún respeto.

Esta existencia monótona, sin horizonte intelectual, se interrumpió dos o tres veces gratamente, para ir a Suiza y a Roma. Fueron cortos entreactos en el drama de esa vida agónica. Oscar Wilde había vuelto de nuevo al infecto Hotel d'Alsace, de la Rue des Beaux Arts, donde murió en un oscuro y mísero cuartito, con vistas a un patio interior.

En los últimos meses, dormía de día y trabajaba gran parte de la noche. Cuando cobraba érale necesario champán o licores para estimular su voluntad atrofiada. La bebida acabó por destruir su minado organismo. Enfermó y le fué practicada una pequeña operación quirúrgica, el diez de Octubre de 1900.

Se cuenta del enfermo una anécdota de un humorismo amargo que revela su ingenio hasta el final. Estaban los médicos cuchicheando aparte y preguntándose quien era el tal *Mr. Melmoth*, cómo vivía tan solo y abandonado y quién iba a pagarles los honorarios.

Y Oscar Wilde, que les había oído, murmuró, desde su cama: «¡Ah, señores!, parece que me muero excediéndome en mis medios!». ¡Trágica ironía que debió turbar un tanto a los doctores!

Pero fué breve la mejoría. Oscar Wilde volvió a levantarse y a salir, mas la implacable enemiga había ya hecho de él su presa. Padecía terribles dolores de cabeza aumentados por la irresistible necesidad de la bebida. Iba, poco a poco, debilitándose física e intelectualmente. De una febril excitación nerviosa en la que disparaba, con volubilidad, sus cuentos y sus sentencias, pasaba a un lamentable aplanamiento en que su voluntad y su corazón parecían haber naufragado. Sin duda sentía ya una corriente misteriosa arrastrándole hacia el negro abismo. Extraños presentimientos de muerte turbaban ahora su antiguo opti-

mismo. A ratos deliraba y otros lloraba como un niño. No tardó en declararse la meningitis que le llevó al sepulcro...

Pocos días antes, Oscar Wilde hizo profesión de fe católica y recibió, a petición suya, los santos sacramentos. Al borde del infinito sintió, acaso, Wilde, la ineficacia de una ironía o de una paradoja y abrazó la cruz fervorosamente.

El telón no tardó en caer sobre el infortunado protagonista de este drama, cuyos principios fueron tan brillantes y cuyo epílogo fué tan sombrío y tan desolador. Para los que le habían conocido en sus días de gloria y de triunfo, la muerte de Oscar Wilde, relatada entonces en los periódicos, debió de parecer uno de los castigos más severos que pueden imponerse a un hombre.

Sólo el dueño de la fonda y dos amigos fieles velaron, en su lecho de muerte a ese príncipe de ingenios. La agonía fué larga, inconsciente, interrumpida, durante aquellas horas angustiosas, por los gritos y quejidos que el dolor arrancaba al enfermo.

Oscar Wilde murió a las dos de la tarde, el 30 de Noviembre de 1900, y tres días después sus restos fueron conducidos hasta el cementerio de Bagneux, por los contadísimos leales que halló en su última hora.

La mayor parte de sus contemporáneos se figuraron que enterraban con él su obra y hasta el recuerdo de su persona, ¡Lamentable error! tras de breve eclipse, surgió el nombre de Oscar Wilde con un nuevo resplandor de inmortalidad, y hoy vemos que en la moderna literatura inglesa habrá habido escritores más grandes y pensadores más profundos, pero no hallaremos en ella una tan compleja personalidad, ni espíritu tan versátil, ni tan refinado gusto estético, ni mayores aptitudes para cultivar diversos géneros literarios. Entre todos los artistas de su tiempo, es el que ha rendido más fervoroso culto a la Belleza.

ALVARO ALCALÁ GALIANO.

UNA JUSTA POÉTICA

PATAGONIA

Dios nos ha dado una tierra
grande, fecunda y hermosa,
en cuyo seno reposa
tanto adalid que en la guerra
conquistó palma gloriosa.

¡Guerra sublime! Los tronos
de Europa asombrara. Hermanos
los libres americanos,
detestando ser colonos,
juraron ser ciudadanos.

¡Cuánto esfuerzo, cuánta hazaña!
¡Qué júbilo, qué victorial!
en bronce grabó la historia
la heroica pugna de España,
los timbres de nuestra gloria.

En los llanos, en los montes,
fué aquello un fiero lidiar;
Mayo su sol vió brillar

en lejanos horizontes:
no nos contuvo ni el mar.

En tu suelo ¡oh patria! sí,
aquel rayo se forjó
que la frente fulminó
del conquistador. A ti
su altiva cerviz rindió.

De nuestros guerreros, grandes
en sus empresas, pues ellas
les alzan a las estrellas,
en la cumbre de los Andes
aun están frescas las huellas.

Su corazón y su brazo
de una gran causa al servicio,
de Dios apelando al juicio,
fuéronse hasta el Chimborazo
a ofrecerse en sacrificio.

Chacabuco, Maipo, Lima,
¡Qué trofeos! La bandera
celeste y blanca, doquiera,
ya en el valle, ya en la cima,
en el fuego es la primera.

Lleva en sus pliegues envuelto
de cien pueblos el destino;
del honor marca el camino,
de que nunca atrás ha vuelto
ningún soldado argentino.

«¡Libertad! truene el cañón,
y que rompa nuestra espada
de la vil cadena odiada

hasta el último eslabón
de la tierra emancipada!»

Los tribunos así hablaron;
les responden los guerreros;
desenvainan los aceros,
y los déspotas tumbaron
a sus golpes justicieros.

Libre fué América. Fijos
tu independencia y tus lindes.
¡Oh Patria! ¿porqué hoy prescindes
de la herencia de tus hijos?
¿De ella que cuenta les rindes?

Invadido está tu suelo,
tu pabellón ultrajado,
te vulneran, te han robado
y tú imbele ¡vive el cielo!
Haz la injuria soportado!

Es que un pleito no una guerra
te trajeron; de esta vez
con estraña avilantez
el difunto al vivo entierra,
el culpable acusa al juez.

¡Bello galardón en pago,
argentinos, alcanzáis
de las glorias que ostentáis!
Se usa la fe de Cartago
mientras con Roma soñáis.

Chile... silencio!... no vamos
en nuestro orgullo ofendido
a enrostrarle un negro olvido;

sangre de héroes no cobramos
al hermano redimido

Pidámosle, sí, respete
del derecho la grandeza,
de su escudo la limpieza
y en los lindes se sujete
que le dió naturaleza.

¿Su ley no ha marcado ya
los términos de su herencia?
¿No les grita la conciencia:
la ambición tropezará
con la historia y con la ciencia?

¡Venga un árbitro! ¡Un concilio
fuera mejor! aunque es raro;
quizás cueste menos caro
el sombrero de Basilio
que la vincha de Lautaro.

Sombras augustas de Infante,
de O'Higgins, de Freire animoso,
de tanto varón virtuoso
¡Campo! que os pase adelante
cualquier domine verboso.

Vosotros, no, no supierais
abogar por la codicia;
vuestro lema fué justicia,
honor, patria ¿Qué dijerais
de artes que armó la malicia?

¿Quiérese el vuelo ensanchar
del cóndor chileno? Y bien
contentaos con lo que os den

los que os pueden regalar
pedazos de un vasto edén.

Hermanos somos; el sol
que nuestra bandera ostenta
es astro de paz que alienta;
venid y en su alto crisol
se depure la tormenta.

Más si alguna ambición fatua
de conquista o de botín
triunfa en vosotros al fin,
derribad antes la estatua
de José de San Martín.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

AL BARDO ARGENTINO CARLOS GUIDO Y SPANO

Carlos, no te moleste la llaneza
con que un bardo, de ti desconocido,
estos tercetos a escribirte empieza.

Que aunque del ruiñeñor que el tierno nido
edifica en las márgenes del Plata,
no haya jamás la inspiración sentido,

El reino de las aves se dilata
por todo el orbe, y es del bardo hermano
el bardo humilde que su voz desata,

Para cruzar cantando el oceano,
para amar y sentir en su alma tierna
todas las penas del linaje humano.

Llegó hasta mí tu poesía eterna...
¿Porqué el canto del vate generoso
va a tomar su perfume en la caserna?

¿Por qué el autor amante, delicioso,
de la tierna y llorosa paraguaya,
a un pueblo hermano lanza desdeñoso

Dardo que el alma a destrozarle vayar?
¿Por qué la mente que te dió el destino
así en lo injusto sin prudencia raya?

Tú escribiste «Al pasar», vate argentino,
encarnación de un dulce sentimiento
que brota entre las yerbas del camino.

Y hoy... con airado y belicoso acento,
empapada la pluma en sangre hirviente,
ira y rencor respira el pensamiento.

Chile es el blanco, y en tu verso ardiente,
que no inspiró ni el bien, ni la justicia,
de la batalla el vocear se siente.

Reproche tras reproche la malicia,
sin que lo sepas tú, negra amontona
y tus estrofas con su aliento vicia.

Ella, y no tú, de protector blasona,
y le recuerda a Chile un gran servicio
que Chile no negó, que antes pregona.

Grato a tan generoso sacrificio,
su gratitud en bronce eternizando,
y anticipando de la historia el juicio

Chile lo reconoce; pero dando
a aquel servicio su valor entero,
¿A qué andar el servicio publicando?

Chile en decirlo al mundo fué el primero;
mucho habéis el servicio encarecido,
¿Porqué lo encarecéis si fué sincero?

¿Y es el vate de Apolo tan querido
el que hoy pulsa frenético su lira,
teniendo entre sus manos encendido

El lanza-fuego que inventó la ira?
Ya estás bien castigado de tu falta;
contempla lo que has hecho, piensa, mira,

¿En dónde está la inspiración que esmalta
toda tu poesía? ¡Desdichado!
En vano tu alma finge que se exalta,

Ninguna Musa inspiración te ha dado;
hoy las ninfas amantes y sencillas
de ti se apartan, te han abandonado.

Tu propio numen imprudente humillas
y falto de verdad, poco severo,
tratas de diplomacia en seguidillas.

No es esta tu misión, otro sendero
guarda para tu numen el destino;
sienta mal en tus manos el acero.

No has estado feliz, te faltó el tino,
y al querer expresar el sentimiento
del noble y del leal pueblo argentino,

Las alas te faltaron y el aliento,
y en reproche pueril, tu fantasía
muestra, no la razón, el descontento.

¿Cómo pudo tu noble poesía
hablar, Carlos, de ultrajes y ladrones?
y luego, lo que nadie creería,

Al proponer un juez, que las razones
pese de las dos partes, burla amarga
en tu tintero y en tu pluma pones.

No pide un juez aquel a quien la carga
de grave falta la conciencia abrumba;
la presencia de un juez su voz embarga.

Pero basta, no quiero que mi pluma
ni tu blanca camisa a manchar vaya
de la amarga ironía con la espuma.

El cantor de la joven paraguaya
es un bardo del suelo americano,
que hoy de Tirteo su papel ensaya;

Pero es, antes que todo, un bardo hermano,
que ama el bien, la virtud y la belleza
como expresiones del progreso humano.

Retiremos los ojos con tristeza
de estas desavenencias fraternales
que mira con dolor naturaleza,

Y en lugar de aumentar tamaños males,
de tu lira se exhale paz bendita
en calorosas trovas inmortales.

Jamás te vi; más sé que tu arpa imita
el susurrar del céfiro amoroso
que la corola del jazmín agita;

Que en las noches tu acento melodioso
entona melancólicos cantares,
y que el bosque te escucha silencioso;

Que alza tu mente a la verdad altares,
que hay en tu genio lírico un pedazo
de la grandeza de los anchos mares.

Huyamos, Carlos, el odioso lazo
que el mal nos arma, y en lugar de heridas,
recibe de tu hermano un tierno abrazo,

Que yo sé que detrás de las temidas
piezas de tu armadura, existe el vate
de las canciones tiernas y sentidas,

Y un corazón que bondadoso late;
mas si quieres luchar, sea en buena hora,
pronto a luchar estoy, listo al combate:

Luchemos por el bien, y por la aurora
de la naciente libertad, luchemos
para ensalzar a la virtud que llora.

Pero, Carlos, ¡por Dios! no nos manchemos
empuñando la espada fratricida;
no a nuestros hijos tal ejemplo demos,

Y el bardo nunca, la razón perdida,
haga servir sus bélicas canciones
para romper un vínculo de vida,

Para apartar hermanos corazones,
para rendir a la pasión tributo,
y convertir la pólvora en razones.

Así todo se arregla en un minuto;
mas... ¿Quién ha de triunfar cuando el vencido
lega a su vencedor eterno luto?

¿Cuándo el hermano que venció, al herido
besa en la frente, y al cerrar los ojos,
lejos arroja el hierro maldecido,

Regando con su llanto sus despojos?
Poeta, estas estrofas que te escribo
recíbalas tu pecho sin enojos,

Que, en amor fraternal, yo no concibo
que por hallarte a tan inmensa altura
de ellas no me anunciaras el recibo.

Si, me contestarás, sin amargura,
porque eres noble y generoso y bueno,
y me dirás que has hecho una locura.

Que hoy, que tienes el ánimo sereno,
te descienes del cinto la ancha espada
de justicia y amor el pecho lleno.

¿Qué disputamos? El desierto, nada;
una tierra que pueblan tristes rocas,
jamás en las batallas conquistada,

Nunca poblada por empresas locas.
Sólo conquista el páramo el progreso
¿Por qué el progreso en tu cantar no invocas?...

Tierra nos sobra hasta tener exceso;
cabe en nuestro país la Inglaterra;
mas nos falta ser grandes, y para eso

No es el mejor camino el de la guerra:
tenemos libertad, tenemos sabios,
tenemos la labor que el mal destierra,

Y libres de ignorancia y de resabios,
grandes seremos, y al desierto mudo
dominaremos con mover los labios

Amemos, Carlos, el trabajo rudo,
y cantemos el bien, la luz, la ciencia;
triunfa del mal el pueblo más sesudo,
y es reina universal la inteligencia.

ADOLFO VALDERRAMA.

AL DOCTOR VALDERRAMA

«Si abrazo a mi rival es para ahogarle»,
el trágico francés dijo elocuente:
Valderrama, ¿pretendes imitarle?

En extraño romance, en verso afluente,
los míos ora ensalzas o deprimes,
marchito hallando el mirto de mi frente.

¿Qué sucedió si en números sublimes
antes canté, para que en un solo punto
con severo compás les desestimes?

¿Del numen tan indigno era mi asunto?
¿O en vista de nefandos proceder
darse debió cobarde por difunto?

Argentino nací; de mí no esperes
silencio vil ni complacencia infame,
que a la expresión de mi lealtad prefieres.

¿Pretendes que la paz necio proclame,
cuando la usurpación se alza orgullosa,
Y que al intruso con aplauso aclame?

Si mi lira a cantar no es poderosa,
hoy en la soledad la prefiriera
de algún indio la «quena» lamentosa.

Con ella en la eminente Cordillera
despertaría el eco adormecido,
y a los muertos acaso estremeciera

¡Cuánto bravo soldado allí tendido
por libertar tu patria que se ofende
si se menciona el hecho esclarecido!

La vida de los héroes no se vende,
y pedir gratitud es pedir poco,
a quien ama la gloria y la comprende.

Ni aun de esto hablé siquiera, y aquí invoco
tu ingenuidad, clamé por el derecho,
y tú tan cuerdo me juzgaste loco.

Supones que bullendo en ira el pecho,
insultador de un pueblo altivo, pudo
mi Musa sofocar febril despecho;

Y poniéndose al cuello un fuerte nudo
como a quien propinó letal ponzoña,
quieres deponga el yelmo y el escudo.

Laurel que se marchita no retoña,
y en vano, gentil bardo, me condenas
a humilde gaita y pastoril zampoña.

Liba su miel la abeja en las amenas
praderías, que esmaltan los floridos
citisos y las blancas azucenas;

Empero, si la hostigan atrevidos
su fanal codiciado los rapaces,
de su dardo mordaz saldrán heridos.

Gracia por los elogios que me haces
al sumergir mi fama en tu tintero,
y por tu empeño en predicar las paces

«Sienta mal en tus manos el acero»
dices, y yo por el contrario opino,
que va bien una espada a un caballero.

Mientras otro pendón que el argentino,
tremole de mi tierra en el sagrado,
me vistiera de hierro y no de lino

¿Mas qué palabra hostil he pronunciado
que tenga del insulto la aspereza,
tan sólo en la justicia abroquelado?

¿Invocar vuestra ley, vuestra grandeza
contra vosotros mismos es delito?
¿Queréis que dobleguemos la cabeza

Ante la iniquidad, cual si proscrito
fuese el pueblo de Mayo, que en cien lides
dejó su nombre con su sangre escrito?

El, Valderrama, es bueno no lo olvides,
en su cuna mecida por los vientos
supo ahogar las serpientes como Alcides.

Desafiar los contrarios elementos
de su temprana edad fué el ejercicio,
del abismo arrancando sus cimientos.

En medio de su afán o su desquicio,
entre el turbión de su tremenda historia,
se arrojó denonado al sacrificio;

pugna tenaz, domina la victoria,
asombra al mundo, a América electriza:
algo se sabe en Chile de esa gloria.

Si allí el bronce sus timbres eterniza
fuera mejor no convertir la llama
del mutuo afecto en humo y en ceniza.

No simulacros nuestro honor reclama
a quien pretende en el cercado ajeno
coger el fruto y destrozar la rama.

En copa de primor cabe el veneno;
preferible es el rústico banquete,
y que bajo el laurel se evite el trueno

para allanar los Andes, el ariete
es de cierto el progreso ¿Por qué, dime,
tal empresa a la fuerza se comete?

¡Y extrañas que mi espíritu se anime,
no como pintas, más alzando el vuelo
de la verdad a la región sublimel

¡Qué quieres! sangre ardiente de mi abuelo
corre en mis venas, del heroico Spano,
que aun espera un sepulcro en vuestro suelo;

a más, no engendra el águila al milano;
hijo soy aunque humilde, a nadie daña
decirlo, de aquel noble americano.

(Quizá lo oíste nombrar) que en la montaña
trazó la ruta al adalid famoso
por quien al bello Chile aun llora España.

¡Se imaginara el padre generoso,
que al mar lanzó el primero vuestras naves,
viniese un día, para siempre odioso,

en que asaltasen como hambrientas aves
del rudo patagón la costa brava,
por presea trayendo falsas llaves!

¿Qué nos valió que la fortuna esclava
fuese de nuestras ínclitas banderas,
si hoy nuestro propio aliado es quien socava

Las bases del derecho, y en arteras
discusiones, pretende con desplante
de un golpe suprimir las cordilleras?

¡Qué pide juez! el acto es implicate,
pues ya juzgado por sus propias leyes,
el reo se convierte en litigante

No la demanda insólita aplebeyes
diciendo: «disputamos un desierto»:
se deslindaron ya los viejos reyes.

Lo que aquí se disputa, y es lo cierto,
es la alta dignidad de un pueblo amigo
que con torpe baldón habéis cubierto.

Si en este trance a combatir conmigo
te alzas en pro de la verdad augusta,
leal corazón, te abrazo y te bendigo

eso hice yo cuando mi patria injusta
en su ímpetu marcial de sí olvidada
al hermano infeliz se mostró adusta

mas a entender que aun deba estar velada
la estatua del honor, a ruín pretexto,
puedes solo seguir en tu jornada.

Empero, no será; tu ingenio, atesto,
en claras fuentes de virtud se inspira
y ya te miro ante el poder enhiesto.

¿Qué a ti el ardid, la argucia, la mentira,
auxiliares oscuros del expolio
que la sórdida mano al fraude estira?

¿Es tu biblia, pardiez, el portafolio
de algún ministro enredador, que funda
nuevos derechos en cualquier escolio?

Chile su frente de laurel circunda;
de alto valor y de honradez antigua,
su historia en hechos clásicos abunda,

si hoy asalta al vecino y se santigua,
tú su ambición lamenta inexorable,
que grande un tiempo se tornara exigua.

Píde que el pueblo por sus labios hable,
y le verás armado a la asechanza,
tender los brazos y envainar el sable.

Demos al menos campo a la esperanza
de ver restablecido el lazo roto
de nuestra honrosa y memorable alianza.

Con tal fin, presintiendo el terremoto,
te invito, Valderrama, «sin malicia»,
a que formemos juntos este voto:

fraternidad basada en la justicia,
columnas en su templo de cien codos,
noble largueza, abnegación patricia,
cada cual en su tierra y Dios con todos.

CARLOS GUIDO Y SPANO.

MUJERES ANTES QUE HOMBRES

La pluma que en estos momentos se mueve sobre el papel, no está asistida, en la materia que se propone tratar, por experiencia personal larga ni breve; no está sostenida por los fuertes soportes de científicas disciplinas; no aportará un solo dato estadístico, ni exclusivamente local, ni comparativo entre distintos países, para sostener su tesis. Este será un pequeño escrito *impresionista*, en interés de la pobre humanidad; unas líneas sentimentales, digámoslo así; no de almibarada ternura, sino de sentimiento hondo, acaso áspero.

Y ved lo que se me ocurre.

Desde tiempo inmemorial se ocupan filósofos, poetas—serios poetas—profetas, santos, pedagogos, legisladores, con plausible intención, en formar *hombres*, moralmente considerados. La especie se ha multiplicado asombrosamente: no sé cuántas millonadas de seres vistieron antes (después de otros trajes menos recatadores) los airoso gregüescos, y visten hoy los cómodos pantalones. Y algo se ha logrado. A la naturaleza, que no dió más que el tipo biológico luchador, se le ha devuelto el agricultor, el industrial, el mecánico, el artista, etc., etc.; pero ¿se ha llegado a la meta final, al hombre perfectamente equilibrado, apto para padre de familia, para formar otros hombres con idénticas excelentes disposiciones? Yo creo que no; que entre esas millonadas de seres cubiertos con el serio traje masculino, apenas habrá algunas que realicen al *hombre*, tal como ha exis-

tido en la idealidad de los que por esa hermosa realización han sacrificado reposo, haciendas, vida.

¿Por qué ha pasado y pasa esto? Algún detalle de origen, descuidado por pequeño (pequeño en apariencia), es acaso la fuente oculta del mal. Pienso que los educadores—los de cátedra, los de libros, los de establecimientos docentes—han procedido siempre a la manera de un escultor inspiradísimo, pero loco y arrebatado, que, desdeñando la humilde arcilla y deslumbrado ante el bloque de resplandeciente mármol, confiando todo a su genio, con cincel y martillo en mano, le ataque despiadado pidiéndole los divinos contornos que en su mente se levantan y brillan ante sus ojos... ante los ojos de su espíritu, pues los que de pupilas están dotados no contemplan más que descabros, cortes absurdos, la ruina del espléndido mineral... en tanto que la arcilla, olvidada, menospreciada en un rincón, si pudiera sonreíría melancólicamente contemplando a su insensato despreciador y, si pudiera, le diría: «Por otros hombres fué solicitado mi auxilio y surgieron Laoconte, Venus, Minerva»...

La arcilla descuidada hasta ahora, menospreciada por los reformadores, ha sido—claro está ya—la mujer. ¡Formar hombres, sin formar al mismo tiempo, y aun antes, mujeres! Tal ha sido el absurdo. Y ella, inconscientemente (como lo hace todo) se venga, infiltrando su insuficiencia, sus arrebatos pueriles, su ceguedad intelectual, con la pura leche de su generoso seno, en la médula del cuerpo y del alma, ¡por los siglos de los siglos!

Han existido grandes excepciones: el mundo ha contemplado con asombro y respeto profundos—si es que ellas mismas no se han obscurecido voluntariamente—*self-made-women*, como dirían ingleses, y de esas maravillosas cepas han brotado, en muchos casos, demostrando la importancia de la madre, los hombres que han dado la norma, el modelo viviente del *hombre*. Y, sin llegar a tales excelsitudes, han existido mujeres que sin preparación artificial adecuada, sino por haberlas dotado la naturaleza de recto juicio y clara inteligencia, han resultado excelentes directoras de familia.

Yo no soy quién pueda decir: «Hombres: reformad la escuela,

los establecimientos docentes todos, para las que un día han de ser mujeres; y hacedlo de esta y de esta otra manera». Pero sí os digo: «Reformadlos. No veáis en la niña la eterna niña. Ved con ojos previsores la madre futura, que en vosotros mismos ha de influir. Poned en sus manos, como ponéis en las de los niños—que seguramente no son todos, ni aun en su mayoría, prodigios de inteligencia—serios libros... Las primeras generaciones se os dormirán con esos libros ante los ojos, porque la pereza ancestral del intelecto femenino es ya terriblemente secular. No desmayéis por eso, que después, poco a poco, permanecerán abiertos por más tiempo los lindos ojos, hechos ahora únicamente a las dulces miradas, y por último se fijarán—no lo dudéis—ávidos y aun deleitados, en lo que hoy les haría cerrarse».

*
* *

No se crea, por lo que diciendo voy, que abogo por las carreras universitarias para la mujer. Eso está ya obtenido, y por cierto—triste es confesarlo—con resultados bien mezquinos. Las reformas mayores que yo anhelo, sin excluir naturalmente las ya indicadas, son reformas de costumbres domésticas y sociales. Reformas, las domésticas, que por su carácter privativo no están sujetas a leyes ni a reglamentos, que discretamente han de ir propagándose y que libremente han de ser aceptadas o no; pero que pudiera llegar un día en que la costumbre las impusiese con *blando rigor*. Y no se tenga esta frase por paradójica. El grande escritor Manzoni, lamentando una vez la muerte de un hijo, escribía a un amigo: «Dios me ha visitado con *severa misericordia*». Blando y fuerte es a la vez el imperio de la costumbre. La presión con que arrastra es rígida; pero todos creen marchar por libérrimo impulso, y de ahí precisamente su casi incontrastable poderío.

La costumbre es ahora, y ha sido siempre, rodear a la mujer, desde la cuna hasta el sepulcro, como en conjura de amor—no seré yo quien diga lo contrario—de frivolidad. Y si yo ahora, compadecida de la pobre víctima a quien se envenena a fuerza de sabrosísimos bombones, fijándome en uno de ellos,

en el primero que se presenta a su goloso apetito, dijese: «Me parece bien que las muñecas sean suprimidas», sería mirada como un monstruo de corazón seco y se atribuiría la extravagancia—que tal había de parecer esa idea—a que no hay niñas en mi hogar; como si todas las palabras y todas las acciones hubiesen de ser dictadas siempre por lo que en casa tenemos y nos conviene. ¡Como si la mujer necesitase, para abrigar sentimientos maternos, que en ella se haya operado el acto fisiológico! Pues bien, yo lo digo: las muñecas son la avanzada de la formidable, implacable frivolidad, que ha de poner cerco y ha de tomar el cerebro de la mujer. Ciertamente que son encantadoras las niñas jugando con sus muñecas *a las madres*; pero es el caso que después siguen jugando con sus hijas *a las muñecas*... carne de su carne y hueso de sus huesos.

Vienen después los trajes de moiganga: el de la primera comunión, el de los duelos y el de alegrías marcados a fecha fija en el calendario, el de los desposorios, etc., etc. Desde temprano se la hace pintora, se pone una diminuta paleta en sus manos, y es su fresco rostro, que merced a tales procedimientos dejará muy prestamente de ser fresco, la tela donde ha de pintar. Y va subiendo de tal manera el colorido, a medida que la piel se mancha, que a veces hay que desviar la vista, temiendo que ante una mirada severa, o simplemente asombrada, pueda el carmín del rubor asomar rompiendo la capa del advenedizo... Si es que ese rubor no se ha escapado en alas de los vaporesos, levísimos trajes femeninos en boga, al palacio aquel de los cuentos de magia, del cual se advertía a los viajeros «Irás y no volverás».

Y a propósito de cuentos, ved ahí un delicioso bombón para la infancia, desprovisto de veneno en sus entrañas. Los consejos que embebecidos escuchamos en la *edad de oro*, como la llamó Martí, han solido ser inicios en literatura, sano abono primitivo en bien agradecidos terrenos.

Las reformas domésticas y sociales que han de arrancar a la mujer—arrancarla suavemente, nada de violencias—a ese ambiente viciado de eterna puericia, son, lo comprendo muy bien, más difíciles de implantar en nuestro país y en otros de condi-

ciones climatológicas iguales, mucho más difíciles que en otros de zonas más despiadadas. El trópico ardiente, con su potencia madurativa que precipita el crecimiento, se levanta como ingente escollo e impide que la mujer tenga espacio suficiente para prepararse a no ser junto al esposo una ciega amparada de un lazarillo. La maternidad se impone muy tempranamente, y la niña pasa del umbral de la escuela, por sendero brevísimo, cubierto de rosas y en estado sonambúlico, al umbral de la casa conyugal, donde su influencia en la prole ha de ser poderosísima; como que está esa influencia amasada de amor, de abnegación, de sacrificios, cuyo recuerdo indeleblemente se graba y determina claudicaciones, siquiera sean aparentes, en gravísimos cuidados de conciencia, hasta en edades avanzadas del que era un párvulo cuando recibió la impresión.

La pareja está mentalmente desnivelada. El hombre sabe mucho o sabe algo; la mujer, generalmente, nada sabe, o sabe absurdos; y sobre aquellas cabezas, hermosa la una, con hermosura fugaz acaso, vigorosa la otra, empiezan a caer, apenas recibido el primer fruto, finos copos de nieve, que tienden a convertirse en manto amortajador de almas. En la mayoría de los casos, felizmente, la bondad de ambos cónyuges amortigua el soplo helado y conserva tibio el hogar, ante el cual ha de agruparse la prole, en torno de la conductora ciega con su hastiado lazarillo.

A propósito de ignorancias femeninas, recuerdo el asombro de una joven de muy despejada inteligencia, y culta según el patrón corriente, al descubrir, por una conversación que sosteníamos, que las estrellas errantes no son ¡verdaderas estrellas que caen sobre la tierra! El asombro entonces pasó a ser mío, asombro que disimulé para no lastimar a la pobre víctima de rutinarios métodos educativos; rutinarios y de tan escaso poder de adhesión dotados, que, sujeto en la memoria lo que inculcan con el flojo pegamento de ajena voluntad, se desprenden, apenas soplan vientos de autoposesión, con el primer beso del esposo o con la primera caricia del niño nacido en el hogar.

¿Estará el remedio de tanto mal en dar excesiva cultura a hombres y mujeres, o, por lo menos, toda la que sus indivi-

duales cabezas pueden soportar sin daño físico? No parece estar en eso.

París, centro de tanta cultura, ofrece en su historia literaria numerosos matrimonios entre privilegiados por su mentalidad: literatos ellos, literatas ellas, con nombres rivales en las letras y que ya vienen en ocasiones de los progenitores. ¿Verdad que es hermoso? ¡Cuán felices deben de ser, elevados ambos sobre el nivel común, videntes de muchas cosas por venir que el vulgo ignora, orgullosos el uno del otro, con hijos destinados a recibir la doble y valiosísima herencia! Pues nada. No se ha observado eso en la práctica. Las uniones, por regla general, han resultado efímeras, y la prole, no habiendo sido capaz de mantener el lazo, habrá sufrido el desgarramiento de éste, la dispersión trascendental producida por el estallido fulminante de la pólvora pasional!

No es, por tanto, garantía del éxito la excesiva cultura. Quizás al cuidarse de ella con fervoroso ahinco, se ha descuidado la moral, el carácter, en igual proporción. Quizás el ejemplo hogareño no habrá sido fortificante.

¿Remedio? ¿Consejo? Quizás sea el remedio no hacerse la ilusión de que basta fortificar al hombre para hacerle apto por el carácter para todos los empeños de la vida. Quizás sea fortificar también a la mujer en conocimientos útiles y lucrativos, y en la moral pura, es decir, en la moral sostenida por la razón de que es buena, nada más que por su esencia de bondad, sin excitar a ejercerla por medio de interesadoras sanciones... a largos plazos, sin andamios más o menos apolillados. Fortificarla, porque está muy débil, muy histérica, y la familia la necesita fuerte, serena, responsable.

.....
¡Perdón, oh lectores, por esta ilusión de reformadora!

AURELIA CASTILLO DE GONZÁLEZ.

(De *Cuba Contemporánea*).

UNA PÁGINA DE HISTORIA DIPLOMÁTICA

(Continuación)

Con la misma fecha de la separación, el Presidente de Colombia decía cablegráficamente al presidente del Senado americano:

«Excelencia: el Gobierno y el pueblo de Colombia han sido dolorosamente sorprendidos con la notificación hecha por el Ministro de los Estados Unidos de América, de que el Gobierno de Washington se apresuró a reconocer el Gobierno surgido de un golpe de cuartel en el departamento de Panamá. Los vínculos de amistad sincera y nunca interrumpida entre los dos Gobiernos y los dos pueblos; el compromiso solemne contraído por la Unión Americana, en tratado público, de garantizar la propiedad y la soberanía de Colombia en el Istmo de Panamá; la protección de que han gozado y seguirán gozando entre nosotros los ciudadanos de ese país; las tradicionales doctrinas del Gobierno americano en contra de movimientos separatistas; la buena fe que ha caracterizado a ese gran pueblo en sus relaciones internacionales; la manera cómo se ha efectuado la rebelión y lo festinado del reconocimiento, hacen esperar al Gobierno y al pueblo de Colombia que el Senado y el pueblo de los Estados Unidos reconocerán el derecho que nos asiste para mantener la integridad del territorio y reprimir aquella insurrección, que no es siquiera resultado de un sentimiento po-

pular. Colombia apela en demanda de justicia a la dignidad y honradez del Senado y pueblo americano.—*Marroquín.*»

Ignoro la respuesta dada a esa comunicación y, desgraciadamente, si no me equivoco, no existe.

Había pasado el período en que podían ser de alguna eficacia las invocaciones a la «amistad sincera y nunca interrumpida entre los dos Gobiernos y los dos pueblos y a las tradicionales doctrinas del pueblo americano» a que con conmovedora aflicción aludía el anciano Presidente en su exposición al inmutable Senado de la Unión.

Había llegado, en cambio, el momento de los hechos sin rectificación, que suelen ejecutar los pueblos fuertes y que disponen de las influencias exteriores que les dan la potencia y la organización internas.

Esos hechos, desarrollados con rapidez desconcertante y escalonados con sólida regularidad, son éstos: el 4 de Noviembre, el cónsul de los Estados Unidos en Panamá recibía la siguiente comunicación del comité separatista:

«Tenemos el honor de informar a usted para su conocimiento y el del Gobierno que representa, que en este día se ha verificado un movimiento político por el cual el departamento de Panamá se ha separado de la República de Colombia con el fin de constituir un nuevo Estado, bajo el nombre de República de Panamá, y que los infrascritos han tenido el honor de ser designados para formar el comité del Gobierno provisional de la República.»

El día 6, el secretario de Estado de la Unión Americana decía al cónsul en Panamá:

«Cuando usted esté persuadido de que un Gobierno de hecho, republicano en la forma y sin substancial oposición de su pueblo, se ha establecido en el Estado de Panamá, entrará usted en relaciones con él, como Gobierno responsable del territorio y lo considerará como tal para toda acción relativa a la protección de las personas y de las propiedades de los ciudadanos de los Estados Unidos, y para mantener abierto el tránsito ístmico,

de acuerdo con las obligaciones de los tratados existentes sobre las relaciones de los Estados Unidos con ese territorio.»

El mismo día 6, el Batallón Tiradores, desembarcado el 2 en Colón, era reembarcado para Cartagena, de donde había venido.

El 6, aun, Mr. Hay decía cablegráficamente a Mr. Beaupré, Ministro americano en Bogotá:

«Habiendo disuelto el pueblo de Panamá, mediante un movimiento aparentemente unánime sus vínculos políticos con la República de Colombia y reasumido su independencia y habiendo adoptado un Gobierno propio en la forma republicana, con el cual ha entrado en relaciones el Gobierno de los Estados Unidos, el Presidente, de acuerdo con los lazos de amistad que tan largo tiempo y tan felizmente han existido entre las respectivas naciones, recomienda muy encarecidamente a los Gobiernos de Colombia y Panamá el arreglo pacífico de las cuestiones que los dividen y hace presente que está obligado, no sólo por las estipulaciones de los tratados, sino también por los intereses de la civilización, a velar porque no sea interrumpida por una constante sucesión de guerras civiles innecesarias y desastrosas el tráfico pacífico del mundo al través del Istmo de Panamá.—Hay.»

En nota de 12 de Noviembre de 1903, el Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia, señor Rico, decía al representante americano en Bogotá «que el reconocimiento por parte de los Estados Unidos de la independencia del Istmo de Panamá era contraria a la letra y al espíritu del tratado de 1846 y proponía someter ese punto a la decisión de una tercera potencia o al Tribunal de Arbitramiento de La Haya».

Realizada la separación, Colombia haría de la argumentación transcrita la base de una vigorosa defensa jurídica; pero sin recursos materiales en que apoyarla. Hoy como ayer, el derecho necesita recursos efectivos para hacerse respetar, saliendo del sentimentalismo teórico.

El tratado de amistad de 1848, celebrado entre los Estados Unidos y Colombia, no fué, con motivo de la separación de Panamá, motivo de una observancia muy rigurosa. En efecto, la parte final del artículo 35 de ese pacto dice así:

«Para seguridad del goce tranquilo y constante de estas ventajas y en especial compensación de ellas y de los favores adquiridos, según los artículos 4.º, 5.º y 6.º de este tratado, los Estados Unidos garantizan positiva y eficazmente a la Nueva Granada, por la presente estipulación, la perfecta neutralidad del mencionado Istmo, con la mira de que en ningún tiempo, existiendo este tratado, sea interrumpido ni embarazado el libre tránsito de uno a otro mar; y, por consiguiente, garantizan de la misma manera los derechos de soberanía y propiedad que la Nueva Granada tiene y posee sobre dicho territorio.»

Puede repetirse, pues, en vista de esa estipulación, tan clara y concreta, que el tratado de 1848 no fué motivo de cuidados minuciosos ni mucho menos.

Evidente parece también que ese Departamento, súbitamente constituido en República independiente, fué reconocido, como para protegerlo al nacer, en una forma extraña a las prácticas que se observan sobre la materia. Son muchos, en efecto, los tratadistas que estiman que el «reconocimiento, sin ser un acto de hostilidad, puede revestir, según los casos, el carácter de un apoyo moral, motivo de serios incidentes diplomáticos».

La Inglaterra no aceptó la independencia de los Estados Unidos sino en el Tratado de Versalles, de 1873, y la Holanda no reconoció hasta 1839 la independencia de la Bélgica, efectuada en 1831.

Colombia acusaba, pues, a los Estados Unidos de haber reconocido inmediatamente a Panamá y la nota del Canciller Colombiano, del 11 de Noviembre de 1903, terminaba así: «Me prometo que el Gobierno de V. E. quiera considerar y aplicar a Colombia las doctrinas sentadas por el Secretario de Estado en la guerra de secesión (el Canciller Colombiano recordaba lo dicho por Adams en 1861: «Cuando tiene lugar una insurrección contra el Gobierno de un Estado, el primer deber de los Gobiernos que viven en paz y amistad con aquél, es abstenerse cuidadosamente de todo acto que pueda tener la más mínima influencia en el resultado de la lucha) no oponiéndose a que use esta República de su derecho para someter a los rebeldes y absteniéndose igualmente de reconocerles el carácter de beligeran-

tes, como lo exigió de grandes potencias respecto del movimiento separatista más extendido, más fuerte y mejor organizado en la forma de Gobierno civil de que hay ejemplo en la historia».

«El inmediato reconocimiento del Gobierno de Panamá por los Estados Unidos, entrando en relaciones con él, casi coexistió con el acto inicial del movimiento separatista; y semejante circunstancia, agravada con la de que ese reconocimiento es violatorio del tratado de 1846, obliga al Gobierno de Colombia a protestar, como lo hace de la manera más solemne y enérgica, contra esa medida, y a considerar que su amistad con el de V. E. ha llegado a un grado tal de perturbación, que no es posible continuar las relaciones diplomáticas sino en el caso de que el Gobierno de V. E. manifieste que su intención no es impedirle al de Colombia el sometimiento del Istmo ni la de reconocer la beligerancia a los rebeldes.»

El Ministro norteamericano contestó el 14 del mismo mes de Diciembre:

«Cúmpleme asimismo informar a V. E. que acabo de recibir instrucciones telegráficas de mi Gobierno en el sentido de que no se juzga oportuno («desirable») permitir que desembarquen tropas colombianas en el Istmo, por cuanto ello precipitaría la guerra civil e interrumpiría por tiempo indefinido el libre tránsito que mi Gobierno está obligado a proteger.»

Consignaba esa respuesta, seca y terminante, toda la base de la defensa yanqui: la necesidad del libre tránsito ístmico.

Colombia acusaba a la Unión de haber violado el tratado de 1846, según el cual (artículo 35) «los Estados Unidos garantizan positiva y eficazmente a la Nueva Granada por la presente estipulación, la perfecta neutralidad del ya mencionado Istmo, con la mira de que en ningún tiempo, existiendo este tratado, sea interrumpido ni embarazado el libre tránsito de uno a otro mar».

La habilidad, servida por la fuerza, de que venía echando mano Mr. Hay, comprendiendo que, basada en el artículo 35

del tratado de 1848, no podría menos que ser muy vigorosa la defensa del país desmembrado, resolvió disputar a Colombia el verdadero espíritu de ese mismo artículo 35 y no tardó, en efecto, en decir con arrogancia que, precisamente, era ese tratado de 1848, el que obligaba al Gobierno de los Estados Unidos a mantener el libre tránsito de uno a otro mar.

V.—La situación general

Los sucesos documentados se desarrollaban en medio de una situación deplorable para este país batallador y generoso y cuya historia es atrayente hasta la seducción: acababa de atravesar el camino de sangre de una guerra de tres años que todo lo había removido o estenuado.

La prolongada agitación había muerto o aniquilado las industrias y los individuos empobrecidos se acercan al Gobierno, lo que no tardaría en hacer de éste un poder sin contrapeso.

Mas, pues, que el Gobierno mismo, bien intencionado en muchos casos, son las circunstancias las generadoras de ese fenómeno que, inevitablemente, hará fácil un período de fuerza después de otro de anarquía.

El papel moneda había caído más bajo que los «asignados» franceses; en cada provincia o campamento fabricábanse a destajo billetes de todos los tipos; la administración pública, sin unidad ni cohesión, presentaba un tipo diverso en cada departamento y el Ejército, valeroso y sufrido, era extraño a la organización militar moderna.

Parecía imposible fundar Gobierno alguno, fuese del tipo que fuere, sobre semejante estado general.

Se había ensayado todo—decía en 1909 un ex-Ministro de Estado; ex-Plenipotenciario y ex-Presidente de la Asamblea Nacional,—se había ensayado todo en Colombia: República central, República federal; República mixta, Constituciones libérrimas como las de 1832, 1853 y 1863, constituciones autoritarias, eminentemente conservadoras, como las de 1843 y 1866; Constituciones templadas o moderadas como las de 1830 y 1858; período presidencial de dos, de cuatro y de seis años;

sufragio universal y sufragio restringido. Elecciones directas y elecciones indirectas y de segundo término; Patronato, divorcio de Roma y Concordato; libertad industrial y monopolios; expansión y restricción del principio de autoridad y del de libertad; ampliación y limitación de las garantías sociales; anarquía organizada y despotismo organizado; parlamentarismo absoluto y autoritarismo casi autocrático; la República, en fin, en todas sus formas y la democracia en todos sus derivados y conjugaciones. «Bolivianos, (1) santanderistas, ministeriales, conservadores, liberales, centralistas, federalistas, gólgotas, (2) dracorianos, radicales, doctrinarios, guerristas, históricos y nacionalistas, los partidos todos habían tomado puesto en los recintos del Gobierno y dirigido los destinos del país. Y ni las constituciones, ni los sistemas, ni los partidos, ni los círculos, ni los civiles ni los militares pudieron durante 80 años ni establecer el orden ni asegurar la libertad ni garantizar la propiedad ni procurar el bienestar y el progreso de la República» (3).

Tal era la situación en que se hallaba Colombia al ser acusada por los Estados Unidos de «entorpecer los destinos de la civilización».

El primero de esos pueblos es tipo de los organismos colectivos en que entran, preponderantemente, los factores prácticos y positivos. Comprendiendo que el momento actual es ante todo económico, sustenta un concepto realista de la vida de hoy. No es integral su desarrollo; carecerá de arte y tradición y en muchos sentidos estará empezando su evolución, lo que no hace al caso tratándose de sus doctrinas y actuaciones internacionales.

Una civilización de materialidad lleva a términos de fuerza y el provecho propio puede fácilmente excluir la conveniencia de los demás.

En efecto, los Estados Unidos confrontan muchos de sus pro-

(1) Denominábanse así a los partidarios de Bolívar.

(2) Nombre con que se distinguía a cierto grupo liberal avanzado, más inclinado a lo ideal que a la realidad del momento en que actuaba.

(3) Quijano Wallis.

blemas premunidos de la fuerza abrumadora derivada de su desarrollo interno. El caso de Panamá no sería una excepción.

Colombia trataba con hombres, surgidos de un esfuerzo laborioso y afortunado, poco propensos al sentimentalismo y en cuya política exterior, rudamente franca, hay no sé qué parecido evidente con el ingeniero imperturbable que clava con solidez, cerca del abismo, sus rieles de acero.

Los Estados Unidos, algunos de cuyos publicistas hablan del derecho de expropiación sobre las razas incompetentes, vieron en aquello del Istmo un camino más que era necesario abrir cuanto antes, porque tanto en el Extremo Oriente como en los países del Pacífico, creen contar con un vasto campo donde esparcir sus productos.

Colombia acababa, pues, de atravesarse con altivez en el camino del más rudamente sajón de los grandes pueblos.

Asombrada y clamorosa ante el desastre, Colombia va a intentar un último recurso teórico: va a mandar a Washington, en misión de peregrinos con hambre y sed de justicia a cuatro servidores distinguidos.

El 9 de Noviembre de 1903, el Gobierno de Bogotá nombraba al general Rafael Reyes, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario en los Estados Unidos de América, en misión especial ante la Casa Blanca. Lo acompañaban en el carácter de consejeros los señores Pedro Nel Ospina, Jorge Holguín y Lucas Caballero. Generales los cuatro, representaba cada cual un matiz diverso de la actividad política colombiana.

La parte sustancial de las instrucciones dadas al general Reyes decía así:

.....

«La misión tiene por objeto manifestar al Gobierno de los Estados Unidos que el de Colombia está dispuesto a reanudar las negociaciones sobre apertura del canal interoceánico, como se lo ha manifestado ya por medio del Encargado de Negocios señor Herrán; y así lo declarará que es el objeto especial de la misión.»

.....

«Todo compromiso que contraiga US. debe ser comunicado al Gobierno, y esperará la respuesta antes de firmarlo.

«Con todo si US., de acuerdo con los Comisionados (quienes con US. estarán en mejores condiciones que el Gobierno para apreciar todas las circunstancias) no encontraren otro medio de salvar la integridad de la República que firmar el Tratado que propongan los Estados Unidos, el Gobierno, que confía plenamente en la competencia y en el patriotismo de los señores comisionados, los autoriza para firmarlo, con la condición expresa de que será sometido a la aprobación del Cuerpo Legislativo.»

Entre tanto, el 13 de Noviembre, «el Presidente de los Estados Unidos de América reconoció a la República de Panamá y recibió formalmente a su Ministro Plenipotenciario». (*Nota de 18 de Noviembre de 1903, del Representante Norteamericano en Bogotá al Ministro de Relaciones Exteriores de Colombia*).

El 18 del mismo mes, el Representante de la nueva República (reconocida ya, según entiendo, por Francia, Inglaterra y Alemania) firmaba en Washington un Tratado que cedía definitivamente a los Estados Unidos una zona de diez millas a través del Istmo. (Tratado Hay-Bunan Varilla).

El General Reyes, evidentemente, no desconocía la importancia al parecer irrevocable de esos hechos (los conoció momentos después de salir de Bogotá).

El 19 de Noviembre, el nuevo enviado y su comitiva, a bordo del *Canadá*, eran detenidos a tres millas de Colón, donde el vapor que los conducía fué minuciosamente inspeccionado por un oficial del Almirante Coghlan. «Convencido éste de que no iban tropas colombianas en el *Canadá* le permitió seguir su marcha para atracar en Colón, en el muelle de la Compañía Transatlántica francesa, lo que hizo a las cinco y media de la tarde». (*Memoria del General Reyes a su Gobierno*).

En respuesta a un telegrama en que el Jefe de la Embajada avisaba al Gobierno de Panamá su llegada y preguntaba si podría entrar a la ciudad, «para el desempeño de la misión pacífica y amistosa» de que era portador, se le contestó que con ese objeto se había nombrado ya una comisión de cinco personas.

El 20 de Noviembre se presentaron, en efecto, a bordo del *Canadá* los señores Tomás Arias, Constantino Arosemena, Francisco Zubieta, Nicanor Obarrio y Carlos Mendoza, encargados de conferenciar con el General Reyes y sus acompañantes.

Como era de esperarse, en esta Conferencia no se llegó a resultado alguno, quedando de hecho rotas las negociaciones.

La acta respectiva dice:

«En la ciudad de Colón, a bordo del vapor *Canadá*, y a los veintidós días del mes de Noviembre de mil novecientos tres, se reunieron los señores generales D. Jorge Holguín, D. Pedro Nel Ospina y D. Lucas Caballero, comisionados del señor General D. Rafael Reyes, jefe de la Misión nombrada por el Gobierno de la República de Colombia, por una parte; y D. Tomás Arias, miembro de la Junta del Gobierno provisional de la República de Panamá, que fué proclamada el cuatro de los corrientes; D. Carlos A. Mendoza, Ministro de Justicia; D. Nicanor A. de Obarrio, Ministro de Guerra y Marina; D. Constantino Arosemena y D. Antonio Zubieta, comisionados por la mencionada Junta de Gobierno Provisional, por la otra parte, para procurar una inteligencia que dé satisfactoria solución a la situación creada por aquella proclamación y el movimiento que la originó. Exhibidas las credenciales de su cargo por los Comisionados del Representante del Excmo. Señor Vicepresidente, Encargado del Poder Ejecutivo de la República de Colombia, y habiendo cambiado ideas con los comisionados de la República de Panamá, respecto a la presente situación del Istmo en relación con la Metrópoli, el objeto de la conferencia se concretó por el señor General D. Jorge Holguín por medio de la siguiente interrogación: ¿Existe en concepto de ustedes algún medio honorable al alcance del Gobierno de Colombia para evitar la separación definitiva del Istmo? Los señores Representantes de la Junta de Gobierno Provisional de la República de Panamá declararon que la separación del Istmo de la nacionalidad colombiana es un hecho irrevocable, que tiene la sanción unánime de los pueblos del Istmo y ha sido reconocida por las potencias de este Continente y de Europa, y que en su concepto no existe medio alguno que pueda

retrotraer las cosas al estado que tenían antes. En el curso de la entrevista se expresó por los señores comisionados de la República de Colombia que su Gobierno y pueblos están dispuestos a hacer a Panamá las más liberales concesiones a fin de mantener la integridad nacional; y por su lado los señores comisionados de la República de Panamá manifestaron con la más honda pena que hacen la declaración de que no existe manera alguna de que Panamá torne a formar parte integrante de la República de Colombia, si bien los istmeños conservan todo afecto a los colombianos y anhelan porque reconocida por Colombia la República de Panamá, se negocie el establecimiento de relaciones fraternales entre los dos países. De todo lo cual se deja constancia en la presente acta por duplicado y que firman los individuos que concurrieron a la conferencia.—(Firmados).—*Jorge Holguín*.—*Pedro Nel Ospina*.—*Lucas Caballero*.—*Tomás Arias*.—*Carlos Mendoza*.—*Nicanor A. de Obarrio*.—*Constantino Arosemena*.—*Antonio Zubieta*.»

Conocedor el General Reyes de lo que había pasado en esa conferencia, «larga, animada, no exenta de recriminaciones y por todo extremo penosa» (*Memorial del General Reyes dando cuenta de su misión*), dirigió al Almirante Coghlan una nota en la cual le decía: «.....Colombia dispone de fuerzas incontrastables para dominar toda rebelión en esta de sus secciones, una de las menos pobladas de las que la componen. Y por último también debe ser sabido por S. E. que apenas se ha cumplido el tiempo físicamente preciso para allegar fuerzas del interior a las costas en cantidad más que suficiente para conservar la soberanía que la República de Colombia está dispuesta a sostener. Con estos antecedentes y en ejercicio de su derecho perfecto, el Gobierno de Colombia manifiesta a los representantes de los Estados Unidos que al emprender el recobro de uno de sus departamentos, cosa a que tiene la más sagrada e irrevocable de las justicias, en manera alguna impedirá ni menos atacará el tráfico interoceánico, ni las líneas férreas y las ciudades terminales; que los desembarcos de sus fuerzas los hará lejos de la zona en que se halla la vía interoceánica; que cumplirá estrictamente sus pactos con los Estados Unidos

y que se haya dispuesto a todo acuerdo militar que asegure mejor la neutralidad de la línea férrea y las ciudades de Colón y Panamá, mientras duren las operaciones bélicas entre colombianos. De mi parte, después de estas manifestaciones, me permito preguntar a S. E. cuál es la zona dentro de la cual los Estados Unidos se creen con el derecho de impedir el desembarco de fuerzas colombianas».

Media hora después de recibir la comunicación transcrita en su parte más sustantiva, el Almirante contestó:

«*Noviembre 20 1903.*—General Reyes.—Colón.—Dear Sir.—Your note of this day has been received and will be transmitted to mi Government through the Commander in Chief of the Pacific Squadron. In replito the question in the last paragraph, y may say that our present orders are to prevent the landing of men with hostile intent within the limits of the State of Panamá. Very respect fully yours.—*J. B. Coghlan.*»

TRADUCCIÓN

«General Reyes.—Colón.—20 de Noviembre de 1903.—Estimado señor:—Acuso recibo de su nota de esta misma fecha, la que remitiré a mi Gobierno por medio del Comandante de la escuadrilla del Pacífico. En contestación a la pregunta del último párrafo, digo a usted que mis instrucciones son de impedir el desembarco de hombres que lleguen con intenciones hostiles dentro de los límites del Estado de Panamá.—Soy de usted respetuoso servidor.—*J. B. Coghlan.*»

E. RODRÍGUEZ MENDOZA.

(Continuará)

BIBLIOGRAFÍA

Ch. Nordmann.—*Le canon qui bombarde Paris*.—*Revue des Deux Mondes*, 15 de Abril de 1918.

Es menester remontarse a la época del último paso del cometa de Halley, hace ya ocho años, que parecen ocho siglos, para encontrar un fenómeno científico comparable por su interés y las controversias que ha suscitado, al bombardeo prodigioso de París por un cañón de largo alcance. Y en esa época, cuya dulzura pacífica y descolorida apreciamos solamente ahora, la sensibilidad pública estaba virgen de las fuertes emociones que hoy la han templado y fortalecido.

Y, no obstante, lo cierto es que una enorme estupefacción, una curiosidad que no dejaba lugar casi para ningún otro sentimiento, se apoderaron de los parisienses cuando el comunicado oficial—forma ultramoderna de la verdad revelada—les anunció que proyectiles de un cañón alemán habían estallado en la capital. Esto pareció a todo el mundo *enorme* como habría dicho Flaubert. El asombro fué general. Lo sintió el público, lo sintieron, quizás con más fuerza, muchos especialistas en el arma de artillería. Y lo más maravilloso en todo esto, fué precisamente este asombro de muchos artilleros. Vamos, en efecto, a demostrar que no hay en este cañón nada de misterioso, nada que no se expli-

que sencillamente (sin necesidad de recurrir a hipótesis absurdas), con el auxilio de datos, no sólo reales, sino también muy antiguos.

Desde el punto de vista psicológico, desde el punto de vista de esa ofensiva moral, que forma parte del arsenal estratégico enemigo, el sentimiento dominante que provocó este fenómeno balístico fué la curiosidad y no el terror que esperaban los alemanes. Habría mucho que decir sobre este aspecto psicológico del problema; pero ello no cabe en el asunto que me propongo dilucidar, que es puramente técnico. Con todo, ciertas reflexiones que sugiere el cálculo de las probabilidades, a las cuales no se ha prestado suficiente atención, no estarán demás aquí. Ellas contribuirán a fortalecer la calma, por lo demás, en general, muy grande, de la población parisiense y a frustrar las esperanzas del enemigo que, al bombardear a la capital, seguramente quiso enervar y debilitar a París, corazón y centro nervioso del país. Las observaciones siguientes se refieren a los bombardeos hechos por Gotha y a los efectuados por el cañón monstruo:

Cuando se oye hablar de diez, de veinte muertos, se siente una impresión muy viva. En realidad, por más dolorosa y digna de respeto que sea una sola muerte inocente causada por la barbarie enemiga—esos diez o

veinte muertos significan muy poco, si se razona—no con los nervios, sino con guarismos, si se considera lo que los álgebristas llaman razones y proporciones.

Veinte muertos en una población de tres millones de habitantes representa tan sólo el uno por ciento cincuenta mil. ¿Y qué significa esto? Lisa y llanamente que toda vez que París es bombardeado, cada parisiense tiene menos razón para asustarse que si habitara una ciudad de ciento cincuenta mil almas, donde el bombardeo no pudiera producir sino una sola víctima.

Las víctimas de los bombardeos son mucho menos numerosas que las que diariamente ocasionan los accidentes callejeros. Menos numerosas aun que las que ocasionan las medidas adoptadas para precaverse del mismo bombardeo. Me refiero a las pulmonías, bronquitis y otras enfermedades morales que se cogen en cuevas húmedas y heladas o al abandonar en trajes muy ligeros el lecho cuando se anuncia un bombardeo.

Al decir estas cosas, *a priori* paradojales y casi chocantes, no pretendo revelarme contra las precauciones recomendadas por la policía, que cada cual es muy dueño de observar. Quiero solamente manifestar que el peligro que se corre es extremadamente débil y no justifica en manera alguna el pánico.

Dejando establecido que sería caer torpemente en el lazo tendido por el enemigo exagerar los peligros del bombardeo, provenga él de gothas o del famoso cañón, me corresponde averiguar cómo es ese cañón, cómo ha sido fabricado y por qué ha causado tanto asombro.

Todo lo que se ha dicho para explicar la llegada de las famosas granadas es extraordinario: en los cafés, en las salas de redacción, en las oficinas administrativas—sacadas por un momento de su dulce somnolencia—y en las cuevas—estos modernísimos salones—no se ha hablado de otra cosa. Hasta se llegó a olvidar la ofensiva alemana de que depende la suerte del mundo. No

quiero creer que los parisienses procedieron en esta ocasión como los niños a quienes un juguete cualquiera hace olvidar el drama más horrible. Prefiero creer que al olvidar la batalla por el cañón obedecían instintivamente al sentimiento de pudor que impone a las lenguas una silenciosa espectación mientras los brazos ejecutan en el campo de batalla acciones inmortales.

Al lado de lo que se ha dicho del *cañón*, no es nada lo que se ha escrito durante estos quince días y sin embargo la tarea de reunirlos, de leerlos, de criticarlos, desesperaría a un bibliógrafo alemán. Los diarios más serios han publicado al respecto hipótesis descabelladas, nunca la más loca fantasía ha ideado explicaciones más fantásticas para satisfacer la pública curiosidad.

Me ocuparé solamente de algunas, de las más serias de estas fantásticas hipótesis. Creían algunos que las granadas habían sido lanzadas en pleno día por aviones enemigos hábilmente disimulados. Aun suponiendo que los aviones hubieran logrado escapar a la vigilancia de los aeroplanos franceses que no cesan de revolotear sobre la capital, ¿cómo explicarse que el enemigo hubiera lanzado proyectiles tan poco eficaces? En efecto, los fragmentos recogidos comprueban que se trataba de proyectiles de paredes muy gruesas y, en consecuencia, de escasa eficacia en razón de que no podían contener sino poca cantidad de materias explosivas. Sabido es, además, que los aviones tienen un radio de acción muy limitado y que ese radio disminuye a medida que aumenta el peso de las sustancias que el avión transporta. ¿Cómo entonces suponer que los alemanes hubieran cargado sus aviones con proyectiles que por sus gruesas paredes podían contener poca cantidad de explosivos y por su gran peso limitaban el radio de acción de los mismos aviones? Pero lo que vino a dar un golpe de muerte a esta hipótesis fué el examen de los sitios de caída de los proyectiles. Demostró

ese examen que los proyectiles habían caído lateralmente y tenían todos el mismo punto de partida. Estos hechos excluían en absoluto el origen zenital de las granadas y manifestaban que ellas procedían de un punto lejano y más o menos fijo.

Procediendo, así, por eliminación, se llegó a establecer que no podía tratarse sino de un proyectil lanzado desde las mismas líneas enemigas.

Se supuso, para explicar este alcance de 120 kilómetros (tal es la distancia entre el *cañón* y París), que el obús que salía de la pieza era un gran proyectil que contenía en su parte delantera otro más pequeño. El más grande haría, respecto del segundo, el papel de un cañón. En un punto dado de la trayectoria del doble proyectil, estallaría, gracias a una espoleta de tiempo, una pequeña carga de pólvora colocada en la trasera del proyectil pequeño que daría a éste un impulso hacia adelante. Es la teoría del *obus-gigogne* (por analogía con el juguete llamado *mère-gigogne*) o mejor dicho, del obús-cañón. Numerosas razones me inclinan a rechazar como inadmisibles esta hipótesis, principalmente porque en parte alguna se han encontrado vestigios del cañón grande, del cañón propulsor. Además, el tiro sería mucho menos preciso y experimentaría desvíos más considerables que los que se han observado entre los diversos puntos en que han caído los proyectiles. Esos desvíos serían mucho mayores porque el proyectil completo, como todos los proyectiles alargados, sufriría movimientos de oscilación extensos y frecuentes sobre el eje de la trayectoria, movimiento que se acrecentarían en el momento de desprenderse el proyectil delantero.

Por motivos análogos no puedo aceptar tan poco la hipótesis del obús espoleta propulsor. Se sabe que las espoletas de los fuegos de artificio y de las que se emplean como señales en la pirotécnica militar son dirigidos por la reacción de una car-

ga de pólvora que se enciende en la parte trasera del mecanismo. Algunos han supuesto que un procedimiento semejante se emplearía en los proyectiles lanzados por el gran *cañón*. Pero, a más de que con este procedimiento la dispersión de los puntos de caída de los disparos sería muy grande, la reconstitución de los proyectiles, que se ha hecho en París con fragmentos que de ellos se han recogido, prueba que la parte de atrás del obús es plana y no tiene aparato alguno como el que se supone.

Esa reconstitución prueba igualmente lo absurdo de la hipótesis del obús auto-propulsor, especie de torpedo aéreo automotriz. La gran velocidad del proyectil es incompatible con dicha hipótesis.

No vale la pena de ocuparse de otras suposiciones, mucho menos serias aun.

Sólo queda en pie la idea de que los obuses caídos en la región parisiense fueron realmente disparados por un cañón del mismo calibre que ellos desde las líneas enemigas. Ese calibre parece ser de 210 milímetros y no de 240, como se supuso en el primer momento.

Si abandonamos el dominio de estas hipótesis, un poco fantásticas, podemos, con datos ciertos, tratar de reconstituir la realidad.

Si no hubiese atmósfera al rededor del pequeño globo, que se llama la tierra, al cual el cañón de la gravedad imprime una trayectoria elíptica, disparar a 120 kilómetros de distancia sería desde hace mucho tiempo un juego. En efecto, el alcance de todos los cañones, sin ese obstáculo de la resistencia del aire, se multiplicaría fácilmente. En tal caso, el alcance dependería exclusivamente de la velocidad inicial de los obuses, cualesquiera que fuesen su peso y su forma, y del ángulo de tiro. El alcance tendría su más alto valor cuando ese ángulo fuera igual a 45° . Puedo indicar un medio sencillo y mecánico para conocer cuál sería el alcance máximo, dentro de cualquiera velocidad inicial: el alcance

máximo, si no hubiera atmósfera, sería poco más o menos dado en kilómetros por el cuadrado de la velocidad inicial expresado en hectómetros. Así para una velocidad inicial de seiscientos metros, cosa corriente, el alcance sería de 36 kilómetros; sería de 28 kilómetros, el triple de la realidad, para nuestro cañón de 75; de 81 kilómetros para la velocidad inicial de 900 metros, frecuentemente realizada por grandes piezas marinas; de 144 kilómetros para la velocidad inicial de 1,200 metros por segundo, que se ha alcanzado en ciertas piezas de marina (la de 65 milímetros especial) de calibre mediano.

Desgraciadamente interviene la resistencia del aire y trastorna completamente esta bella simplicidad de las cosas. No sólo reduce mucho el alcance de todos los cañones, sino que lo reduce desigualmente, según sean la velocidad inicial, la forma del proyectil, su calibre y su peso. Tiene una acción retardatriz que aumenta a medida que la velocidad se debilita.

La forma del proyectil tiene mucha influencia en su mayor o menor facilidad para vencer la resistencia del aire. Por eso se ha tratado de dar a los obuses una forma cilindro-ojival; por eso también se ha mejorado la balística del fusil, dando a la bala actual de nuestro Lebel, bala D, la forma de un cilindro truncado por una ojiva en sus dos extremos. Todos los beligerantes estudian la manera de dar esa forma bi-ojival a los obuses. Era, pues, de creerse que esa forma tuvieran los proyectiles caídos en París. No es así, sin embargo: tienen un culote enteramente plano, sobre el cual está interiormente atornillada la espoleta. En cambio, el Director del Laboratorio Municipal de París, Mr. King, ha comprobado que la parte delantera de los proyectiles está revestida de una camisa de fierro batido tan alargada que dobla casi el largo del proyectil, y cuya forma ha debido ser estudiada con el objeto de permitirle vencer mejor la resistencia aérea.

¿Oculta esa camisa en sus costa-

dos misteriosos algún dispositivo que permita a la granada deslizarse mejor por el aire? No lo creo porque no se han encontrado vestigios de él y porque, como va a verse, es innecesario buscar hipótesis sin fundamento para explicarlo todo.

La prensa ha hablado a este respecto del dispositivo estudiado entre nosotros, desde hace algún tiempo, por el ruso Chilowski y que consiste en crear, delante del proyectil, con la ayuda de una espoleta especial, una capa de gases calientes que él arrastra consigo y al través de la cual se mueve. Por este medio, a primera vista bastante extraño, se ha logrado, con gran asombro de los especialistas, alcanzar aumentos notables para proyectiles y velocidades iniciales determinados. Pero creo firmemente que los alemanes no han empleado un procedimiento semejante, porque, al haberlo usado, se habrían encontrado rastros de él y, sobre todo, porque en su tiro sobre París no necesitaban vencer la resistencia del aire, ya que ésta, prácticamente, no existía en la mayor parte de la trayectoria.

Cuando, hace dos años, los alemanes dispararon sobre Dunkerque desde 38 kilómetros de distancia obuses de 380, se dijo, en el primer momento, que eso era imposible. Pronto las imposibilidades teóricas cedieron el paso a las posibilidades prácticas. No se tardó en reconocer que el bombardeo de Dunkerque estaba en perfecto acuerdo con el cálculo, pues la balística—como todas las teorías—sabe adaptarse con maravillosa flexibilidad, aun a los hechos más imprevistos. En efecto, antecedentes anteriores de la balística habrían perfectamente permitido explicarse el bombardeo de Dunkerque. Para realizarlo bastaba un cañón grande de marina, instalarlo en tierra sobre una cureña especial e inclinarlo sobre el horizonte unos 45° más o menos. Su alcance se explicaba así fácilmente. Correspondía a la velocidad inicial de los grandes proyectiles de 380, que es superior a 800 metros por segundo.

Para obtener este resultado bastó hacer tiros curvos con piezas de grueso calibre y gran velocidad inicial, en tanto que antes se acostumbraba utilizar las grandes velocidades iniciales de cañones largos para el tiro rasante y los obuseros de débiles velocidades iniciales para los tiros curvos. En otros términos, se disparó con cañones largos, considerándolos como obuseros.

¿Por qué este procedimiento, no obstante su sencillez, no fué utilizado por nosotros, ni repetido por el enemigo? Porque un tiro de esta naturaleza no podía dar otro resultado que alcances enormes; pero de una completa imprecisión. Es evidente, en efecto, que disparar desde 38 kilómetros de distancia sobre un objetivo militar, como un acorazado, un fuerte, un ferrocarril, un campamento, un depósito de municiones, una acumulación de hombres, es una imposibilidad práctica porque la enorme distancia impide alcanzar objetivos de dimensiones tan reducidas.

Si los alemanes se decidieron a hacer tiros de esa naturaleza fué precisamente porque ellos se cuidaban poco de que el objetivo fuera o no militar. Ellos querían alcanzar con sus disparos a Dunkerque, en cualquiera parte de la ciudad, aunque no fuese en sus obras vivas militares, y la empresa era fácil tratándose de una ciudad que tiene muchos kilómetros de extensión.

En una palabra, la nobleza de la concepción ingenuamente caballeresca que la Francia tenía de la guerra, hizo que sus artilleros no se preocuparan del tiro curvo a grandes distancias. Así se explica—lo digo sin ninguna ironía,—que en nuestros cursos clásicos de balística, antes de la guerra, se estudiara el tiro rasante de gran velocidad y el curvo de velocidad débil y se prescindiera casi totalmente del tiro curvo de gran velocidad, por considerarlo, cito textualmente «por felicidad mucho menos interesante en la práctica».

En este terreno inexplorado o poco explorado, trabajaron los ale-

manes para bombardear primero a Dunkerque y en seguida a París.

Pero Dunkerque estaba a 38 kilómetros y París a 120, más del triple.

El tiro sobre Dunkerque se hizo con un gran cañón que disparaba con el ángulo del alcance máximo. Para bombardear a París se necesitaba, pues, recurrir a procedimientos nuevos ¿cuáles fueron esos procedimientos? El día mismo en que cayeron en París las primeras granadas de 210, yo lancé la hipótesis de que los alemanes habían, simplemente, recurrido a velocidades iniciales mucho más grandes que la que producen los cañones de 380, con el objeto de que el proyectil saliera a una gran altura e hiciera la mayor parte de su trayectoria por capas muy rareficadas de la atmósfera, donde la resistencia del aire es casi nula. Esta hipótesis, que insinué con desconfianza, ha sido confirmada hoy por nuestros mismos adversarios. El general alemán Rhone, especialista, desde hace tiempo conocido, en materias de artillería, acaba de publicar en la *Gazette de Voss*, algunos datos técnicos sobre el bombardeo de París, que confirman netamente mi hipótesis, la que ha sido ya aceptada por la gran mayoría de los especialistas.

Teóricamente, la altura máxima de la trayectoria correspondiente a un alcance de 120 kilómetros, debe ser de 30 kilómetros. Tal es, pues, más o menos, la altura alcanzada por el proyectil que cayó sobre París. Y como la extensión que ese proyectil recorrió es de 200 kilómetros, aproximadamente, se infiere que la mayor parte de su trayectoria la hizo en una atmósfera muy rareficada.

Si se considera exacta la fórmula de Laplace sobre la densidad del aire a alturas diferentes, resulta que la resistencia del aire a 18 kilómetros no es siquiera la centésima parte de la que ofrece al nivel del suelo, y a 30 kilómetros de altura es, por lo menos, mil quinientas veces más débil que a ese mismo nivel. El obús que viene desde 120 kilómetros de

distancia recorre, en consecuencia, la mayor parte de su trayectoria a través de un aire cuya resistencia e influencia retardatriz son prácticamente nulas. Calcular esta influencia con exactitud es casi imposible, ya que ignoramos la disminución de la densidad del aire a algunas decenas de kilómetros del nivel del suelo. A esas alturas, la balística es casi una astronomía.

Lo importante es, pues, que el proyectil tenga una velocidad inicial suficiente para atravesar muy rápidamente las capas bajas de la atmósfera y alcanzar, tan luego como sea posible, aquellas en que seguirá prácticamente la misma trayectoria que en el vacío.

Nos faltan datos precisos sobre la velocidad inicial del cañón de 380 que bombardeó a Dunkerque. ¿Está más cerca de los 800 metros por segundo que de los 900? Supongámonle para fijar las ideas, un valor intermedio de 850 metros, que es, más o menos, la velocidad inicial de los grandes cañones de los últimos acorazados ingleses construídos poco antes de la guerra. Su alcance teórico, en tales condiciones, sería, pues, de 72 kilómetros. En el hecho es de más de la mitad de esa cifra.

Si se aumenta la velocidad inicial, se aumenta también la resistencia del aire en la partida y a la llegada; pero, en cambio, se disminuye mucho en la parte mas larga y alta de la trayectoria. Admitamos, para simplificar, que esas dos acciones se compensen aproximadamente y que el alcance real se cuadruple cuando se dobla la velocidad inicial. Tendríamos entonces, en igualdad de circunstancias, que para dar al cañón de 380 un alcance de 120 kilómetros, necesitaríamos imprimirle una velocidad inicial de 1,500 metros más o menos. En realidad nos bastaría darle una velocidad mucho menor, pues de las dos acciones antagónicas a que acabamos de referirnos, la rarefacción del aire en la altura, es, con mucho, la más importante. Probablemente bastaría una velocidad inicial de 1,300 a 1,400

metros por segundo. Pero las piezas de 380 no están construídas para poder soportar las presiones de tales velocidades iniciales.

Los alemanes resolvieron este aspecto del problema con diversos expedientes: adoptaron un cañón de calibre más pequeño (el de 210 milímetros) y lo revistieron de un cañón más grande—seguramente de 380—y así obtuvieron un tubo más sólido, seguro y capaz de resistir presiones de más fuerza.

Por otra parte la velocidad inicial depende en gran parte del largo del cañón en relación con su calibre. Ese largo, antes escaso a causa de la imperfección de la pólvora negra, ha podido poco a poco aumentarse (salvo en los obuseros y en los morteros) y hoy normalmente llega a 50 o 60 calibres en las piezas marítimas. Este resultado se ha obtenido, merced a las pólvoras piroxiladas que pueden ser preparadas en paquetes separados que se desflagran progresivamente a medida que el proyectil se aleja de la boca del cañón y terminan de quemarse cuando ya ha salido de él. Si el 210 de que hemos hablado ha sido revestido, embutido mejor dicho, en un 380, tendrá más o menos cien calibres de largo, lo que le dará una gran velocidad inicial.

Por último, en la construcción misma del obús, los alemanes han realizado (como lo comprueban los fragmentos que de él se han recogido) una idea desde largo tiempo experimentada en Francia, y que, contribuyendo a aumentar su velocidad inicial, facilita su ascensión rápida a las capas atmosféricas rarefichas: el rayado previo del proyectil en el acero de su superficie exterior.

Haremos, antes de terminar, algunas observaciones sobre la eficacia de los obuses que caen en la región parisense. Se ha establecido que, en igualdad de circunstancias, esos proyectiles son mucho menos eficaces que la más pequeña bomba de un avión. Ello se debe a que están menos cargados de explosivos, a causa del grueso que ha sido necesario

dar a sus paredes para que puedan resistir a la percusión formidable del golpe de partida y al peligro de un estallido centrífugo ocasionado por su rápida rotación.

Algunos se asombran de que a 120 kilómetros de distancia se pueda asestar un tiro a París. El hecho se explica fácilmente si se recuerda que París tiene, más o menos, diez kilómetros de diámetro. No es precisamente lo mismo asestar a un objetivo de 10 kilómetros de diámetro desde una distancia de 120 kilómetros que a otro de 10 metros desde 120 metros; pero la dificultad no debe ser enormemente más grande.

Todos los elementos de la trayectoria han debido ser calculados por los artilleros del cañón monstruo en experiencias preliminares, que seguramente se hicieron en las landas desiertas, que tanto abundan en la Alemania del norte. Las principales causas exteriores de la irregularidad en el tiro provienen de las variaciones atmosféricas. Estas tienen evidentemente que ser determinadas antes de cada tiro, siguiendo el procedimiento clásico, esto es, por medio de una pieza auxiliar sobre un objetivo auxiliar visible. Esas causas perturbadoras, por lo demás, sólo producen sus efectos en el principio y al fin de la trayectoria y deben ser prácticamente nulas en la mayor extensión de ella, donde no hay aire ni viento y donde la temperatura es uniforme.

Así se explica que, a tal distancia, un tiro que, hecho en las capas bajas de la atmosfera, no habría tenido seguridad alguna, sea relativamente preciso.

S.

Sir Albert H. Markham.—*The Life of Sir Clements R. Markham.*—London. John Murray Albemarle Street W.—1907, 384 págs. incluyendo un índice.

Este libro contiene una detallada biografía del célebre americanista y presidente de la Sociedad Geográfica de Londres, Markham, tan conocido por sus viajes y trabajos sobre

el Perú y el Imperio de los Incas y por la traducción de muchos de los primitivos cronistas americanos para la sociedad de Hakluyt.

Damos en seguida la traducción de algunos párrafos referentes a Chile y a un personaje chileno, el Prebendado don Francisco de Paula Taforó, en cuya compañía viajó por la Sierra del Perú.

«El día 15 de Diciembre de 1844, después de un viaje bastante accidentado y tempestuoso, *H. M. S. Collingwood* ancló en la bahía de Valparaíso. La tripulación se sentía feliz con la expectativa de un verdadero descanso, después del turbulento mes pasado en alta mar. Al llegar, el almirante Seymour asumió el mando de la estación del Pacífico.

Valparaíso en aquellos días era, como es aún, el principal puerto de mar de la República de Chile. Posee una bahía bastante buena para anclar, excepto cuando sopla un fuerte viento del Norte; entonces, invariablemente, los buques tienen que salir a alta mar a capear el temporal. Una gruesa marejada en la bahía, indica, por lo general, la aproximación de estos temporales, lo cual es aviso suficiente para que todos los buques anclados allí salgan con tiempo a alta mar. La excesiva profundidad del agua en la bahía es uno de los principales inconvenientes para anclar en ella.

La ciudad está hermosamente situada a lo largo de la costa, le sirve de fondo la lejana cordillera de los Andes, sobre cuyo cordón se eleva, destacándose blanco de nieve, el pico de Aconcagua. La montaña más baja, llamada la Campana de Quillota (y cuya forma es muy semejante a la del Monte Aconcagua), ocupa la distancia media. Las rocas que bordean la bahía arrancan bruscamente del mar, y la ciudad tiene la apariencia de hallarse anidada en la base de ellas.

Detrás de la ciudad hay tres cerros, muy frecuentados por nuestros marineros cuando bajan con licencia a tierra, los cuales son llamados por ellos, Palo de Trinquete, Palo Ma-

yor y Palo de Mesana. Están literalmente cubiertos de cantinas donde expendien grog, lo cual tal vez explica el atractivo que tienen para los marineros.

Cuando Markham estuvo en Valparaíso, la ciudad estaba llena con el recuerdo de Lord Cochrane. En 1821, con una pequeña escuadra especialmente organizada por él, y bajo su inmediata dirección, paralizó los movimientos del Virrey Español en Lima, asegurando así, la independencia de Chile. Muchos de los oficiales de Lord Cochrane contrajeron matrimonio con chilenas y se establecieron en el país. A este hecho puede atribuirse el que muchas y distinguidas familias chilenas lleven apellidos ingleses, tales como Williams, Edwards, Simpson y Lynch. El contratista, proveedor de víveres del *Collingwood*, y de muchos otros buques de guerra inglesa durante su estadía en la bahía de Valparaíso, era un escocés llamado Macfarlane, que había sido proveedor de víveres de Lord Crochrane, de quien decía Markham «que era un espléndido sujeto, pero que sus galletas sólo podían ser roídas por los bordes, pues su interior era como piedra».

La estadía del buque en Valparaíso era bien aprovechada. Los guarda-marinas tenían bastante licencia, de la cual gozaban ampliamente, y Markham que era un favorito universal era frecuentemente llevado a tierra por alguno de los oficiales de guerra. Los tenientes Quin y Peel eran especialmente bondadosos con él, a este respecto, y en toda ocasión le demostraban la mayor benevolencia.

Mientras tanto, en el buque se procedía a una completa reparación de todos los desperfectos sufridos durante el viaje.

El 13 de Enero, los Seymour, que habían alquilado una buena casa en la ciudad, abandonaron el buque, con gran pesar de toda la oficialidad, y diez días después, el *Collingwood* levó ancla con rumbo a Arica. El Almirante izó su insignia en el *Cormorant* (una balandra a vapor)

con el fin de visitar todos los puertos intermedios entre Valparaíso y Arica.

Después de rápidas visitas a diferentes lugares de la costa occidental, el buque regresó a Valparaíso, donde el Almirante había dejado su familia. Markham fué invitado a pasar una semana en casa de ellos, lo que él aceptó con intensa alegría. Resultó una semana agradabilísima. El mismo dice: «Era encantador, estando tan lejos de Inglaterra, encontrarse en un hogar inglés, verdadero hogar en todas sus comodidades y asociaciones y donde todos eran amables y buenos». Los días pasaron sin sentir. Acompañaba a las damas a todos sus paseos y trababa amistad con familias chilenas. Entre las personas que entonces conoció se encontraba la prima-dona, Signorina Rossi, cuya amistad cultivó mientras estuvo en el puerto, como también varios miembros de la compañía de ópera que actuaba en Valparaíso.

El Almirante y oficialidad del *Collingwood* dieron un gran baile, del cual hace una prolija descripción en su diario. «Nada comparable, escribe, se había visto jamás a bordo de un buque de guerra, ni en Valparaíso ni en ninguna otra parte. Era una verdadera escena de encantamiento».

Después de permanecer quince días en Valparaíso regresaron al Callao, en cuyo puerto fondearon el 7 de Mayo de 1845.

.....

Encontrándose Markham en una ocasión como a 100 millas de Ayacucho, fué alcanzado en su camino por un doctor Taforó, celoso y popular misionero a quien había conocido en Ayacucho, y como ambos iban al Cuzco, resolvieron viajar juntos. Tan popular era este buen hombre, que, según cuenta Markham, el viaje de ahí en adelante, fué una especie de marcha triunfal; al aproximarse a cada población, los habitantes corrían a anunciar su llegada y al llegar al pueblo la gente se

aglomeraba al rededor de ellos, ansiosos todos de besar la mano al digno sacerdote, o aun de tocar el borde de sus vestidos.

Markham estaba encantado y se consideraba feliz de haber encontrado en su camino tan interesante compañero de viaje. En el pueblo de Huancarama encontraron amable hospitalidad en la casa de una viuda con tres hijas, a pesar de estar éstas en grande aflicción por la desaparición misteriosa del marido y padre. Se presumía que había encontrado la muerte cayendo en un precipicio.

Después de la comida fueron conducidos a su dormitorio. La cama del doctor Taforó ocupaba un rincón de la pieza y la de Markham el opuesto.

En el silencio de la noche, Markham fué despertado por un ruido extraño en el aposento. La luz radiante de la luna que penetraba en éste, le permitió ver claramente la figura de un hombre de rostro cadavérico, que, con un poncho echado sobre los hombros se deslizaba por la pieza. Al mismo tiempo pudo ver al doctor Taforó que sentado en la cama señalaba con el índice la aparición y pronunciaba palabras que parecían ser un exorcismo a las cuales mezclaba preces del Servicio de Difuntos...!

Ni una sílaba dijo Markham aquella noche, pero a la mañana siguiente pidió a su compañero una explicación de la extraña escena que había presenciado. Se le explicó parcamente, que la viuda se había quejado de que aquel aposento era visitado por una aparición, motivo por el cual él había solicitado ocuparlo aquella noche. «El fantasma no volverá más», añadió de manera significativa. No se habló más del incidente, pero Markham, pensó, no sin razón, que en semejantes circunstancias, él habría optado por dormir en la terraza!

Partieron de Huancarama el 15 de Marzo, e hicieron una parte del camino acompañado del Cura y nu-

meras personas que las escoltaban a caballo.

Una multitud de lindas muchachas se alineaba a ambos lados del camino, las cuales, al pasar, los cubrían literalmente con rosas y preciosas flores. En los diferentes puntos en los cuales se detuvieron, la predicación del doctor Taforó despertaba inmenso entusiasmo, pues se le consideraba casi un santo, un representante de San Francisco, un apóstol!

Continuaron su viaje ascendiendo escarpados cerros o descendiendo por ásperas gradientes y caminos en zig-zag, hasta que llegaron al turbulento río Apurímac, que se precipita con estrépito entre las poderosas barreras que lo encauzaban. Cruzaron por un puente de cimbra de 150 pies de largo, suspendido a 300 pies de altura sobre el espumoso río. El espectáculo era maravilloso. Las elevadísimas cordilleras se levantan a ambos lados, casi perpendiculares, las olas del río se estrellan contra su base, puliendo sus flancos de tal manera, que ni una brizna de pasto puede arraigar en ellos. La estrata de las rocas corre en marcadas líneas en un ángulo de 70 grados. Desde el puente siguieron por un empinado sendero hasta llegar al pueblo de Mollepata, donde les hicieron una recepción principesca. Las muchachas de nuevo los cubrieron de rosas, el camino estaba adornado con sartenes de monedas, y una comisión de doce personalidades del pueblo salió a caballo a encontrarlos y ofrecerles hospitalidad. En la tarde, el doctor Taforó predicó en la iglesia, despertando inmenso entusiasmo.

A la mañana siguiente atravesaron los valles y llanos destinados al cultivo del azúcar, los jardines y huertos frutales y los sembrados de hortalizas. Al día siguiente, Markham visitó el antiguo palacio Inca de Limatambo, edificado en un bellísimo punto, desde el cual se domina todo el valle. El interior del palacio había sido utilizado como huerto frutal.

En seguida penetraron a la inmensa pampa de Surite, donde se peleó la gran batalla que determinó la supremacía de los Incas. Aquí también se efectuó la derrota y captura de Gonzalo Pizarro. En seguida avanzaron por caminos pantanosos y vieron retardado su progreso por una violenta tempestad de truenos acompañada de copiosa lluvia. Lo que no es infrecuente en regiones montañosas, la tempestad pronto se calmó, las nubes se disiparon y apareció la luna con radiante brillo. En el momento mismo en que ellos llegaban a la cúspide de la montaña, los rayos luminosos bañaban por completo a la ciudad de Cuzco, extendida a sus pies.

Por fin llegaban al término de su largo viaje, la meta estaba a la vista, y el cansancio, sinsabores y ansiedades, todo fué olvidado ante la realización de una esperanza tan ardientemente acariciada durante tanto tiempo.

Era completamente de noche cuando penetraron a la ciudad, poco después de las 8 P. M., el día 20 de Marzo de 1853. El viaje desde Lima, una distancia de más de 300 millas, había sido hecho al través del país más montañoso del mundo. Markham y su compañero fueron recibidos bajo el hospitalario techo del general don Manuel de la Guarda, quien los esperaba desde algún tiempo.

Después de una excelente comida, a la cual, sin duda, los viajeros hicieron plena justicia, Markham fué conducido a un cómodo dormitorio, donde durmió doce horas sin interrupción. Ni aun la aparición del fantasma de Huancarama habría perturbado su descanso!

Pronto Markham se dedicó a explorar y viajar y después de treinta y cuatro días de provechosas aunque fatigosas excursiones regresó al Cuzco. Al encontrarse de nuevo con Taforó, ambos tuvieron mucho que contarse. Durante la ausencia de Markham, Taforó había hecho todos los preparativos para un viaje a Arequipa y el regreso a Lima. Había resuelto volver con Markham a Li-

ma, en compañía del Dr. La Puerta, quien con su hija Victoria se dirigía a dicha ciudad a desempeñar el cargo de Ministro de la Corte Suprema, con don Manuel Novoa y tres jóvenes que regresaban al colegio en Lima. La partida era numerosa y prometía ser alegre.

Markham regresó al Cuzco el día 16 de Mayo y la partida se fijó para el 18, de manera que no dispuso de mucho tiempo para despedirse de los numerosos amigos que con tanto cariño lo habían recibido y agasajado. Dejaba también el zenith de sus sueños, la ciudad de los Hijos del Sol, el corazón de la historia y la tradición incaica. Fué, pues, con rostro triste y el corazón oprimido que dirigió su última mirada a la Ciudad Encantada antes de volverse para seguir a sus compañeros.

Al salir del Cuzco, la cabalgata se componía de 22 mulas. Pasaron el gran lago de Yungasaca, y alojaron esa noche en la pequeña ciudad de Yanaoca, probablemente la ciudad situada a mayor altura en el mundo, pues se encuentra a 14,250 pies sobre el nivel del mar. Está situada en el centro de un gran plateau empastado, en el cual pastaban llamas y alpacas. Poco después llegaron a una serie de aun más elevados planos, los que se veían cubiertos de manadas de graciosas vicuñas. Una noche escogieron como lugar de descanso la pequeña ciudad de Langui, la que interesaba históricamente a Markham por haber sido el sitio donde Yupac Amaru y su familia fueron tomados prisioneros y conducidos al Cuzco para ser torturados a muerte. Al cerrar la tarde, se encontraban a orillas del lago Yungasaca; las olas rompían a sus pies y el agua azul se extendía por millas de distancia hacia las lejanas montañas. Un cielo luminoso completaba la belleza del paisaje.

Después de tres días de viaje, llegaron a la ciudad de Ocururo, en los afuera del departamento del Cuzco. Este fué el último punto donde debían ver a los habitantes ataviados con el pintoresco traje indígena.

Desde allí, un escarpado sendero cubierto de nieve los condujo hasta un paso, cuya cima se encuentra a 17,740 pies sobre el nivel del mar. Aquella noche alojaron en la posta de Kumihuasi, considerado el sitio más elevado del mundo en que existe una habitación humana, pues está a mucho mayor altura que la cima del monte Blanco. El frío era intenso, todos los torrentes de la montaña estaban congelados y eran inmensas las dificultades para cocinar, pero a pesar de todo, los ánimos no decaían, y mientras ascendían los peligrosos senderos de la montaña o descendían por hondonadas que eran casi precipicios, todos se distraían cantando canciones en diferentes idiomas. La distancia que diariamente recorrían, fluctuaba entre 25 y 30 millas, según las etapas entre los lugares de descanso y, naturalmente, según el tiempo. Con frecuencia, el refugio para la noche era una choza desmantelada, pero como llevaban abundantes provisiones, estaban siempre seguros en este sentido.

Desde aquí prosiguieron rumbo al Sur, camino de Arequipa. El siguiente extracto del diario de Markham dará alguna idea de este viaje. «Por fin llegamos a dos chozas de piedra situadas en un gran corral cerrado por muralla también de piedra, lo que constituía la posta de Ayavirini. Victoria (la única dama de la comitiva) se demostró enérgica y resistente hasta el fin, a pesar del frío intenso. En cuanto llegamos, saltó de su mula, le soltó la cincha y se dedicó a procurarse los medios para organizar una comida. Había ahí un solo habitante, quien juró por todos los santos que no encontraríamos allí nada que comer. Por fin, uno de los nuestros descubrió en la otra choza una pequeña puerta tapiada con piedras. Procedimos a descubrirla y nuestro esfuerzo fué premiado con un hallazgo de papas, leña y una cantidad de cueros de llama. Dos de los de nuestra comitiva se habían desmayado. Muy pronto tuvimos un hermoso fuego y

las papas estaban en vías de hacer un hervido irlandés, sin carne. Bajo la vigilancia de Victoria y uno de nuestros compañeros, la comida prometía ser bastante buena; sin embargo, el doctor La Puerta mostraba un ceño duro y aun el doctor Taforó estaba filósofo y poco alegre, pues las mulas con el equipaje y provisiones habían quedado muy atrás. Respecto a camas, nos acomodamos lo mejor que pudimos con los cueros de llamas. Estábamos rendidos de cansancio y dormimos muy bien».

Esta era más o menos, la rutina diaria. Partían entre 7 y 8 de la mañana, después de desayunar y se detenían durante una hora, al medio día, para dar descanso a las mulas y almorzar. La noche se pasaba en la primera choza que encontraban, entre 6 y 11 P. M.

De aquí en adelante, el camino se convierte en un descenso gradual, la nieve comenzó a desaparecer y la temperatura se hacía sensiblemente más cálida. Elevadísimos cactus se proyectaban a ambos lados del camino y rústicas flores daban brillo al hasta aquí, árido paisaje. El día 28, de Mayo divisaron por fin el monte Misti, el altísimo pico volcánico que domina la ciudad de Arequipa. En forma, dimensiones e interés legendario, es este para el Perú lo que el Fujiyama para el Japón. En la tarde del día siguiente penetraron a la ciudad, felices de poder cambiar las desazones incidentales a un viaje semejante por las comodidades de la civilización. Markham fué el huésped de una familia llamada Landazuriz que habitaba una hermosa villa, rodeada de bellísimos jardines, situada en la parte alta de la ciudad. El resto de la comitiva se dirigió a sus diferentes puntos de destino.

En Arequipa Markham gozó de un bien merecido descanso, durante el cual hizo todos los preparativos para su viaje de regreso a la patria.

Durante el viaje desde Cuzco había observado que el mulero que traía el Dr. La Puerta, era un hombre digno de toda confianza que se

preocupaba sin cesar del buen trato y comodidad de los animales encomendados a sus cuidados; por lo tanto, le regaló sus dos mulas, pues le interesaba saber que tendrían buen albergue y buen trato, «ya que tan buenos servicios le habían prestado, ya fuera atravesando desiertos o montaños, con intensos calores o en árticas nieves». Experimentó un sincero pesar al separarse de su antiguo amigo y compañero de viaje, el Dr. Taforó, por quien sentía una profunda afección, la cual tenía la satisfacción de saber era correspondida por un hombre tan altamente dotado. Algunos años más tarde, el Dr. Taforó fué elegido Arzobispo de Santiago de Chile».

A. C.

J. T. Medina.—*El piloto Juan Fernández*, descubridor de las islas que llevan su nombre, y Juan Jufré, armador de la expedición que hizo en busca de otras en el Mar del Sur. Santiago de Chile, MCMXVIII. Imprenta Elzeviriana. In-8.º de XIII y 261 p.

Con el empuje y continuidad de incontenible aluvión, sigue el señor Medina brindando al público el fruto de sus investigaciones sobre las más diversas cuestiones de historia y literatura. No tardará mucho en enterar un medio millar de obras serias, de eruditas y difíciles combinaciones y estudios.

Tratábase de allegar todos los antecedentes relativos al descubridor de las islas de Juan Fernández, y definir la personalidad de él, destacándola de entre los varios Juanes Fernández que recuerda la historia.

El señor Medina ha realizado a conciencia este cometido. Con la ayuda de nuevos y decisivos documentos, con sagaces y atinadas inducciones, con una legítima medida de conjeturas y procediendo por eliminación de varios homónimos que se disputaban el campo, ha logrado el señor Medina, individualizar al experto piloto, y trazar de él una biografía bastante completa. Su trabajo desvanece algunos errores y

confirma algunas hipótesis de los precedentes historiadores.

En suma, el señor Medina establece: que un Juan Fernández llegó a Chile en Marzo de 1550, en la nave de Juan Bautista Pastene. Ese Fernández había nacido en 1530, se ignora dónde. El mismo declaraba en 1590, en Lima, conocer desde 40 años las provincias de Chile. Era marino de profesión, y en su edad madura fué piloto de reputación y práctico en su oficio. El señor Medina lo sigue en los diversos viajes que efectuó entre Chile y el Perú. En uno de ellos, el 22 de Noviembre de 1574, avistaba las desconocidas islas a que dió su nombre. Narra en seguida el señor Medina la expedición de Juan Fernández al Mar del Sur, y describe varias incidencias de la vida del piloto, hasta que retirado en su pequeña tierra de Rautén, (Quillota), falleció ahí en 1599.

Un capítulo muy nutrido de datos es el que nuestro historiador consagra a Juan Jufré, el armador de Juan Fernández. El señor Medina proporciona interesantes pormenores de esa existencia tan varia y accidentada y de aquel carácter de Jufré tan móvil y algo bohemio, pero en el que alentaban felices cualidades de inteligencia y elevados sentimientos.

Merece el benemérito historiador sinceros parabienes por este sólido y útil trabajo que viene a llenar un vacío en el recuerdo de nuestro pasado, evocando dos de sus más características figuras.

LEO PAR.

Enrique Sanfuentes y Correa.—*Cristóbal Colón y su detractor el marqués de Dos Fuentes (Don Fernando Antón del Olmet) secretario de la Legación de España en Chile.*—Santiago. Imprenta Universitaria. 1918. In-8.º de 148 y (2) p.

El libro publicado por el señor Sanfuentes lo acredita a la vez como investigador erudito, de sólido y claro criterio, y como polemista brioso e inexorable. Ha propuesto y proba-

do una tesis con enorme acopio de razones, con bien eslabonada cadena de referencias, con buen juicio y con un apasionamiento de convicciones que lo inducen a revolver sin misericordia al adversario. Es la suya una acerba y triunfal polémica a la vez que un excelente y definitivo trabajo sobre la materia. Se ha inspirado el señor Sanfuentes en los buenos modelos de crítica histórica y ha manifestado, tal vez con exceso, poseer los requisitos necesarios para la investigación histórica; está perfectamente documentado, conoce a fondo a sus autores y los comenta con acierto, dispone sus argumentos en lúcido orden; y si es claro y punzante cuando plantea las propias tesis, es sencillamente aplastador, tiene cierta ferocidad de buen sentido cuando hay que demoler las razones contrarias. Su refutación es un paseo triunfal a través de los textos que obedientes vienen a alinearse bajo su mano. Rudo caballero, sus dos o tres primeros lanzazos aboyan la frágil cimera del contendor, perforan su armadura y dan con él en el suelo.

Pero, francamente, no querría uno presenciar a menudo estas ejecuciones capitales; no todos los nervios soportan el dramático espectáculo. Este encarnizamiento sin tregua en la refutación, esta caza implacable a los sofismas, a los textos mal transcritos, a los vicios de raciocinio, a las aventuradas inferencias, tienen algo de pugilato en que desde la primera página el señor Sanfuentes se prepara la victoria. Sin embargo, lo repito, hay exceso en la demostración: el justo enojo del crítico e historiador no declinan un instante y pone al lector los nervios de punta. Seguramente no habría desmerecido el opúsculo que estudiamos si el autor algo hubiese refrenado su enojo. Al fin y al cabo se trata de una cuestión científica; y cuando, como el señor Sanfuentes, se tiene la razón, todas las razones, las razones supremas y decisivas, el colmo de la habilidad es la gentileza y la clemencia con el adversario.

Como lo sabe el público, trátase

aquí de destruir dos asertos que hizo el señor marqués de Dos Fuentes en cierta conferencia dada en Valparaíso, y reiterada poco después en algún teatro de Santiago. Según el conferencista, Colón no habría sido italiano, sino español de Pontevedra; no habría sido el descubridor de América, sino el usufructuario de un secreto que arrebató, antes de partirlo, al auténtico descubridor, Alonso Sánchez de Huelva. El mantenedor de esta tesis las funda en ciertos documentos hallados en el archivo de Pontevedra, y que, a juicio suyo, transtornan todas las anteriores nociones sobre el asunto.

En contra de tales afirmaciones se alza el señor Sanfuentes. Y en su monografía, que es modelo de clara, lúcida y ordenada argumentación, y que además está escrita con implacable, ardorosa vehemencia, vuelve por los fueros de la verdad tradicionalmente aceptada al respecto. Con sobra de razones y textos prueba dos hechos que arruinan las peregrinas fantasías del conferencista: que Cristóbal Colón nació en el territorio de Génova, y que a inspiraciones de su genio, descubrió el nuevo mundo. El mítico piloto Alonso Sánchez de Huelva se desvanece cual leve nubecilla en manos del señor Sanfuentes.

Como éste último lo establece, Colón fué italiano, genovés, porque así lo acreditan el decir de sus contemporáneos, la autoridad de los historiadores de la época y las propias reiteradas, solemnes e insospechables declaraciones del genial marino. En esta nacionalidad itálica de Colón están contestes, no sólo, como es de suponerlo, sus compatriotas sino los coetáneos españoles y portugueses, suizos y franceses. Sólo dos testimonios mal interpretados por el señor Dos Fuentes pudieran obstar al común sentir: el de Antonio Gallo y el de Agustín Giustiniani. Es el punto en que el señor Sanfuentes esfuerza su nerviosa dialéctica y pone de manifiesto las temerarias inferencias que de esos textos saca el contendor. Una autorizada versión de ambos pasajes deja las cosas en

su lugar y a Colón en su genovesa nacionalidad.

Expuestos los argumentos positivos, entra el señor Sanfuentes a rebatir los tres o cuatro órdenes de consideraciones en que se quiere sustentar el hispanismo de Colón. Sigue el autor a su contrario en todo el dédalo de las razones y plausibilidades y malos raciocinios, defectuosas etimologías y exégesis, haciendo obra de historiador y filólogo, explicando lo que el señor Dos Fuentes confunde y comentando con acerada crítica los 23 documentos pontevedreses, en que se basa toda esta novedad histórica.

En la misma forma incisiva demuele también la otra tesis que pretende arrebatarse a Colón la gloria del descubrimiento de América. Desfilan primeramente las pruebas positivas, el testimonio de los contempo-

ráneos de Colón que le atribuyen la inmortal hazaña; y en seguida, los testimonios que destruyen la tesis del señor Dos Fuentes y que en el imaginario Alonso Sanchez sólo nos deja ver la creación de una fantasía de erudito. Por obra del señor Sanfuentes, Sánchez vuelve al limbo de los seres no nacidos.

Sin perjuicio de estas líneas generales de la polémica, nuestro autor denuncia y persigue varios otros secundarios asertos de su contendor y completa en palabras de cruel ironía su demostración.

Por todas estas cualidades de saber, de método, de claro y animado estilo, el opúsculo del señor Sanfuentes C. ocupará un distinguido lugar en nuestra literatura histórica.

LEO PAR.

ÍNDICE DEL TOMO V

	PÁGS.
Julio Philippi.—La reforma del sistema tributario fiscal.....	5
José Miguel Echenique Gandarillas.—«Carlos II y su corte», por don Gabriel de Maura y Gamazo.....	19
Guillermo Subercaseaux.—Observaciones sobre un capítulo de Gustavo Le Bon referente a las civilizaciones americanas.....	45
J. Chantevoine.—Claude Debussy.....	51
Joaquín Díaz Garcés.—Don Antonio Varas.....	63
Alvaro Alcalá Galiano.—Oscar Wilde (<i>Conclusión</i>).....	78
Carlos Guido Spano y Adolfo Valderrama.—Una justa poética..	96
Aurelia Castillo de González.—Mujeres antes que hombres.....	113
Emilio Rodríguez Mendoza.—Una página de historia diplomática (<i>Continuación</i>).....	119
Bibliografía.—Ch. Nordmann, Le canon qui bombarde Paris.—Sir Albert H. Markham, The life of Sir Clements R. Markham.—J. T. Medina, El piloto Juan Fernández.—Enrique Sanfuentes y Correa, Cristóbal Colón y su detractor el Marqués de Dos Fuentes.....	131
Agustín Ross.—Relaciones Exteriores de Chile. La cuestión de Tacna y Arica y la nacionalidad definitiva de esos territorios. ¿El Perú, ¿Chile o Bolivia?.....	145
Carlos Octavio Bunge.—La cabeza del lobo.....	177
Miguel Luis Amunátegui Reyes.—La Corte de Apelaciones de Concepción pide en 1854 que se conceda la patria potestad a la madre, a falta del padre, y don Andrés Bello patrocina esta idea	184
José María de Heredia.—Tres sonetos en castellano.....	190
Ricardo Dávila Silva.—Don Marcial Martínez.....	193
Ricardo Valdés.—Origen de la Bolsa de Comercio de Santiago....	225

	PÁGS.
Emilio Rodríguez Mendoza. —Una página de historia diplomática (<i>Conclusión</i>).....	229
Julio Vicuña Cifuentes. —El Quijote de Avellaneda (Carta a don José Toribio Medina).....	250
Manuel J. Vega. —Catalina Cornaro.....	264
Nicolás Peña Munizaga. —Crónica literaria (Laudatorias heroicas por Antonio Bórquez Solar).....	268
Bibliografía. —Max Turmann, Condiciones de la expansión eco- nómica alemana.—Guy de Norès, El problema del carbón.— Juan E. O'Leary, Alberdi íntimo.—José León Suárez, Las Embajadas en Diplomacia Argentina.—Carlos Castro Ruiz, Jurisprudencia de la Cancillería Chilena.—F. Sauvaire-Jour- dan, La vitalité économique de la France avant et après la gue- rre.—G. Houard, L'Aviation après la guerre.....	275
Índice del tomo quinto.....	287

